
JUAN MANUEL LOZANO, C.M.F.

TERESITA ALBARRACÍN

*ITINERARIO
ESPIRITUAL
DE UNA JOVEN
CLARETIANA*



Juan Manuel Lozano, C. M. F.

TERESITA ALBARRACIN

ITINERARIO
ESPIRITUAL
DE UNA JOVEN
CLARETIANA

RELIGIOSAS DE MARIA INMACULADA
MISIONERAS CLARETIANAS

1990

463 NIHIL OBSTAT
Amatus Petrus, Subsecretarius
S.C. pro Causis Sanctorum
Romae 21-VII - 1978

Dep. legal B. 27.610-1990 - Altés, s I.,Barcelona

*A todas las
Claretiana con
afecto fraterno.*

PRESENTACION

AÑOS DE SANTIDAD

Al presentar este libro al lector, le estamos invitando a recorrer con nosotros el camino que en pocos años llevó a Teresita- María del Carmen- Albarracín hasta la santidad. En pocos años... Teresita que había sido hasta entonces una niña piadosa, parece haber tenido un encuentro particular con la gracia en septiembre del 1941, encuentro preparado por la gran crisis producida por la muerte de su padre unos meses antes. Un año más tarde, en septiembre de 1942, entraba en la Congregación de las religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas en cuyo seno moriría el 12 de marzo de 1946, cuando le faltaban casi dos meses para cumplir los diecinueve años y sólo unos días para renovar por segunda vez sus votos religiosos.

Leyendo estos datos, al lector sin duda le ha venido espontánea la pregunta: ¿Es posible que una joven de apenas diecinueve años llegue a la santidad? Y, en caso afirmativo, ¿qué significa en este caso la santidad?

Que sea posible lo demuestra un hecho: la Iglesia ha reconocido la santidad de algunos cristianos que han muerto en edad muy tierna. Esto quiere decir que la comunidad de los creyentes ha descubierto en esos seres humanos, aún no enriquecidos por una plena experiencia de vida, un desarrollo, fuera de lo ordinario, de la vida cristiana, manifestada sobre todo en las virtudes teologales. Eso se intenta decir, cuando se afirma, con juicio privado que no pretende anticipar al de la Iglesia, que una muchacha llegó a la santidad.

Respecto al hecho de que la Iglesia ha reconocido la santidad de algunos seres humanos, aún no plenamente desarrollados, tenemos por un lado al grupo de los mártires niños o adolescentes: Inés, Eulalia, Agueda, Pancracio... Es sabido que en la teología mística de los Padres de la Iglesia, el martirio ocupaba el puesto que la tradición posterior asignará a la unión transformante o matrimonio espiritual. El mártir, sufriendo y dando su vida, es transformado en Cristo y unido al Él por la fuerza de la caridad heroica. No es pues el sufrimiento lo que une y transforma sino la caridad que en ese dolor se manifiesta y despliega

Cierto, el hecho de que un cristiano acepte la muerte por fidelidad a Cristo, revela un grado extraordinario de fe, esperanza y amor. Ordinariamente la gracia inapreciable del martirio se concede a quien, habiendo sido predestinado a él, ha sido preparado o preparada por la

gracia divina. Pero no necesariamente, puesto que el martirio puede ser también un hecho carismático: un don recibido e impelente del Espíritu. Sabemos por las Actas de los Mártires que ha habido cristianos ordinarios, y hasta paganos, que, al contemplar la fortaleza heroica de un mártir se han sentido impulsados a levantarse y dar ellos también, a Cristo, el testimonio de su vida. Desde muy antiguo la Iglesia ha venerado como santos a esos cristianos tibios y atemorizados, a los que la fuerza del Espíritu convirtió de repente en mártires y a esos paganos que fueron bautizados con la propia sangre. Y es que la fuerza del amor heroico puede hacer, en pocas horas, de un cristiano imperfecto o de un neófito, un perfecto discípulo de Cristo. Sufriendo y muriendo, estos cristianos crecieron hasta la madurez de las virtudes teologales. Niños o adolescentes, que no habían tenido materialmente tiempo para irse desarrollando, hasta llegar a la edad adulta en Cristo, la obtuvieron casi de improviso bajo la llama purificadora del sufrimiento.

Naturalmente, en el caso del martirio carismático, no se pretende sino que el cristiano manifestó, bajo el impulso arrebatador del Espíritu, un grado heroico de fe, esperanza y amor, y por consiguiente de comunión con Dios en la gracia. Eso es lo esencial de la santidad cristiana. Otros elementos complementarios, no pudieron tenerlos esos mártires: la experiencia de la llama purificadora que se mete por los repliegues del espíritu, el descubrimiento progresivo de Dios y de sí mismos al adentrarse por los senderos interiores de la oración, el saboreo creciente proporcionado por los dones del Espíritu... Al pasar de la purificación por la sangre a la visión bienaventurada, esos mártires improvisados o niños, obtuvieron los frutos de todo esto.

Pero no se trata sólo de mártires. Hay cristianos, muertos en edad muy joven, que han sido incluidos por la Iglesia en el catálogo de los santos. Todavía es reciente el caso de santo Domingo Savio, el niño que en pocos años llegó a la santidad bajo la guía maestra de San Juan Bosco. Aunque de alguna mayor edad, también Santa Teresa de Lisieux murió aún joven, a la edad de veinticuatro años-. En ejemplos como estos, no se trata de una transformación casi repentina bajo la fuerza heroica de la caridad, manifestada en el martirio. Se trata de un crecimiento gradual, aunque rápido, en la gracia divina, obtenido con una exquisita fidelidad a la misma.

En estos casos existe ya pues el crecimiento, la vivencia algo prolongada de la gracia, florecimiento paulatino de fe, esperanza y amor, lucha a veces enconada, un penetrar silencioso por los caminos interiores de la oración. No se trata pues de esa eclosión repentina de las virtudes que se manifiesta en el mártir improvisado. Pero el crecimiento se da en contados años. También en este caso falta ese proceso de prolongado enraizamiento y madurez que se da en el santo que se ha ido abriendo a la gracia, y también luchando con ella, durante largos años. Por ello, quien estudia su desarrollo espiritual, advierte cómo las fronteras entre las varias etapas del camino se hallan como difuminadas. Suele faltar

algo de ese precipitado humano, psicológico, de la gracia, que se produce en el santo adulto. Pero lo esencial, aquello sobre lo que la Iglesia se pronuncia está ahí: la fe, la esperanza, la caridad, la manifestación de las mismas en la vida de oración y en el servicio del prójimo, las demás virtudes evangélicas, en grado perfecto. Y ello se traduce de una manera o de otra en una vivencia del Espíritu.

¿Cómo y por qué es posible este llegar a la perfección de la vida cristiana, aun cuando no se ha llegado a la plenitud en la madurez humana y psicológica? La respuesta está en la eficacia de la gracia. Dios puede llamar, con vocación inmediata y personal, a la perfección evangélica a quien va a pasar sólo algunos años en esta tierra. Si éste o ésta, movidos por el Espíritu, aceptan dicha vocación y se abren a la acción santificadora, la gracia divina puede realizar su obra en pocos años. La intensidad del amor suplirá lo reducido del tiempo. Pensar que la santidad está estrechamente condicionada por el tiempo, es efectivamente, hacer de ella una obra humana, mientras que, como sabemos la santidad es radicalmente obra de Dios.

En el caso de Teresita Albarracín, creemos que hubo ese llamamiento divino y todos los datos sugieren- aún sobre ello se puede pronunciar sólo la Madre Iglesia- que ella respondió con fidelidad total a su vocación. Podríamos traducir a propósito de ella el latín litúrgico: con la intensidad de su fe, esperanza y amor, recogió en pocos años los frutos de muchos. Fue fiel, constante en la práctica de las virtudes. Aprendió a vivir toda de Dios y para Dios. Pero en su caso hay que citar además la acción habitual, en los últimos años de su vida, de la llama purificadora y transformadora del dolor. Durante todo el tiempo de su vida religiosa, Teresita estuvo sometida a un martirio interior, que vino a ser completado luego por el martirio de un agudo sufrimiento físico, sobrellevado con fortaleza extraordinaria. Por ello su santidad - si la reconoce la Santa Iglesia - habría que explicarlo a la vez como un proceso rápido, debido a la gracia de Dios y por la acción catártica y unitiva del sufrimiento abrazado por amor a Cristo. También para ella, como para otras santitas vírgenes, sus bodas con el cordero fueron cruentas.

Pero si la gracia puede llevar a un cristiano a la santidad en pocos años, ordinariamente, la gracia se encarna en la naturaleza y sigue su desarrollo. Y es propio de la condición humana, el crecer y cambiar a lo largo del tiempo. A su vez, un cristiano se va haciendo hombre y mujer, se va abriendo a la experiencia de la vida y va realizando su madurez espiritual. La santidad, como la humanidad, requiere tiempo para desarrollarse; años de lucha contra las tendencias del mal, años de iluminación progresiva bajo la luz del Evangelio, años de purificación activa y pasiva, de encuentros sacramentales con la gracia de Dios en su Iglesia, de gradual transformación en el Hijo Unigénito.

Los santos han muerto a edades muy diferentes, desde esos niños santos que acabamos de mencionar a los jóvenes, a los que murieron en

la plenitud de los treinta o cuarenta, a los que se fueron apagando serenamente en una vejez dorada. Naturalmente, esto tiene consecuencias para la personalidad del santo. Si el sexo, el ser hombre o mujer, da un acento y calor particulares a la propia experiencia de Dios, el ser joven, maduro o viejo, cuando tiene lugar el encuentro definitivo con Cristo, tiene también gran importancia para la última imagen que el santo ofrece de sí mismo a la Iglesia. El llegar a la santidad joven y morir así, el inmergirse en la unión transformadora en la edad adulta, o el gozar de ella en una serena vejez tiene consecuencias para la experiencia espiritual del mismo siervo de Dios. Sin querer adelantar el juicio de la Iglesia, los que hayan conocido, como el autor de estas líneas, a don Giovanni Rosi, al P. Arintero o al P. Garrigues Lagrange en los últimos años de vida terrestre, de los tres, saben bien a qué nos referimos. Las últimas fotografías del P. Arintero lo revelan con claridad. Hay una serenidad dorada, una dulzura irradiante en el santo anciano, que falta en el santo que muere en la fuerza de la edad adulta o en el ímpetu de los años juveniles. Santa Teresa de Jesús muriendo a los 67 años, san Agustín a los 76 y san Ignacio de Loyola a los 65 ofrecen una imagen espléndida, diversa de san Carlos Borromeo o san Francisco Javier, que murieron a los 46 o de santa Teresa de Lisieux trasplantada al cielo a los 24 años de edad. En San Agustín, sereno mientras el Imperio Romano se derrumbaba, la reflexión propia del anciano se convierte con el De Civitate Dei en contemplación de la acción divina en la historia humana. Muchos santos ancianos contemplan entonces sus vidas como una serie continúa de gracias. Es el momento en que San Ignacio y San Antonio María Claret escriben sus autobiografías. Y es que el anciano vive en gran parte de recuerdos, como el joven, de ímpetu y proyecto, de energía que la gracia traduce en esperanza teologal.

Naturalmente cada edad ofrece al amor de Dios sus dificultades particulares. Pero, ¿no tiene la gracia la doble función de sanar y perfeccionar? Así, no es extraño que san Luis Gonzaga, santa Teresa de Lisieux o san Gabriel de la Dolorosa brillen por madurez de juicio y actitud reflexiva, impropias de sus años. El santo joven aparece más sereno y reflexivo, y el anciano se muestra robustecido por un gran vigor espiritual. Algo de esto vamos a ir descubriendo en el curso de nuestro estudio. Oiremos a más de un testigo afirmar que Teresita Albarracín parecía una religiosa de muchos años de profesión. Y, examinando sus escritos constataremos cómo la gracia hubo de fortificarla y serenarla, suavizando las heridas que ciertos hechos producían en su sensibilidad de jovencita. La muerte hubo de tener en ella un carácter más visible de ofrenda sacrificial que si le hubiera llegado muy entrada ya en años.

FUENTES

ESCRITOS DE LA SIERVA DE DIOS

Apuntes espirituales y oraciones

Oraciones y pensamientos hasta su entrada en el Noviciado

Al Amor de mis amores 1-15 marzo 1942, 2 hojas, 21,5 x 15,5 dactiloscritas, con firma a mano. Segunda copia, mismas dimensiones y características, 3 hojas. Archivo General de las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas (Arch. Gral. RMI.) SA. 3.4 (1).

Señor, yo quisiera morirme... 29 marzo 1942, 3 hojas, 23 x 16,5 a una sola cara, dactiloscritas. Arch. Gral. RMI. SA. 3.4 (2).

Señor, escúchame, 12 hojas, 16 x 11 a lápiz (9 a una sola cara). Arch. Gral. RMI. SA 3.4 (3) Segunda copia dactiloscrita y firmada lleva título manuscrito "Abandono del Sagrado Corazón de Jesús". Lleva fecha 25 de mayo 1942.

No quiero alegrías... 25 de mayo de 1942, 2 páginas a lápiz, 15,5 x 11,5. Arch. Gral. RMI. SA. 3.4 (4).

Oh Jesús mío, cuánto sufro... 1 junio 1942. 17 páginas a lápiz, 17.5 x 11.5. Arch. Gral. RMI. SA. 3.4 (3).

"*A veces se me ha ocurrido...*", 28 julio 1942, 4 páginas 17,5 x 12. Arch. Gral. RMI. SA 3.4 (3).

¿Por qué andas triste y desalentada?... 11 agosto 1942, 29 hojas, 16 x 11 a lápiz y una cara. Arch. Gral. RMI. SA. 3.4 (4).

Jesús mío, amado mío... 15 agosto 1942, 4 páginas a máquina con firma, 22 x 15,5. Segunda copia, 3 páginas con firma. Arch. Gral. RMI. SA. 3.4 (6).

Oh María Madre mía amantísima, 17 agosto 1942, una hoja dactiloscrita, 22 x 15,5. Arch. Gral. RMI. SA. 3.4 (7).

Pensamientos, 6 septiembre 1942 - 28 septiembre 1942, 18 páginas a pluma, 15,5 x 10. Arch. Gral. RMI. SA. 3.4 (8).

Apuntes, Diario y Oraciones desde su ingreso en el Noviciado.

Diario con notas de retiros y ejercicios: 1 noviembre 1942 - 25 julio 1943. Cuadernillo a pluma de 30 páginas 15.5 x 11. Arch. Gral. RMI. SA 3.5 (1).

Oraciones y notas de Diario, 20 noviembre 1942 - 26 enero 1943, 8 páginas a tinta, 21 x 15. Arch. Gral. RMI. SA. 3.5 (2).

Ofrenda como víctima. Copia a máquina. Arch. Gral. RMI. SA. 3.5.

Ejercicios espirituales 9-17 marzo 1943, 20 páginas a pluma 21 x 11,5. Arch. Gral. RMI. SA. 3.5 (2).

Pecados capitales de la religiosa, otros apuntes, ejercicios, retiros, 16 agosto 1943 - 24 febrero 1946. Cuadernillo de 104 páginas a tinta, 11 x 15. Arch. Gral. RMI. SA. 3.5 (3).

Poesías. Todas de contenido religioso

Los jardines del noviciado, 12 octubre 1945, 1 página, 15 x 15.5. Arch. Gral. RMI. SA. 3.7.

Quisiera amarte santa Virgen María, 1 hoja 20,5 x 13,5. Dictada a su hermana María Luisa durante la última enfermedad. Arch. Gral. RMI. SA. 3.7.

Villancicos, 13 páginas, 10,4 x 15,5 Arch. Gral. RMI. SA. 3.7.

Poesías varias, 6 hojas de vario formato. Arch. Gral. RMI. SA. 3.8.

No mires al don sino al dador, 1 página 21,5 x 15. En copia de su hermana María Luisa. Arch. Gral. RMI. SA. 3.8.

Cartas

11 *cartas a la familia*, del 22 de noviembre de 1942 al 27 enero 1946. Arch. Gral. RMI. SA. 3.3.

3 a la *Superiora General*, pidiendo los votos. Arch. Gral. RMI. SA. 3.2.

Interrogatorio previo a la admisión al postulante. Sin fecha. Arch. Gral. RMI. SA. 3.2 (1).

DOCUMENTOS

Certificados de nacimiento, bautismo, buena conducta firmado por el párroco, confirmación, consentimiento materno para entrar en la Congregación, nota de examen fallecimiento. Arch. Gral. RMI. SA. 3.1.

Informes de las maestras para vestición, primer profesión, primera renovación. Arch. Gral. RMI. SA. 3.2.

Actas de toma de hábito y profesión. Arch. Gral. RMI. FD. 1.2, fols. 259 y 282.

Acta de identificación de los restos, Arch. Gral. RMI. SA. 3.23.

Acta de traslado de los restos, Arch. Gral. RMI. SA. 3.24.

RECUERDOS DE TESTIGOS

Recuerdos de M. Teresita, por su hermana María Luisa, 4 páginas a lápiz 27,5 x 21; 2 páginas dactiloscritas 15,5 x 10,5. Arch. Gral. RMI. SA. 3.11.

Informes testigos, I: Misioneras Claretianas que la conocieron, 27 documentos. Arch. Gral. RMI. SA. 3.12, SA. 4.45, SA. 4.59.

Informes testigos, II: que la conocieron en el siglo, 7 documentos. Arch. Gral. RMI. SA. 3.13.

PROCESO INFORMATIVO

Declaración de veinte testigos de los cuales once pertenecen a la Congregación de las Misioneras Claretianas, cinco son familiares de la sierva de Dios, dos seglares que la conocieron antes de entrar, y dos directores espirituales. El Proceso comenzó el 12 de enero de 1962 y se clausuró el 19 de junio de 1967. Fue abierto en Roma el 5 de noviembre de 1967.

BIOGRAFÍA IMPRESA

Sonreí siempre. Vida de María Teresa Albarracín. Sin nombre de autor (es su hermano el P. Francisco Albarracín, sj.), Granada 1959, 218 páginas. A pesar de sus sencillas apariencias es obra valiosa. La parte primera dedicada a la infancia está toda basada en los recuerdos personales del autor. Para el resto se funda en los escritos de la sierva de Dios y los recuerdos de sus compañeras. Contiene largos extractos de testimonios de ésta.



Los esposos Francisco Albarracín y Ángeles Pascual
buen ejemplo de hogar cristiano, cuna de una familia sencilla, sana
y honrada donde se cultiva el amor a Dios

I

Familia, nacimiento e infancia

La historia de Madre Teresita Albarracín, comienza como la de todos nosotros, con un retorno al Génesis, donde Adán y Eva se encuentran en un recién estrenado paraíso. El hombre en este caso se llamaba Francisco Albarracín Segura y había nacido en Vera - Murcia - de Agustín Albarracín Berruezo y Francisca Segura Rico, ambos nativos de la misma localidad. La mujer se llamaba María de los Ángeles Pascual Pagés y había nacido en Cartagena de Eduardo Pascual Utrillas, natural de Zaragoza, y Angeles Pagés, natural de Murcia.¹

Don Francisco Albarracín, padre de la sierva de Dios, procedía de una familia de trabajadores. Su padre, Agustín, era maestro de obras² Su hijo Francisco, sentía grandes ansias de superación, era muy trabajador y de gran tesón. Trabajando y estudiando llegó a ser ayudante de minas y estuvo encargado de las de Isla Plana, cerca de Cartagena. Explotó por su cuenta otras y, en compañía de otros señores montó un cable para el transporte de los minerales hasta el embarcadero, a unos tres o cuatro kilómetros. Más tarde, tomó contratas en la Mancomunidad de los Canales del Taibilla y puso algunos negocios por su cuenta. Con su tesón y sus trabajos logró labrar para sí y los suyos una posición bastante desahogada³. Lo distinguían además una gran rectitud natural y generosidad con los que necesitaban su ayuda. Don Francisco, don Paco, lo llamaban comúnmente, era por ello queridísimo de sus obreros y de todo el pueblo. Era creyente, pero no practicaba. Algo le mantenía alejado de la Iglesia.⁴ Pero no sólo no se opuso a que su esposa educara cristianamente a sus hijos sino que tenía interés en ello. En la familia, era muy buen esposo y excelente padre: amaba a su esposa y a sus hijos con ternura.

Doña María de los Angeles Pascual procedía de una familia de clase media; su padre era militar⁵. Era señora muy piadosa. Ella fue la que inculcó a sus hijos una profunda fe⁶. Aunque en ciertos periodos vivieron lejos de la iglesia más cercana - a unos seis kilómetros - los domingos y días festivos madre e hijos no faltaban jamás a la santa Misa. En casa la madre dirigía todas las noches el rosario⁷. Lo que no debió tener nunca es una salud muy fuerte.

Don Francisco y Doña María de los Angeles se casaron el 1919. De su amor nacieron nueve hijos: cuatro niñas y cinco varones. A la primera se le puso el nombre de la abuela materna, se llamaba Angelina. Siguieron

Luisa, Agustín, Francisco, Eduardo, nuestra biografiada María del Carmen (1927), José Luis (1929), Caridad (1930) y Pedro Antonio en (1932). De los nueve hijos dos serían religiosos: Francisco entraría en la Compañía de Jesús donde profesaría y sería ordenado sacerdote. María del Carmen entraría en la Congregación de las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas. María Luisa, seis años mayor que ella, también la siguió al mismo noviciado unos meses más tarde y emitió en la Congregación los votos temporales, pero luego se convenció de que este no era su camino y volvió a la vida secular. Agustín, inspector provincial del Servicio Nacional del Trigo en Lérida, moriría en esta ciudad a los pocos meses de haber fallecido su hermana María del Carmen y de la misma enfermedad: una peritonitis fulminante⁸. Los demás hermanos se casaron. Angelina lo haría, en enero del 1936, con el descendiente directo de un hermano de san José Pignatelli, lo que produciría una profunda impresión en los nueve años de Mari- Carmen. Eduardo sería ayudante de montes y José Luis, agente comercial⁹, se casaría con D^a María Dolores de Latorre.

Este era el ambiente familiar en que vio la primera luz la sierva de Dios. El ambiente social y político es conocido, por ser el de un periodo turbulento de la historia de España: dictadura de Primo de Rivera, alejamiento del Rey Alfonso XIII y proclamación de la República en abril del 1931. Unas estructuras socioeconómicas arcaicas enfrentaban casi directamente a los grandes terratenientes con los braceros del campo en la mayor parte del país. Una derecha reaccionaria y con fuertes inclinaciones a la rebelión antes que acatar un programa social más avanzado. Una izquierda dividida, empeñada en imponer el laicismo estatal e incluso en hostigar a una Iglesia cuyo máximo representante fue primero el cardenal Segura y luego el cardenal Gomá. Sucesos y personajes relativamente cercanos y sin embargo, perdidos ya en los tiempos. El del poder político y primeros asesinatos. De Alemania a Italia comenzaron a llegar ecos de marchas militares y saludos con el brazo en alto. La dialéctica de las pistolas fue ahogando el diálogo democrático hasta que con la sublevación de los generales, explotó la larga y cruel guerra civil dando lugar a una orgía de muertes, incendios y pillajes que desoló a España por ambos campos

Eso, por lo que toca a la historia patria de entonces, historia que, como veremos, tocará de cerca a la sierva de Dios. Pero ésta tuvo también su patria chica. Se llama Puerto de Mazarrón en la provincia de Murcia. Se trata, como dice su nombre, de una gran barriada perteneciente al municipio de Mazarrón y situada a cinco kilómetros y medio de aquel a la orilla del mar, en una pequeña ensenada en la que termina por el norte el golfo de Mazarrón, entre los cabos Cope y Tiñoso. Cuando nació nuestra biografiada, debió tener alrededor de los 3.500 habitantes. Quien haya visto una de las postales que se hicieron del Puerto de Mazarrón hace algunos años no puede imaginarse la actividad que en él se desarrollaba: las casitas

blancas, el paseo que costea el mar con la pincelada verde de sus árboles, tres o cuatro barcas descansando perezosas, en la playa... Sobre las casas,

la parte alta de la fachada y la torre de la Iglesia, donde nació la gracia la sierva de Dios. Detrás, la línea irregular de una sierra, desnuda de arbolado. En realidad, el puerto era bastante activo. Tenía aduana y en él hacían cala más de ochocientos barcos al año, de mediano cabotaje. La región, tierras adentro, es bastante rica en minerales, y en el poblado existía una de las mejores fundiciones de plomo de toda España. Los barcos traían madera, carbón, maquinaria y se llevaban esparto y minerales.

Nacimiento y primeros años.

Aquí, en puerto de Mazarrón nació la sierva de Dios el 1 de mayo de 1927, a las tres de la tarde¹⁰. Era domingo segundo de Pascua. No es difícil imaginar la alegría de los padres y el regocijo de los hermanos mayores ante la aparición de la pequeña. Era el sexto fruto del matrimonio. Unos días más tarde, el 11 de mayo la llevaban a bautizar a la iglesia parroquial de San José. Le administró el sacramento que la convirtió en hija de Dios y miembro de su Iglesia, don Hilario García. Fueron sus padrinos Luis y María Albarracín Segura, tíos paternos de la neófita. Contrariamente la costumbre del sur, no se quiso poner a la niña el nombre de ningún miembro de la familia. Había nacido como un don de la Virgen, al comenzar el mes de mayo y sus padres quisieron que se llamara María del Carmen.

Los primeros años transcurrieron con toda normalidad, en el ambiente sano de una familia unida, alegrada sucesivamente por el nacimiento de tres hijos más. A fines de verano de 1928, cuando ella tenía un año y unos meses, la familia se trasladó a los Molinos (Cartagena). Allí fue María del Carmen dando sus primeros pasos y balbuceando sus primeras palabras. Dos años más tarde, en el verano de 1930, la familia estrenaba una finca en Isla Plana, pequeña localidad de pescadores, contigua a Puerto de Mazarrón. La casa estaba situada en alto, sobre la playa, en el centro mismo de la bahía, entre pinos, eucaliptos y acacias. La brisa salada del mar se mezclaba con el aire perfumado de los pinos. Los niños tenían amplio espacio para correr y jugar, entre otras cosas al escondite, cuando no bajaban a la playa, con sus palas y cubos a construir castillos o abrir fosos, bajo la mirada atenta de la niñera o de la madre. La pequeña María del Carmen le había cobrado gran miedo al mar. Recelosa, miraba a sus hermanos mayores chapoteando en el agua. A veces la hacían estos rabiarse, al intentar hacerla entrar en el agua, hasta que la niñera o Angelina, la hermana mayor, intervenían y la dejaban en paz¹¹.

Su madre recordaría más tarde la inocencia con que María del Carmen repetía, muy niña aún, las primeras oraciones que de ella había aprendido. De rodillas, apoyada contra la cama, con las manitas juntas, repetía cada noche:

"Virgencita del Carmen, quiere a tu nena, que es muy pequeñita y va a ser muy buena"

Vuelta la familia a Cartagena (calle del Aire, 15), María del Carmen tuvo el primer serio contratiempo en su corta vida: un poco de albúmina obligó al médico a fijarle una dieta estricta, que la niña hubo de seguir durante dos meses. El "pan soso" le desagradaba particularmente, pero dócil por naturaleza, lo comía sin protestar ni hacer muecas de disgusto. El día lo pasaba la pequeña seguida de su hermano menor, José Luis, bastante vivo y revoltoso, observando con sus ojillos abiertos, a la pequeña Caridad que acababa de llegar a la familia, o admirando la maestría con que su hermana María Luisa, a sus diez años, paseaba sus manos por el teclado del piano, arrancándole acordes.

El día de la Ascensión, 8 de mayo de 1932, cuando María del Carmen acababa de cumplir los cinco años, sus tres hermanos mayores, Agustín, Paco y Eduardo, hicieron juntos la primera comunión, vestidos de marinero. María del Carmen levantaba la cabeza para admirarlos, serios, con sus trajes azules, sus velas blancas y sus libros. Toda la familia estaba allí rodeando a los tres muchachos. La madre y las hermanas mayores Angelina y María Luisa, comulgaron con ellos.

Unos meses más tarde, al acabar el veraneo en la Isla Playa, la familia abrió casa en Madrid, primero en la calle de Ercilla n.º 3, y luego en Ronda de Atocha, n.º 26. La estancia en la capital iba a hacer posible el que los mayorcitos recibieran mejor instrucción. En Cartagena se quedó el padre, con la hija mayor, Angelina, a la sazón de catorce años. Con frecuencia, venían ambos a Madrid a pasar uno días con la familia. Allí, a los pocos meses, nació el último vástago de la familia, Pedro Antonio. Los pequeños y María del Carmen entre ellos, abrían sus ojos para admirar la ciudad, las calles anchas y rectas, los edificios que parecían perderse en el cielo. La pequeña sentía aprensión en el metro, gozaba inmensamente bajo los árboles del Retiro, pero le daban mucho miedo las fieras del parque zoológico, los osos, tigres, el león con su gran melena y amplios bostezos.

Al legar el verano de 1933, la madre y la chiquillería con la servidumbre se trasladaron de nuevo a la Isla plana para gozar una vez más del sol pleno, el agua salada, la brisa y las arenas de la playa. Ya no volverían a vivir en Madrid, La decisión de trasladar allí la familia, no había sido muy afortunada. La madre debió quedarse con su esposo y toda la familia permaneció en Isla Plana aquel invierno y los sucesivos. La guerra iba a hacer imposible el volver a la capital. Y allí, en Madrid se quedó la casa vacía aguardando en vano a sus dueños.

Primeras letras

Creciendo, la pequeña Mari-Carmen fue manifestándose como una niña muy sesudita y algo silenciosa. Un día al chofer de casa, Antonio, se le ocurrió llamarla "la abuelita" y el apodo tuvo fortuna. Desde entonces, sus hermanos mayores, especialmente los varones, cuando la veían sentada en su silla, tan callada, le preguntaban: ¿en qué está pensando la abuelita? La

pequeña levantaba la cabeza y sonreía.

A los seis años, en 1933, Mari-Carmen fue admitida en la escuela Nacional de la isla Plana, dirigida por doña Dolores Moreno. Más tarde, en el proceso informativo, su maestra la recordará así.

"Era una niña normal, pero sobre todo tenía una bondad y una seriedad a la vez poco común. Era algo alegre, y con un conocimiento superior a sus años. Era verdaderamente inteligente, no se le escapaba ningún detalle, penetraba en lo más hondo de las cosas. Se daba perfectamente cuenta de las lecciones que yo explicaba y por esto, era la primera de clase. Muchas veces tuve que ausentarme de clase y ella era la primera en pedirme que me sustituyera. Era diligente, aplicada, laboriosa en extremo hasta llegar al punto de ser la niña modelo de la clase. Sufrió con resignación y paciencia la escasez de alimentos durante la guerra y se prestaba siempre a ayudar a su madre en todos los quehaceres como si fuera la hija mayor. En clase cumplió con exactitud todas las disciplinas, nunca tuve que hacerle ninguna reprobación por incumplimiento de sus deberes, los cuales hacía con mucho gusto, con limpieza. También se distinguió por su piedad, hasta el punto de que me parecía que se transformaba cuando hacíamos oración al salir o entrar en clase"¹².

Ya lo sabemos: según su maestra ya entonces sobresalían en María del Carmen ciertas cualidades que, según veremos, la distinguieron luego en su juventud. Era una niña normal, tenía las actitudes y los problemas propios de una niña, era muy alegre, pero al mismo tiempo poseía "una bondad y una seriedad a la vez poco común" Era exacta y escribía con limpieza sus deberes. Más tarde sus apuntes espirituales, brillarán por su limpieza, con la caligrafía muy clara y ligeramente inclinada hacia la izquierda, y las líneas rectamente horizontales. Pero lo que la maestra parece recordar con más fuerza es la piedad de Mari-Carmen: "me parece que se transformaba". Podemos sospechar, con fundamento, que Dios hacía con ella, lo que a menudo hace con sus siervos: les imprime en la infancia y adolescencia, una cierta atracción por sus cosas, les da ciertos gustos y toques en la oración, que atraen la atención de los mismos hacia su interior. Su hermano Francisco también recuerda la piedad de su hermanica.

"A la abuelita de seis años le gustaba rezar, pensar en Dios, leer vidas de santos y estar junto a la lumbre en los días de invierno, muy cerca de sus padres."¹³

En casa

En casa Mari-Carmen se convirtió de alguna manera en ángel tutelar de sus hermanos menores. José Luis, que la seguía, era extremadamente vivo y revoltoso. "Cari" era más tranquila y el pequeño Pedro Antonio se movía en brazos de sus hermanos mayores.

"El mayor entretenimiento de sus siete, ocho y nueve años era reunir en torno a sí a los pequeños José Luis y "Cari" y a Pedro en los brazos- y comenzaba a contar cuentos que conseguían amansar los nervios de José Luis, hechos más para la selva que para la casa. Mari Carmen se imponía en seguida. Fascinaba con su inventiva. A los pocos segundos la seguían sus oyentes sin pestañear. Y así pasaban largos ratos" ¹⁴

Hacia sus hermanos mayores sentía verdadera admiración. Le gustaba ver a Angelines ayudando a su madre en la casa o a María Luisa tocando el piano: seguía el corretear de las manos sobre el teclado y pronto se ensimismaba arrullada por la melodía. Mari Carmen tenía en efecto un alma de artista. Pero sobre todo, abría sus ojos llenos de admiración, cuando su padre, en la sala de estar, explicaba las ecuaciones a sus hijos mayores, llenando la pizarra de símbolos extraños.

Influjos

La infancia es el periodo de nuestra vida en el que estamos sometidos a influjos que más profundamente van a condicionarnos. De nuestros padres, de nuestros hermanos, de la escuela, de los compañeros de juego aprendemos a ser seres humanos: a sonreír, a hablar. De ellos recibimos nuestra fe. María del Carmen era la sexta hermana de nueve hijos de un matrimonio de posición desahogada, que el padre había construido con sus esfuerzos. La atmósfera era pues serena, sin grandes preocupaciones, y algo rumorosa en ocasiones. Mari-Carmen aprendió así a relacionarse fácilmente y a percibir las diferentes personalidades.

Siendo algo callado y reflexivo, fue sobre todo a través de su sonrisa perenne, como ella expresaba su aceptación amistosa de los demás. Esto la distinguía sobre todo en su juventud, cuando la disciplina de la comunidad religiosa, le imponga largas horas de silencio.

Fue siempre muy aficionada a su padre. Ya hemos oído a su hermano Francisco cómo a la niña le gustaba sentarse cerca de su padre, mientras éste leía junto al fuego. Mari-Carmen permanecía así largas ratos, contemplando el crepitar de las ascuas, pero sobre todo interiormente confortada por la fuerza paterna. De su padre pudo aprender sobre todo una gran rectitud natural y una gran generosidad con los que necesitaban ayuda.

Pero al ir creciendo pudo advertir cómo su padre vivía alejado de las prácticas religiosas y esto le producía pesar. A menudo rogaba a Dios y a la Virgen María que le acercaran de nuevo a la Iglesia.

De su madre, en cambio, señora "sumamente piadosa"¹⁵, recibió la fe, la piedad, y una gran devoción a la Virgen y delicada caridad con los pobres¹⁶. De ella aprendió sus primeras oraciones y con ella las rezaba todas las noches antes de acostarse. De mayorcita, aunque todavía niña, asistía asiduamente al rosario que su madre dirigía todas las noches¹⁷. Hubo una tercera persona que influyó también en ella de modo especial: su maestra, doña Dolores Moreno Plaza. De ella no recibió solamente

instrucción, sino verdadera educación. Ya hemos visto cómo para doña Dolores, Mari-Carmen era la primera de la clase y su ayuda en ciertas ocasiones.

La Guerra Civil

La infancia de Mari-Carmen quedó marcada, como la de todos los niños de su edad, por una terrible experiencia: la de la guerra civil. Precedida por una creciente violencia, el 17 de julio de 1936 se alzaba el ejército de Marruecos contra la República. El 18 el alzamiento se extendía a amplias zonas de la península. En las zonas republicanas, se organizaron las milicias populares. En ambas zonas se daba caza y se fusilaba no sólo a quien pertenecía claramente al otro bando sino incluso a quien podía ser sospechoso. Mari-Carmen, a la sazón de nueve años de edad abría sus oídos y sus ojos, cuando oía hablar de fusilamientos, incendios, destrucciones. El párroco de Puerto de Mazarrón, don Agustín Delgado, profesor de latín de sus hermanos mayores, apareció una mañana muerto a balazos. Dos primos de ella, oficiales de Marina, fueron fusilados en el buque "España" por los marineros amotinados. Un día, un grupo de milicianos vino a su casa en Isla Plana, muy de mañana. Pero venían sólo a requisar el coche. Don Francisco Albarracín era hombre muy querido por sus obreros y todos sabían que se había construido su posición trabajando duramente. Pero el susto aquel día naturalmente, fue grande. Y no terminó aquí. Había gente de fuera que no conocía personalmente a don Paco y en el revuelo de aquellos días a alguien se le podía ocurrir acabar también con él. D. Francisco hubo de cambiar de domicilio a menudo, especialmente por las noches. La familia lo seguía con zozobra en sus movimientos.

Pronto comenzó una nueva experiencia: la de los bombardeos. Los junkers de la zona llamada nacional venían a menudo a atacar las instalaciones portuarias y militares de Cartagena. La familia los veía pasar sobre el mar cercano. Luego los niños subían al primer piso para observar desde lejos el caer de las bombas y la respuesta de la contra aérea, incendios lejanos iluminaban la noche o ennegrecían de humo el cielo durante el día. Los peques oían a sus padres preocuparse por la suerte de los familiares o conocidos. Hasta que un día un trozo de metralla antiaérea cayó en una finca vecina y otro, una bomba de mil Kilos explotó en el mar cercano haciendo temblar toda la casa. Se decidió construir un refugio, donde cobijarse durante los bombardeos. Toda la familia contribuyó a excavar una cueva, al lado de la casa. Desde entonces, al oírse el zumbido de los aviones, todos bajaban a la cueva. Madre e hijos elevaban sus oraciones al cielo. Su hermano Francisco aún recuerda como Mari-Carmen se agachaba en un rincón, muy pálida y rezaba sin cesar pidiendo a Dios que cesara la prueba¹⁸.

No eran estas las únicas preocupaciones que la guerra trajo consigo. La escasez de los alimentos, las largas filas para obtenerlos, cuando

había algo, la mala calidad de algunos, todo ello afectaba a los padres y sobre todo a los hijos, en plena edad de crecimiento. Se juntaron las preocupaciones económicas. Para ayudar a la familia los dos hermanos mayores Agustín y Paco, de quince y catorce años, dejaron los libros en el verano de 1937 y se fueron a trabajar en la pesca. Pasaban toda la noche en el mar, bregando con las barcas y las redes y volvían al alba.

Un día, en 1938, se llevaron los milicianos a don Paco. "No se preocupen, no le pasará nada..." Pero, ¿no se decía eso a menudo a los que iban a ser fusilados? Don Francisco pasó algunos días en la cárcel. Alguien debió intervenir en su favor, o en todo caso, los informadores eran buenos. Se le volvió a dejar en libertad con la condición de que asumiera la dirección de los polvorines de Cartagena. Se le fijaba una paga y se ponía un coche a su disposición. La familia pudo respirar tranquila.

Cartagena fue uno de los últimos baluartes de la República. Al preverse el final, se acentuaron las matanzas. Se decía que en la lista de los que habían de fusilar, antes de que entrara el ejército, estaban el padre y los hermanos mayores de Mari-Carmen. Unos días más y ellos hubieran muerto también. Pero la caída de Cartagena y el final de la guerra alejaron para siempre la amenaza. Sus hermanos varones volvieron entonces a sus libros. Mari-Carmen no pudo empezar sus estudios secundarios. Su madre cayó enferma y en ese estado permaneció durante tres meses. María Luisa y ella debían ayudar a los quehaceres domésticos.

Primera Comunión

El domingo 8 de octubre de 1939, a los pocos meses de acabada la guerra, Mari-Carmen y su hermano José Luis hicieron juntos la primera comunión. Un padre franciscano estaba dando una misión en la parroquia de Isla Plana, y Mari-Carmen quiso entonces recibir por vez primera el sacramento de la Eucaristía. Al parecer, su familia le sugirió que esperara todavía un poco, porque entonces era costumbre que las niñas hicieran la primera comunión con un largo vestido blanco, con velo, flores, misalito y vela. Todo ello costaba dinero y las circunstancias no estaban para gastar mucho. Pero Mari-Carmen, que había tenido que esperar unos años, por estar las iglesias cerradas y los sacerdotes asesinados o escondidos durante los tres años de guerra, no quiso aguardar más. Recibiría por vez primera a su Señor con el mejor vestido que entonces tenía.

Se decidió hacer como ella quería. Aquella mañanita del 8 de octubre Mari-Carmen tuvo una doble alegría. No sólo el recibir a su Señor con grande fe y devoción, sino el ver cómo su padre después de tantos años, se acercaba también a la Mesa Eucarística. Sus hermanos recuerdan este hecho, años más tarde en el Proceso Informativo, señal que a todos produjo impresión. El P. Francisco Albarracín afirma entonces que fue aquél el día de la reincorporación total de su padre a una vida íntegramente cristiana¹⁹. Toda la familia tomó pues parte directa en el gozo de Mari-Carmen

y José Luis, redoblado por la vuelta del padre a la vida de piedad. Desde entonces la sierva de Dios recibiría con frecuencia los sacramentos de la penitencia y Eucaristía. Al principio, al menos los domingos y días festivos, junto con su madre.

Santa Teresita

Por entonces -según su hermano, a los diez años de edad, durante la guerra civil- tuvo lugar un hecho que tendrá un influjo profundo en la vida espiritual de María del Carmen: su primer encuentro con Santa Teresita de Lisieux. Leyó por vez primera la vida misma probablemente la *Historia de un Alma* que le había regalado su amiga íntima Emilia Esmenota²⁰. Le gustó tan enormemente que se la leía y releía una y otra vez.

A Mari-Carmen le produjo su lectura una profunda impresión. Desde entonces, la sombra protectora de santa Teresita no la abandonará jamás.

En noviembre de 1940, toda la familia se trasladaba de Isla Plana nuevamente a los Molinos (Cartagena), a la misma casa en que vivía ya su hermana Angelina junto con su esposo, D. Juan Bautista Pignatelli. Mari-Carmen pudo entonces de alguna manera completar sus estudios, asistiendo al colegio que en la ciudad tenían las Carmelitas de la Caridad.

María del Carmen fue haciéndose una mujer. Atrás quedaban los juegos infantiles. Ahora estudiaba, asistía al colegio, se ocupaba en casa de los hermanos pequeños y ayudaba en las faenas de la casa. Su hermano Francisco atestigua: era muy sencilla en su arreglo personal, a pesar de saber que era de un gran atractivo físico²¹. Su hermano José Luis la recuerda muy recatada: para bañarse escogía las horas en que había menos gente en la playa²².



NOTAS

¹ Datos tomados del certificado de bautismo de María del Carmen Albarracín.

² Testimonio de José Luis Albarracín en PIB, ses. 12, fol. 81.

³ P. Francisco Albarracín, S.J.; *Sonreí siempre*. Vida de María Teresita Albarracín, RMI. Granada 1959, pp 25.26; PIB, ses. 8, fol. 53-54. Eduardo Albarracín, PIB, ses. 11, fol. 72.

⁴ *Sonreí siempre*, p. 26. Testimonio del P. Francisco Albarracín, PIB, ses. 8, fol. 53. Eduardo Albarracín, PIB, ses. 11, fol. 72. Juan B. Pignatelli, PIB, ses. 10, fol. 67. Dolores moreno, PIB, ses. 14, fol. 92.

⁵ Testimonio de José Luis Albarracín, PIB, ses. 12, fol. 81.

⁶ Testimonio de Francisco Albarracín, s.j., PIB, ses. 8, fol. 53; José Luis Albarracín, PIB, ses. 12, fol. 81.

⁷ P. Francisco Albarracín, s.j., en carta al autor.

⁸ *Sonreí siempre*, pp. 165-166.

⁹ PIB, ses. 11 y 12, fols. 72 y 81.

¹⁰ En cuanto a la hora, el acta de nacimiento dice taxativamente: las quince; el de bautismo dice en cambio erróneamente: a las tres de la mañana.

¹¹ Recuerdos personales del P. Francisco Albarracín, s.j., en *Sonreí siempre*, pp. 13-14.

¹² PIB, ses. 14, fol. 93.

¹³ *Sonreí siempre*, p. 18.

¹⁴ *Sonreí siempre*, p. 18.

¹⁵ Testimonio de Doña Caridad García en PIB, ses. 13, fol. 82.

¹⁶ *Sonreí siempre*, p. 28.

¹⁷ *Sonreí siempre*, p. 28.

¹⁸ *Sonreí siempre*, p. 34-36.

¹⁹ PIB, ses. 8, fol. 53.

²⁰ Arch. Gral. RMI., Roma, SA, 4.

²¹ PIB, ses. 8, fol. 56.

²² PIB, ses. 12, fol. 82.



La joven María del Carmen Albarracín Pascual

II

De la muerte a la vida

Muerte del padre

El descubrimiento y la maravilla parecen ser hechos predominantes en la infancia y primera adolescencia. Descubrir realidades nuevas, desde el caballito o las muñecas rotas para examinar su interior hasta el descubrimiento del amor y la sexualidad, pasando por el juego, la escuela, la amistad, es para el niño inmergirse sucesivamente en un mundo que luego, de adulto le parecerá terriblemente estático y a veces aburrido. Una de las experiencias más dolorosas del niño es el descubrimiento de la muerte y la caducidad de la vida. Los abuelos no fueron siempre ancianos, como parecía al principio, y en un cierto momento se marchan para siempre. Y la muerte puede golpear incluso a un adulto en la plenitud de la vida. El llanto y los ritos que acompañan a la muerte suelen agudizar aún más la experiencia: los vestidos de luto, el llanto, la cámara mortuoria fugazmente entrevista, el funeral y luego la ausencia definitiva de quien comía con nosotros. Si el difunto es alguien a quien estábamos particularmente unidos, el padre o la madre, la abuelita o un hermano, la experiencia es obviamente, más dolorosa.

Mari-Carmen había pasado los últimos años de su infancia en un mundo desolado por la guerra civil y sistemáticamente destrozado por la muerte. Se hablaba de batallas, de fusilamientos, de buques hundidos en Cartagena, se oían pasar los aviones y retumbar las bombas, Estaba para cumplir los catorce años, cuando la experiencia de la muerte la sorprendió con particular fuerza. Y se trataba nada menos que de su padre. Sabemos que María del Carmen le estaba particularmente aficionada. Por otro lado, ella se hallaba en una edad, inaugurando la adolescencia, en la que la sensibilidad femenina es particularmente aguda. Mari-Carmen estaba ya lo bastante crecida para darse cuenta de todas las consecuencias del infausto acontecimiento. De hecho, como vamos a ver, la muerte del padre tuvo consecuencias extraordinarias para el futuro de la joven.

En enero de 1941 su hermano Francisco fue desde Los Molinos, Cartagena, a Murcia para recoger las notas obtenidas por él y por su hermano Agustín en el examen de Estado que días antes habían hecho en la Universidad. En la capital de provincia encontró Francisco a su padre, que,

tal vez por motivos laborales había ido allá desde Letur (Albacete) donde se hallaba ocupado en sus trabajos. Puesto que el joven se hallaba naturalmente cansado, por los estudios intensos y el consiguiente nerviosismo, su padre se lo llevó con él a Albacete para que descansara allí una temporada.

A las pocas semanas caía enfermo el padre, aquejado de una afección intestinal. Al parecer los médicos no dieron al principio importancia al malestar, juzgándolo una simple indisposición. Pero el enfermó se agravó notablemente y a los seis días de gravedad creciente los médicos comenzaron a alarmarse. Dos días después, el 4 de marzo de 1941, por decisión facultativa, D. Francisco fue trasladado urgentemente a Cartagena, para que fuera allí mejor atendido. Examinado en el Hospital de Caridad, los médicos diagnosticaron una peritonitis aguda, causada por una eclosión intestinal. Poca esperanza había de salvarlo, pero se decidió operar a vida o muerte. Advertido el enfermo de la gravedad de su estado, aceptó la propuesta hecha por la familia de recibir los santos sacramentos. Avisado el párroco, fue a confesarlo y a continuación trajo en procesión el Santísimo Sacramento, y dio al enfermo el viático, junto con la unción de los enfermos. Don Francisco recibió los sacramentos con gran serenidad, pero no tenemos que esforzarnos mucho para sospechar la aprensión con que estaba viendo acercarse la muerte, aunque sólo fuera por el desamparo en que se iban a encontrar su esposa y sus nueve hijos. Hizo a continuación testamento y fue enseguida conducido al Hospital de Caridad, cercano a la residencia familiar, para ser operado en la mañana del día 5. Años más tarde, los hermanos recordaron aun las largas horas que pasaron en vela las noches del 4 y del 5. Nadie pudo dormir. Mari-Carmen parecía singularmente apenada, sin poder contener el llanto. La operación tuvo lugar el 5 por la mañana, pero todo el día y la noche siguiente pasaron sin que se advirtiese mejoría alguna. Al contrario, la situación empeoraba claramente. En la tarde del jueves 6, rodeaban al enfermo su esposa, sus nueve hijos y el capellán del Hospital, don José Rodríguez Escotí. A las cinco y media de la mañana tuvieron las religiosas exposición del Santísimo Sacramento y a ella asistieron todos los hijos del enfermo, quedando con él solamente su esposa. Al acabar el acto, el enfermo entraba en agonía. A las siete y cuarenta, el capellán le dio la última absolución. D. Francisco recobró el conocimiento por unos momentos, se despidió con la vista de los suyos, quiso decir unas últimas palabras de despedida, pero no lo consiguió, y a los pocos momentos entregaba su alma al Creador. Moría a los cuarenta y nueve años de edad¹.

La muerte de D. Francisco Albarracín fue un golpe dolorosísimo para toda la familia. Al dolor producido por la pérdida del padre se juntaron las naturales preocupaciones económicas, puesto que el desahogo de que hasta entonces habían disfrutado provenía exclusivamente del trabajo del padre. De los nueve hijos, Angelina, la mayor, de 24 años, estaba ya casada. Quedaba María Luisa, apenas en la mayoría de edad, Agustín, que

estaba comenzando la Universidad, Francisco, de 17, que un año más tarde entraría en el noviciado de la Compañía de Jesús, y por debajo de él los demás, Eduardo de 16 años, Marí-Carmen de 14, José Luis de 11 y luego Caridad y Pedro Antonio todavía niños. La empresa en que trabajaba el padre ofreció un puesto al mayor de los varones, Agustín, y con cuidados y sacrificios la familia pudo seguir adelante.

Todos los que por entonces la trataron coinciden en afirmar que la muerte del padre y el dolor que ésta le ocasionó fueron factores determinantes en la decisión que tomó de darse totalmente a Dios. "Desde entonces avivó su piedad más intensamente" recuerda su hermana mayor Angelina². y confirman sus hermanos José Luis³ y su cuñado Juan Bautista Pignatelli⁴, su maestra doña Dolores Moreno⁵ y la amiga de la familia doña Caridad García⁶. Pero es su hermano Francisco, jesuita, quien nos traza un retrato más detallado de la sierva de Dios. No se olvide que Francisco era dos o tres años mayor que ella y que por entonces estaba, él también, madurando la decisión de consagrarse a Dios en la Compañía de Jesús. Más de una confidencia debió vincularlos por aquellos meses. Dice así su testimonio: la muerte de nuestro padre marca en ella un jalón nuevo para su vida espiritual, quizá por el hondo amor que le profesaba, cae mejor en la cuenta de lo que significa tener a Dios por Padre nuestro y comienza a vivir más conscientemente la infancia espiritual se Santa Teresita⁷. Completa el cuadro don Francisco Rodríguez Escotí que fue director espiritual año y medio⁸. "Todo el tiempo que la traté la vi muy piadosa y en el confesonario vi que era muy interesante ocuparse de ella, no sólo porque había quedado huérfana, sino porque fuera del confesonario me decía siempre que quería ser santa y yo le decía que cuando fuese un poco mayor que me hablase de ello" ⁹.

Algo mejor podemos reconstruir la evolución espiritual de Mari-Carmen entre la muerte de su padre en marzo de 1941 y la entrada de la misma en el noviciado de las Misioneras Claretianas en setiembre de 1942, si a los datos que nos dan los testigos unimos los textos espirituales compuestos por ella en 1942. Sabemos que Mari-Carmen tomaba parte cada día junto a su madre, en la celebración de la Eucaristía y que cada día recibía el mismo sacramento. Todas las semanas iba a confesarse con el capellán del Hospital de Caridad y aún cuando éste fue trasladado a otro destino en la misma ciudad, bastante más lejos, ella no dejó de frecuentarlo hasta bien entrado ya 1942. Muy pronto ingresó en las Hijas de María de su parroquia de Los Molinos¹⁰. Pasaba entonces muchas horas entre la parroquia y el Hospital donde iba a visitar a los enfermos¹¹. Su vida interior era ya entonces particularmente intensa. Su director afirma en el Proceso Ordinario de Barcelona: "Pude observar en ella una fe muy grande, puesto que pasaba mucho tiempo en oración ante el Santísimo Sacramento, manifestaba grandes deseos de salvar almas y hacía sacrificios para ello. Es todo lo que podía manifestar en su tierna edad de doce años¹². Tenía mucho consuelo en la oración" ¹³.

Primera experiencia

En tal situación le aconteció a Mari-Carmen lo que con formas diferentes y diversos grados de intensidad, ha acontecido a muchos siervos de Dios: un encuentro particular con la gracia divina. Estaba entrando en una edad, pasados ya los catorce años, en que podía ir tomando una decisión sobre su futuro. La muerte del padre la había llevado a echarse con fe y confianza renovadas en los brazos del Padre Celestial. La vida se le apareció entonces, bajo una luz nueva, en toda su caducidad, y al mismo tiempo en toda su seriedad. En la misma situación de crisis vocacional se hallaron muchos santos y siervos de Dios, cuando Dios vino a iluminarlos y dirigirlos con una experiencia religiosa particular. La sierva de Dios Antonia París, en cuya Congregación Mari-Carmen iba a ingresar muy pronto, lo había experimentado hacía precisamente un siglo, en 1842, cuando una visión del Crucificado le reveló su vocación profética de Fundadora¹⁴. Al fundador de la misma Congregación, San Antonio María Claret, le aconteció lo mismo cuando tenía veintitrés años de edad y buscaba a tientas su futuro¹⁵. Yendo más atrás en la historia, algo parecido sucedió a santa Teresa de Avila, san Ignacio de Loyola, santa Catalina de Siena, san Francisco de Asís; visiones del Señor o de su Madre Santísima, locuciones destinadas a orientar definitivamente a un discípulo de Cristo por el camino de su vocación y de la santidad.

Que algo de esto le aconteciera a Mari-Carmen a fines de verano o principio de otoño de 1941, lo sabemos por el testimonio de la misma interesada. En uno de sus escritos más antiguos, de la primera quincena de marzo de 1942, escribió:

"¿Dónde de ha visto tanta bondad? Cerca de quince años hace que la estoy buscando - la bondad - en el mundo y no la encuentro, ni siquiera parecida, ni remotamente asemejada, hasta que hace seis meses poco más o menos os encontré a Vos, os ví y os escuché claramente, sin el velo del mundo que antes me envolvía. Desde entonces, lo confieso, he quedado prendada de vuestra divina Bondad, aunque la verdad, Señor, no la comprendo por más que medito sobre ella"¹⁶.

Unos pasos más arriba había escrito:

"Al final he vuelto a TI, mi amado Jesús, al fin te has compadecido de mí, dándome a conocer que solo Tu eres la verdad, el camino y la vida; que sólo Tú eres la fuente de la que mana el agua de la verdadera felicidad, que tanto se esfuerzan los mundanos en hallarla en la tierra sin encontrarla jamás, y que yo, también me he esforzado en buscar sin hallarla nunca, hasta que te hallé a Ti y me diste de beber en las purísimas aguas de tu gracia . Oh, desde entonces la poseo. Desde entonces soy todo lo feliz que se puede ser en este mundo. Nada deseo sino lo que Tú desees; nada amo sino lo que Tu amas; nada quiero tener sino lo que Tú me envíes desde tu Excelso Trono"¹⁷.

Las dos alusiones a la experiencia que nos ocupa se hallan en una larga oración dirigida a Jesús, o como su autora dice: Al amor de mis Amores. El género literario del texto, del que forma parte, explica el carácter vago de las mismas. No se trata, efectivamente, de una de esas notas de diario espiritual, destinado a menudo al director, en las que los siervos de Dios suelen abundar en detalles incluso sobre el aspecto psicológico de las gracias recibidas. Se trata al contrario de dos oraciones dirigidas al Señor, al que no había necesidad de explicar lo que había acontecido. Pero aun así esas dos alusiones son lo suficientemente claras, para que podamos ver el contenido de la experiencia. Las palabras de la sierva de Dios no dan pie alguno para sospechar que se tratara de una gracia extraordinaria, de una visión o locución. No consta, por otro lado, que en toda su vida la sierva de Dios gozara de visiones imaginativas o locuciones formales. Pero sí se trató de un fenómeno que tuvo para ella un significado fuera de lo ordinario, puesto que, como vamos a ver, fue ese el punto de arranque del que brotó la conciencia que ella tuvo de su vocación a dos niveles diferentes: llamamiento a la santidad, y llamada a la vida religiosa. Para Marí-Carmen se trató de un encuentro con el Señor: "hace poco más o menos seis meses os encontré a Vos¹⁸. hasta que te hallé a Ti"¹⁹. El encuentro tuvo un aspecto de visión y de audición: "os vi y os escuché claramente, sin el velo del mundo que antes me envolvía"²⁰. Mari-Carmen conoció entonces que Cristo es la verdad, el camino y la vida, es decir, aquel que da pleno sentido a toda una existencia y el único que puede dar eterna y plena felicidad. Todo esto lo sabía ella ya por la fe. Por eso, la experiencia a de ser caracterizada necesariamente como un conocimiento experimental, producido por una eclosión de los dones del Espíritu Santo. Es visible el don de ciencia en ese constatar la diferencia entre Dios y las criaturas, pero también se advierte el de sabiduría, en este gustar la divina Bondad, hasta el punto de "quedar prendada" de ella. La experiencia tuvo como fruto unir de modo particular su voluntad a la voluntad divina. Seis meses más tarde aún vivía Mari-Carmen en el estado de alma producido por la experiencia.

Podemos afirmar más: sus efectos duraron hasta su muerte. Y es que si hasta entonces, y especialmente desde la muerte de su padre, Mari-Carmen había sido una muchacha profundamente piadosa ahora su vida se orientaba totalmente y únicamente hacia el Señor. Y esa orientación no oscilará jamás en los pocos años que le quedan de vida terrestre. Podemos definir este fenómeno como una experiencia profunda de conversión al Señor. Sabemos que por aquellos días precisamente tuvo lugar en su Parroquia una misión popular²¹ predicada por los claretianos PP. Juan José Bona²² y Angel María Fandos²³ de la Comunidad de Cartagena. Dada la importancia que, como veremos, tuvo esta misión en el itinerario espiritual de María del Carmen podemos concluir que la experiencia de conversión total a Cristo, gracias a un encuentro con El, tuvo lugar durante esta misión.

Vocación a la santidad

Su director espiritual por aquellos meses, nos ayuda a entender la orientación que estaba tomando Mari-Carmen, al afirmar en el Proceso Ordinario: "Me decía siempre que quería ser santa y yo le decía que cuando fuese un poco mayor que me hablase de ello"²⁴. Es evidente que aunque el sacerdote estaba descubriendo algo particular en la vida interior de la chica, no podía tomar todo lo en serio que se merecía ese deseo repetidamente expresado, de ser santa. El tiempo, que todo lo aquilata, tendría la última palabra. Porque, por ahora, todo podía ser simple impresión pasajera en la sensibilidad de una adolescente. El tiempo, efectivamente, dijo su palabra, confirmando que lo de María del Carmen no era un capricho fugaz, sino un deseo profundo y decisión firme.

La misma sierva de Dios en una larga oración escrita el 25 de mayo de 1942 y titulada *Abandono del Sagrado Corazón de Jesús*, nos habla explícitamente de esos sentimientos que la dominaban por entonces:

"Hace algún tiempo que unos deseos grandísimos ocupan casi toda mi imaginación. No es deseo de ser buena, ni aun de dejar de ser mala, no, mis deseos se elevan más, quiero ser santa, quiero alcanzar una gran perfección y por si esto fuera poco viéneme en seguida a la imaginación la idea de que para ninguna otra cosa quisiste que yo viniera a este mundo, sino para ello.

Algunas veces suelo admirarme del amor tan grande que me demuestras y de las atenciones y regalos con que constantemente obsequias a tu pequeña. Pero en seguida, como para sofocar mi admiración, suele apoderarse de mí la idea de que esto no es nada comparado con lo que más tarde me reservas. Pienso que "Jesús obrará en mí maravillas y que el Espíritu Santo hablará por mi boca"

Dos hechos parecen emerger de estos testimonios. En primer lugar Mari-Carmen a los catorce años de edad, no sólo comenzó a sentir grandes deseos de llegar a la santidad sino que se formó la convicción de que Dios la había predestinado a ella. En segundo lugar, ella vio en los consuelos y gracias que recibía en la oración una señal de esta divina voluntad. Sobre lo segundo, volveremos a reflexión en seguida. Fijémonos antes en el primer hecho.

Los deseos de alcanzar la santidad la siguieron empujando hacia la meta que es Cristo hasta el último momento de su vida. En una oración titulada *Súplica a Jesús* y redactada por estos meses, resumía así los ruegos precedentes dirigidos a obtener algunas virtudes particulares.

"Quiero en una palabra, que me alcancéis una gran perfección; que me elevéis a una gran santidad"²⁵.

Lo mismo vuelve a pedir por intercesión de su Madre Santísima en una súplica a la Santísima Virgen, mi Madre amada. escrita el 17 de agosto de 1942.

"...suplicándoos anhelante...las gracias necesarias para ser de hoy en adelante un modelo verdaderamente inimitable de hija fiel reflejo en todo su comportamiento de su Madre perfectísima-

Para alcanzar este estado de perfección que tanto ansío, os suplico desterréis de mi alma las malas hierbas de pasiones, imperfecciones, apetitos desordenados, excesivo amor propio, y, todo en fin, cuanto no me lleve a la santidad.

En fin, amadísima Madrecita, alcanzadme la perfección de los Santos, para como ellos consiga la dicha de llamar a vuestro Hijo, mi Jesús, mi Esposo. ¡Oh, que bien suenan estas expresiones en mis oídos! ¡Que felicidad si llegara algún día a poseer tanta dicha! ser toda de Jesús, entregarse a tan precioso tesoro y ser al mismo tiempo la dueña de El "²⁶**.**

La convicción de estar llamada por Dios a la santidad sigue apareciendo en sus escritos después de haber abrazado la vida religiosa.

El 20 de noviembre de 1942, todavía postulante, volvía a ver con claridad nueva su vocación a la santidad.

"Antes de tener vocación muchas veces solía repetir, casi sin darme cuenta. "Yo no soy de este mundo, yo nací para el cielo". Esto que entonces decía maquinalmente, hoy lo digo con toda la sinceridad de mi corazón, sí, siento que Dios me ha creado para cosas grandes, y cada vez me hace sentir más el destierro que sufro, para que mi corazón no se apegue a las cosas de la tierra. Siento que Dios me ha creado para ser santa, y por lo tanto todo lo que no me lleva a este fin, lo desecho rápidamente"²⁷**.**

En marzo de 1943 se preguntaba:

"¿Y para qué me puso aquí y qué fines le movieron a ello? Me puso para santificarme, por lo tanto la santidad es el fin de mi vocación"²⁸**.**

Más claramente lo afirma a principios del año siguiente:

"He nacido para ser santa, bien claro lo comprendo, pero también, sé que los santos no nacieron santos, sino que se hicieron a fuerza de vencimientos, de humillaciones y de pruebas. Sé también que el tiempo pasa veloz y que dispongo de muy poco para alcanzar este fin, por lo que he de aprovecharlo muy bien, no dejando para mañana lo que pudiera hacer hoy"²⁹**.**

Algún texto, como el de marzo de 1943 no hace más que aplicar a su caso uno de los fines de la vida religiosa, tal como había venido siendo definido en los últimos tiempos: la propia santificación. No sabemos qué ideas tenía Mari-Carmen sobre la vocación universal a la santidad. Pero es evidente que aun en el caso de que tuviera ideas claras sobre la misma - dicha verdad ha sido a menudo oscurecida - ella no se limita a aplicar a sí misma esa maravillosa afirmación. El conjunto de textos no dejan lugar a dudas: se trata de una convicción relativa a su propia persona. Mari-Carmen sentía de un modo particular que Dios la quería santa y que para eso la había creado. Era una convicción personal que le venía del interior.

Tal vez no hubiera podido explicar satisfactoriamente en qué se basaba para ello. Era simplemente una llamada.

La primera purificación

Hemos visto cómo Mari-Carmen descubría en los consuelos y gracias que Dios le concedía en la oración una señal de su particular llamamiento a la santidad. "Algunas veces suelo admirarme del amor tan grande que me demuestras y de las atenciones y regalos con que constantemente obsequias a tu pequeña" ³⁰. Había llegado hasta a pensar en alguna ocasión: "Jesús obrará en mí maravillas y el Espíritu Santo hablará por mi boca" ³¹.

Esto último, en lo que ella ve "una terrible osadía" la había hecho reaccionar, sobre todo, porque tenía conciencia de sus innumerables imperfecciones ³². En un texto algo posterior la sierva de Dios confiesa tener plena conciencia de una contradicción que experimentaba en sí misma: por un lado, las innumerables gracias de Dios que parecían predestinarla a la santidad, por otro su propia ruindad ³³.

No tenemos motivo para dudar de que esta convicción de estar llamada de modo particular a la santidad fuera simple reflejo de un efectivo llamamiento. Y ciertamente, no estaba lejos de la verdad cuando veía en estas experiencias espirituales de los comienzos, señales de esa llamada.

Con ellos Dios la atraía con fuerza hacia Sí. Pero esa misma admiración y hasta, como ella dice, inclinación que sentía ante la terrible osadía, muestran la existencia de un peligro común en los comienzos a recorrer la vía de una particular dedicación a la vida espiritual: el concebir una cierta imagen bella de sí misma y el encariñarse con la idea de la propia predestinación a la santidad, medio sutil de satisfacer el propio orgullo. No es obstáculo para ello el que los siervos de Dios, como Mari-Carmen en este caso, reconozcan sus imperfecciones. Una cosa es reconocerlas y otra experimentarlas hasta su raíz. San Juan de la Cruz ha afirmado la norma de que "al alma que determinadamente se convierte a servir a Dios ordinariamente la va Dios criando en espíritu y regalo, al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual al calor de sus pechos le calienta y con leche sabrosa y manjar blando y dulce le cría y en sus brazos le trae y le regala" ³⁴. Pero el mismo santo Doctor advierte a continuación cómo quien es favorecido con tales gracias tiende a usar mal de ellas. Los siete vicios capitales suelen rebrotar en este periodo con una serie de imperfecciones: sutil orgullo y vanidad, apego al placer espiritual... ³⁵. De ahí que a cierto punto deba Dios intervenir con la purificación pasiva, la noche del sentido.

Mari-Carmen fue sometida a esta purificación durante la primavera de 1942. Esos mismos sentimientos de indignación y admiración ante el contraste, que advertía en sí misma entre las gracias que Dios derramaba en ella y la propia vileza denotan cómo el rayo de la contemplación estaba

comenzando a embestirla y purificarla. Unas semanas más tarde, el 1 de junio de 1942, Mari-Carmen se hallaba ya en pleno periodo de desolación. Se quejaba de su estado en una oración compuesta ese mismo día.

"¡Oh Jesús mío, cuánto sufro! Me has abandonado a mis propias fuerzas y pronto mi ruindad, mi pequeñez, mi maldad, me han dado a conocer cuanto doy de mí.

Grandes batallas se libran en mi espíritu. Un sudor frío corre constantemente por mi rostro. Las fuerzas me faltan; me considero impotente para la lucha. Estoy cansada, he agotado toda mi resistencia (que por cierto era bien poca) y ahora me queda un cansancio muy grande, estoy como aletargada, no puedo defenderme, no tengo fuerzas.

El Príncipe de las tinieblas me acecha por todas partes, me acosa constantemente, sumergiéndome en algunos momentos en horribles tinieblas, tan densas, a veces, que me privan por completo de tu vista. Vuelvo la cabeza a un lado y otro buscando y no encuentro más que la horrible faz de Satanás que sonrío diabólicamente, mientras estruja y retuerce entre sus manos mi pobre espíritu. Grito, llamo en mi ayuda a Jesús, a María, a mi Angel Custodio y a todos los Santos; un silencio sepulcral sigue mis lastimosos gemidos. Nadie me escucha, me siento abandonada; una angustia mortal me oprime, un horror espantoso me domina, me creo a punto de morir... ¡Oh! ¡más horrible que agonía! ...

No sé a punto fijo lo que pasa. No sé explicar cual es mi estado de ánimo. No, no podría. Solo sé que sufro. Oh sí, sufro mucho y mi sufrimiento aumenta"³⁶.

Es evidente el tufillo literario, retórico, de todo este párrafo: las exclamaciones, los incisos, la abundancia de adjetivos dramáticos. Hallamos aquí acentuada cierta tendencia que se advierte en sus primeros escritos y que desaparecerá muy pronto: una inclinación a la literatura forzada y contrahecha. No olvidemos que se trata de una muchachita, de quince años, que había acabado sus estudios con lo que hoy llamamos educación general básica. Pero es también claro que por debajo de esa floración algo tupida de adjetivos y aclamaciones se advierte un profundo sufrimiento. Mari-Carmen se siente abandonada, dejada a sus propias fuerzas, sus oraciones resuenan en el vacío. Más aún, la ausencia de Dios se halla agravada por la percepción de presencia del diablo, que la oprime y estruja el espíritu³⁷.

Algunos datos que aparecen en la descripción hecha por ella misma nos hacen ver que estamos ante un caso de noche del sentido, y sin embargo, ese acoso diabólico, el cansancio muy grande revelan que la llama purificadora estaba penetrando más adentro. No es todavía la noche preparatoria para la unión transformante, pero tampoco se trata meramente de esas grandes arideces e incapacidades de orar que agobian al cristiano al finalizar la etapa de principiantes. Creemos que fundamentalmente se trató de una noche del sentido pero con algún atisbo y asomo de la noche del espíritu. Que nadie se extrañe de nuestra afirmación. Se trata de una adolescente a la que Dios predestinaba para recorrer, en pocos años todo el camino interior. Y Dios es dueño de obrar como le place y no según nuestros esquemas.

Sobre los efectos que le estaba causando dicha purificación pasiva, Mari-Carmen nos informa en los párrafos sucesivos. Se había creído una santa, al ver la cantidad tan grande de gracias que Jesús había derramado en ella: había creído que El tenía en ella sus complacencias, puesto que observaba sus mandamientos y juzgaba que sus oraciones le eran agradables. Ahora se da cuenta de lo desgraciada que ha sido, tiene viva conciencia de su ruindad, vileza, pequeñez y nada, y, al mismo tiempo, se le han impreso con gran viveza la grandeza, poder, sabiduría y belleza de Dios. Un infinito de maravillas y un cúmulo de mezquindades enfrentados. Todo esto le produce horror y espanto, estaba pues recibiendo un vivo conocimiento de Dios y de sí misma. Con ello, la gracia divina podía seguir adelante en su trabajo.

En este estado se hallaba cuando un día tuvo una sorpresa dolorosa. Dejemos que no lo cuente ella misma.

"El otro día, escribe el mismo día 1 de junio de 1942, estaba yo tranquilamente cosiendo sentada en una mecedora. Mi hermana "Cari" (que cuenta ahora diez años) ocupaba otra frente a la mía. Yo estaba ensimismada en mis pensamientos, de tal manera que no percibía la persistente mirada de mi hermana que no se separaba ni un momento de mí. De pronto levanto mi rostro, la miro y de una sola ojeada abarco toda la situación. La miro otra vez y al observar que el juego continúa le pregunto risueña: "Cari, ¿por qué me miras así? ¿qué tengo en la cara?" Ella, se corta, no dice nada, de pronto se levanta, se acerca a mí, me besa y me dice pensativa, - oye, ¿sabes lo que pensaba, cuando te miraba?, que a lo mejor tú eres santa. Una convulsión horrible experimenté - "Cari" hija mía no digas tonterías.- ¿por qué? preguntó ella ingenuamente. ¿Tal vez no puede ser? ¿acaso es imposible?- Yo no lo puedo oír, sus palabras me hirieron horriblemente.- Sí, es un imposible. Calla, por Dios, no digas más esas cosas. La chiquilla enmudece rápidamente, ya no dice nada, tampoco hace falta, sus pocas palabras, que tal vez dijo inspirada por el mismo Satanás, han producido el efecto deseado. Una lucha horrible se levanta en mí, otra vez la angustia me domina. Estrujo mi frente entre mis manos, como si de esta manera pudiera librarme de los pensamientos que me oprimen. Todo en vano. La lucha va en aumento. He dejado la costura a un lado, no puedo continuar mi trabajo. La vista se me nubla, un denso velo me cubre; ni distingo nada de cuanto me rodea. Apoyo la cabeza maquinalmente en el respaldo de la mecedora mientras medito. Ya no tengo fuerza para luchar, ya no me queda más solución que el rendimiento, y eso nunca, antes morir.

De tan horrible trance me ha sacado mi hermana María Luisa (que en esta ocasión ha hecho de ángel salvador) que se acerca hacia mí, y me pregunta asombrada, pero, chiquilla, ¿todavía así? si no te das prisa, de seguro que se nos hace tarde.- No pierdas cuidado, antes de cinco minutos ya estoy dispuesta ha hacer todo lo que tú quieras. Su charla que continúa todo el tiempo que tarde en arreglarme (aunque este es bien poco) me distrae; me ha hecho por un momento olvidar todas mis cosas. ¡Oh, cuánto se lo agradecí!- Solo Dios lo sabe, puesto que a El encargué el que se lo pagara, al considerarme yo impotente para corresponder debidamente a tanto favor³⁸.

Infancia espiritual

Llegado este punto hemos de recordar un hecho de la niñez de Mari-Carmen que tuvo por entonces algunas consecuencias, pero que estaba llamado a ejercer un gran influjo sólo más tarde, comenzando precisamente en este periodo que nos ocupa. A los diez años, había descubierto a Santa Teresita del Niño Jesús.

Cuando a los quince o dieciséis años tomó la decisión de darse completamente a Dios, para que El hiciera de ella una santa, la imagen de santa Teresita de Lisieux y su doctrina sobre el camino de la infancia espiritual reaparecieron con gran fuerza. Este es precisamente el tipo de espiritualidad a la que ella se siente llamada. Desde este momento, dicha idea no la abandonó jamás.

Santa Teresita y su camino espiritual aparecen repetidamente en este periodo en que Mari-Carmen estaba sintiendo con fuerza particular el llamamiento a la santidad y se hallaba en una etapa crítica de su propio desarrollo interior. La primera mención la hallamos en una larga oración escrita en julio de 1942. En ella Mari-Carmen se ofrece a desempeñar el papel que tiempo atrás había desempeñado Teresa de Lisieux:

"Es verdad que en su tiempo vuestra sierva Teresita luchó por Vos, mientras Vos descansabais; más ahora que no está ella me toca a mí desempeñar tan honroso papel, ahora igual que entonces ha de descansar ese ensangrentado Corazón; la espadas que constantemente lanzan los pecadores ya no se clavarán en El, ahora se hundirán en el mío..."³⁹.

En otra oración del 15 de agosto de 1942, después de dirigir varias peticiones de virtudes particulares, resume así sus anhelos:

"Quiero en una palabra que me alcancéis una gran perfección; que me elevéis a una gran santidad.

Si vuestra infinita misericordia se digna alcanzarme tan gran merced, bondadosísimo Jesús, alcanzadme la santidad de vuestra amada Teresita del Niño Jesús, que llegue hasta Vos por el camino más corto, o sea, por el camino de la Infancia Espiritual, haciéndome en todo igual a los niños, pues de esta manera, las diabluras que cometa, os ofenderán menos y obtendrán más pronto vuestro perdón, como verificadas por una niña. Quiero también como Teresita, pasar mi cielo haciendo bien en la tierra..."⁴⁰.

Hay algunos textos de esta misma época en los que, aunque no aparezca mención alguna de la santa de Lisieux, el influjo de su pensamiento es evidente. El 25 de mayo de 1942 preguntaba al Señor por qué había fijado sus ojos en las florecillas más pequeñas y ocultas de la Iglesia:

"¿Por qué se digna ese divino Sol que alumbra el cielo y la tierra con sus resplandores, despedir sus rayos, los rayos de su amor sobre mí, la más

pequeña de todas las florecillas, la más fea, la más defectuosa, la más ignorada, la más miserable? ¿Por qué, Señor, por qué? Tal vez, para demostrar al mundo una vez más vuestra predilección por los pequeñuelos. Y en verdad, Señor, que muy grande ha de ser esta predilección, cuando os gozáis en mí, que soy infinitamente pequeña, mas bien sabéis, no obstante, que os amo..."⁴¹.

El 6 de setiembre, cuando ya se preparaba para entrar en el noviciado de las Misioneras Claretianas, volvía a manifestar su convicción:

"Cuanto más pequeñitas y más inocentes son las almas, tanto más agradan al buen Jesús. Oh Dios mío, yo quiero ser excesivamente pequeñita"⁴².

"Uno de mis mayores deseos, escribía días más tarde, es ser siempre niña. ¡Se goza tanto Jesús en los niños!"⁴³.

El día anterior se había firmado en una súplica a Jesús "tu pequeña Mari-Carmen" y el 28 del mismo mes, la víspera de su entrada en el noviciado "tu niñita". Sin duda había sido su amor a la santa de Lisieux la que en agosto anterior la había llevado a firmar sendas oraciones a Jesús y a la Virgen "María del Carmen del Niño Jesús" Todo esto hubiera podido ser sólo una imitación superficial de las ideas y vocabulario de una santa joven debido al impacto producido por ella en la sensibilidad de una casi muchachita. Ha habido, en efecto, años atrás, muchos casos de autoidentificación de jóvenes aspirantes a la santidad con los ideales y el lenguaje de la Santa de Lisieux. En el caso de Mari-Carmen fue mucho más: sus relaciones con el Padre celestial, el puesto relevante de la confianza en su mundo espiritual, el sufrimiento y su valor redentor todo esto demuestra hasta que punto asimiló, no sólo la metáfora de la florecilla escondida, sino el jugo mismo fuerte y sustancioso de la espiritualidad de la Carmelita de Lisieux.

Reparación y apostolado

No podemos poner punto final a esta descripción del mundo espiritual de Mari-Carmen Albarracín en el periodo que medió entre la muerte de su padre y su entrada en el noviciado de las Misioneras Claretianas sin mencionar otros dos rasgos de su espíritu. Por un lado, una viva percepción del abandono de Jesús por los pecadores o de las heridas que éstos infligen a su amor. Dado que manifiesta ya entonces una viva devoción al Corazón de Jesús es muy posible que dichos sentimientos le hayan sido despertados por esta devoción. En marzo de 1942 se proponía:

"...lavar con mis lágrimas, mis interminables sacrificios en la tierra, mis eternas alabanzas en la Gloria las continuas ofensas que os hacen los pecadores y que yo también, ¡oh dolor! . os hago a cada instante."⁴⁴.

El tema del abandono de Jesús predomina en cambio en un escrito titulado precisamente "El abandono del Sagrado Corazón de Jesús":

"Bien sé que estáis muy triste, ¡pobre Jesús mío! estáis ¡tan abandonado! Cada día va siendo más escaso el número de almas que se acercan a consolaros, a ofreceros su corazón puro, como sagrario de vuestra Divina Majestad, en el cual podáis descansar con tranquilidad y regalaros alegremente con las caricias y afecto que os deben ofrecer las almas verdaderamente enamoradas de Vos"⁴⁵.

En una reedición del mismo texto hecho algunos meses más tarde: repite las mismas expresiones y se ofrece además a sufrir por Cristo.

"las espadas que constantemente lanzan los pecadores ya no se clavarán en El (Corazón de Cristo), ahora se hundirán en el mío"⁴⁶.

Es evidente que este modo de percibir a Cristo, abandonado y sufriendo por las ofensas de los pecadores, le vino de la devoción al Corazón de Jesús, muy viva en ella ya entonces y vivida en la tradición de Paray-le-Monial, A ella había asociado la espiritualidad de santa Teresita de Lisieux, interpretando su papel en función reparadora. Dado que el dolor va a tener importancia capital en el desarrollo posterior de su experiencia religiosa será bien no olvidar estos presupuestos en lo sucesivo.

En realidad en su visión del mundo, el género humano no aparece solo como causa de los dolores de Cristo, sino como término del amor divino y por consiguiente como objeto de conquista.

"Me pedís que os lleve almas a Vos, la hoguera inextinguible e inmensa de vuestro dulcísimo Amor arde inútilmente; nadie se consume en El",

había escrito en mayo de 1842⁴⁷.

Mari-Carmen trabajaba por esas almas ante todo con la oración, rogando por los pecadores⁴⁸. Pero trabajaba también por ellas en sus visitas a los enfermos acogidos al hospital. Su vida interior se estaba pues, proyectando hacia la acción apostólica, rasgo propio de la espiritualidad claretiana.

NOTAS

- 1 Sonreí siempre, pp. 52-55.
- 2 PIB, ses. 9, fol. 63.
- 3 PIB, ses. 12, fol. 82.
- 4 PIB, ses. 10, fol. 68.
- 5 PIB, ses. 14, fol. 93.
- 6 PIB, ses. 13, fol. 88.

⁷ PIB, ses. 8, fol. 54.

⁸ Cf. PIB, ses. 17, fol 10 ad 6.

⁹ PIB, ses. 17, fol. 108.

¹⁰ Dolores Moreno en PIB, ses. 14, fol. 93.

¹¹ Juan B. Pignatelli, PIB, ses. 10, fol. 68.

¹² En realidad María del Carmen estaba para cumplir los catorce años de edad cuando comenzó a confesarse con D. José Escotí.

¹³ D. José Escotí Rodríguez, PIB, ses. 17, fol. 108.

¹⁴ Cf. Juan Manuel Lozano, cmf. Con mi Iglesia te desposaré. Estudio sobre la experiencia religiosa de la sierva de Dios M. Antonia París, Madrid 1974, pp. 19-41.

¹⁵ S. Antonio maría Claret, Autobiografía nn. 113-120: Escritos de Autobiográficos y Espirituales, Madrid (BAC) 1959, pp. 221-223.

¹⁶ " Al Amor de mis Amores", 1-15 marzo 1942.

¹⁷ Ibid., p. 1.

¹⁸ Ibid., p. 3.

¹⁹ Ibid., p. 1.

²⁰ Ibid., p. 3.

²¹ La misión tuvo lugar los días 21 al 28 de setiembre.

²² Ambos PP. volverán a aparecer varias veces en el curso de nuestra historia nos parece útil presentarlos. El P. Juan José Bona Salillas era desde 1939 superior de la comunidad claretiana de Cartagena. Había nacido en Novillas (Zaragoza) el 7 de febrero de 1900. Contaba pues a la sazón 42 años de edad. Había profesado el 15 e agosto de 1916 y fue ordenado sacerdote el 14 de junio de 1924. Años mas tarde pasaría a Cuba y sería Viceprovincial de las Antillas. Saldría de Cuba y se incorporaría a la Provincia de Argentina. Murió en Madrid el 9 de julio de 1964. Fue director espiritual de la sierva de Dios y quien la envió al noviciado de las Misioneras Claretianas. Según el Boletín de la Provincia CME. de Cataluña (IV, 1942, p. 40) en el trienio 1939-41 había enviado otras tres postulantes al mismo noviciado.

²³ El P. Ángel María Fandos Bonavilla había nacido el 26 de diciembre de 1896 en Calatayud, profesado el 15 de agosto de 1915 y había sido ordenado sacerdote el 26 de mayo de 1939. A la sazón era consultor primero e la casa de Cartagena y Asistente de Juventud Cordimariana. Misionero incansable, ha trabajado para promover la Causa de Beatificación de M. Antonia París, Fundadora de las Misioneras Claretianas. Falleció en Alagón (Zaragoza) el 3 de febrero de 1975.

²⁴ Don José Escotí Rodríguez en PIB, ses. 17, fol. 108.

²⁵ "Súplica a Jesús", 15 de agosto de 1942, p.3.

²⁶ "Súplica a la Santísima Virgen, Mi Madre amada", 17 de agosto de 1942, p. 1.

²⁷ Nota del 20 noviembre 1942, p. 5.

²⁸ Apuntes del 9-17 marzo 1943, p. 8.

²⁹ Nota del 31 de enero de 1944, pp. 57-58.

³⁰ "Abandono del Sagrado Corazón de Jesús", 25 mayo, p. 1.

- 31 Ibid.
32 Ibid.
33 Oración del 1 de junio de 1942.
34 Noche I, 1-2.
35 Noche I, 2-7.
36 Oración del 1 de junio de 1942, pp. 1-3.
37 Ibid., p.1.
38 Nota del 1 de junio de 1942, p. 8.
39 Oración 25 mayo 1942, pp. 13-14.
40 Oración 15 agosto 1942, p. 3.
41 Texto del 25 mayo 1942, p. 6.
42 Pensamientos 6 setiembre 1942, p. 4.
43 Pensamientos 13 setiembre 1942, p. 10.
44 "Al Amor de mis amores", 1-15 marzo 1942, p. 2.
45 "Abandono del Sagrado Corazón", 25 mayo 1942, p. 1.
46 "Señor escúchame", mayo 1942, p. 14.
47 "Señor escúchame", mayo 1942, p. 9.
48 "Al Amor de mis amores", 1-15 marzo 1942, pp. 3-4.



III

La vocación religiosa

Esta dedicación total al autor divino, iniciado por Mari-Carmen Albarracín a raíz de la muerte de su padre en 1941, podía teóricamente encarnarse en diferentes géneros de vida cristiana. Se hallaba en una etapa de su vida, primera juventud, en que una persona comienza a tomar en seria consideración su propio futuro y en el que no pocos toman ya una decisión que va a encauzar definitivamente sus vidas en un sentido determinado.

Mari-Carmen descubrió entonces su vocación a la santidad. Era natural que dado el carácter absoluto y total de su entrega, se cuestionara si debía o no abrazar la vida religiosa. La conclusión, la sabemos bien, no es obligada. Podía haber alcanzado la meta de la perfección cristiana en el siglo. Pero la muerte de su padre y el vivísimo sentido de la caducidad de la vida y de los bienes terrestres que ella le produjo, la inclinaban decididamente hacia una forma de vida cristiana, en la que la orientación escatológica aparece con particular relieve. ¿No es la vida religiosa, con su celibato, anticipación de la existencia futura?

Origen

Según el testimonio de su propia madre, doña María de los Ángeles Pascual, María del Carmen sintió el primer llamamiento a la vida religiosa a raíz de la muerte de su padre:

"El origen de su vocación se mostró en ella al poco tiempo de morir su padre, cuando sólo contaba catorce años, y al manifestarle su madre (habla de sí en tercera persona) que ella no se oponía a ello, pero que dada la poca edad con que contaba, le parecía algo prematuro, que ella era de opinión que esperase un par de años, para que se diera cuenta de lo que iba a hacer, y si efectivamente era cierta su vocación, y desde ese día no volvió a decir nada sobre esto..."¹

Fue bajo el impacto producido por la muerte de su padre, cuando no sólo decidió entregarse totalmente a la gracia divina sino que se sintió llamada a la vida religiosa, como medio para realizar su vocación a la santidad. También su Maestra, Doña Dolores Moreno relaciona el nacimiento de la vocación religiosa de la sierva de Dios con la muerte de su padre².

Advirtamos sin embargo, que su madre nos dice que esto sucedió "a poco de morir su padre" y no inmediatamente. Su hermano Eduardo recuerda que hubo un breve periodo después del fallecimiento de su padre en que a pesar del profundo impacto espiritual que esto produjo en toda la familia, y particularmente en su hermana, esta no pensaba renunciar al siglo, sino que, como toda adolescente fue interesándose por el mundo de los muchachos y hasta llegó a sentir alguna de esas llamaradas de amor, agudas aunque a menudo pasajeras, que experimentan las chicas y chicos de su edad:

"Su muerte edificante (del padre) ocasionó un impacto espiritual en todos los hijos que más tarde desembocará en la vocación religiosa de algunos de ellos. La sierva de Dios aun no renunció al mundo, puesto que le gustaban los chicos e incluso llegó a enamorarse de uno de ellos" ³.

Según otros familiares y amigos fue el periodo en que perteneció a la juventud Cordimariana, asociación juvenil de los Padres Claretianos y al contacto con éstos, cuando Mari-Carmen sintió por vez primera la vocación religiosa⁴.

Podemos pues reconstruir así este periodo importante de su vida. La muerte de su padre, el 6 de marzo de 1941, fue para ella y sus hermanos un hecho doloroso que los acercó aún más a Dios. A partir de entonces, redobló ella su vida de piedad, pero no sintió aún ningún llamamiento particular a la vida religiosa. Pasados los primeros meses de luto, comenzó a alternar algo con amigos, y al parecer sintió alguna afición por un joven. A fines del mismo verano a principios de otoño, según ella misma dice en su oración al Amor de mis Amores, de marzo de 1942, tuvo lugar un encuentro particular con Cristo en el que ella quedó prendada total y definitivamente de El⁵.

Con toda probabilidad esto sucedió durante la misión predicada por los Claretianos, PP. Angel María Fandos y Juan José Bona, en la parroquia del Barrio Peral. La misión tuvo lugar del 21 al 28 de setiembre de 1941 ⁶. El 29 del mismo mes, su hermano Paco se marchó al seminario diocesano de Murcia ⁷, donde permaneció sólo un año, antes de entrar en el Noviciado de la Companhia de Jesús. Fue probablemente en ese encuentro con Cristo a finales de setiembre de 1941, cuando sintió el primer llamamiento a la vida religiosa, llamamiento que se irá luego haciendo más largo y fuerte, en sus contactos diarios con los padres Claretianos. Según su hermano, el P. Francisco Albarracín, sj. el amor que Mari-Carmen profesaba a Santa Teresita la llevó primero a pensar en el Carmelo.

"A los catorce años, aparece clara en ella la idea de la vocación religiosa, primeramente para el Carmelo (por la devoción que tuvo a Santa Teresita)" ⁸.

Pero luego vió que no era su camino. Dios la llamaba a la familia Claretiana. Entraría pues en la Congregación de las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas.

Meses de espera

Muy pronto, debió Mari Carmen comunicar a su madre la decisión que estaba tomando de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Esta naturalmente debió sufrir al pensar que otro miembro iba a separarse de la familia, cuando la muerte de su marido era todavía algo reciente y su hijo Francisco acababa de marcharse al seminario. Pero, creyente y piadosa, no pensó ni un momento en oponerse a ello. Lo que sí le pidió fue lo difiriera algo, hasta cerciorarse bien de la vocación. Su yerno, Juan Bautista Pignatelli era de la misma opinión:

"Quiero hacer constar que si alguien se opuso a su vocación, mejor dicho a tan temprana decisión, fui yo mismo, teniendo en cuenta la tierna edad para un paso tan grave y de tanta trascendencia y las condiciones especiales en que había quedado la familia a raíz de la muerte del padre. No obstante, ella siguió su camino que parece que el Señor bendijo..."⁹.

En realidad Mari-Carmen retrasaría su ingreso hasta setiembre del año siguiente. Que desistiese entonces de proseguir en su empeño es bien comprensible. Se le pedía sólo aguardar un poco, hasta estar más segura de su vocación.

Con los Claretianos

Ya hemos visto cómo Mari-Carmen conoció los Claretianos, PP. Bona y Fandos, durante la misión que predicaron en Barrio Peral a fines de setiembre de 1941. El mismo P. Fandos nos da algunos detalles sobre ello. Un día durante la misión fueron ambos invitados a comer en la casa de la familia Albarracín. El P. Fandos tuvo la impresión de hallarse en un hogar profundamente cristiano.

También Mari-Carmen debió quedar prendada del espíritu sacerdotal y religioso de los dos Claretianos, porque al poco tiempo comenzó a frecuentar la iglesia de los mismos.

El P. Juan José Bona Salilla (1900- 1964) sería su confesor y director espiritual hasta la entrada de ella en el noviciado. Naturalmente, el padre se dio pronto cuenta de la sensibilidad espiritual de la joven y advirtió que debía dedicarle una atención especial. No necesitaba mucho un confesor, y menos aún un experimentado como el P. Bona, para darse cuenta de la calidad de los que acuden a él. El P. Angel Fandos Bonavilla (1896-1975) era, como se suele decir, un brazo de mar: activo, enamorado de su vocación claretiana y de su ministerio misionero. El era quien dirigía aquel

grupo de muchachas buenas, generosas y con la risa pronta que formaban la Juventud Cordimariana Femenina. A Mari-Carmen le vino de perillas el que el P. Fandos la admitiera en la asociación. Porque allí encontró amigas, cosa siempre importante, pero más aún a su edad, y allí pudo explayar a gusto su sensibilidad religiosa y desarrollar su orientación apostólica.

La Juventud Cordimariana era en sus dos ramas una asociación juvenil, muy similar a la Juventud de Acción Católica. Bueno, ya se sabe, obispos y clero diocesano cultivaban ésta y los Institutos religiosos tenían a menudo su propia asociación. Congregaciones marianas y Luises en las iglesias de los jesuitas, Juventud Cordimariana en las de los Claretianos. Había entonces un gran afán por asociar a la juventud, a nivel local y nacional. El régimen tenía sus asociaciones y la Iglesia las suyas, con paz de uno y otra. Hoy todo esto está bastante en crisis. Los jóvenes y las jóvenes no están tanto por asociaciones tutelares. Que la Juventud femenina de Cartagena contase numerosas socias y estuviese pletórica de vida, lo demuestra el que estuviese dividida en varias secciones, cada una de las cuales promovía una actividad: caridad, catequesis, ropero para los pobres, orfeón, teatro...

Fin de la Juventud Cordimariana era formar a los jóvenes en la religiosidad y en los valores éticos. Ya se sabe por donde andaban estos a aquellas alturas: honestidad, sinceridad, obediencia a los padres, castidad para todos, recato para las doncellas, un puntapié al balón para los muchachos y una gira con cantos para ellas. Alguna que otra vez se hablaba de justicia social, arrimándose muy de cerca a las encíclicas pontificias. Se trataba asimismo de imbuirles un fuerte espíritu apostólico. Que para eso los Padres les hablaban con admiración y orgullo mal celado de las empresas apostólicas del beato Padre Claret (lo canonizaría Pío XII en 1950) de su constante andar predicando por aquí y por allá desde las aldeas del Montseny a las "Cuchillas de Baracoa" en Cuba, pasando por Gran Canaria, de sus obras, de sus libros. Y naturalmente se cultivaba la piedad filial a la Madre del Corazón Inmaculado o, como se decía entonces personificando el símbolo del corazón. "al Corazón de María". Las jóvenes tomaban parte en las eucaristías de los primeros sábados y en la novena y fiesta de la titular y del fundador de los Misioneros.

Los jóvenes tenían por separado sus reuniones, que eso de la separación era entonces fundamental. El P. Fandos daba a las muchachas pláticas de formación y dirigía algún que otro retiro y los ejercicios espirituales en la iglesia allá por cuaresma. Se tomaban algunas iniciativas apostólicas o de caridad y se hacían algunas excursiones. Muchachas y muchachos oían hablar de los centenares de jóvenes que pertenecían al mismo movimiento, desde Barcelona a Buenos Aires con alguna punta en lo que era Guinea española.

Mari-Carmen perteneció a la asociación sólo por un año, de setiembre de 1941, en que conoció a los Claretianos a setiembre de 1942, en que ingresó en las Claretianas. Pero ese año iba a cambiar su vida.

Como vamos a oír al P. Fandos, todos los días, al menos por la tarde, Mari-Carmen acudía a la iglesia de los Claretianos en la calle Sagasta. No hay duda que entre lo que oía en el confesonario, desde el púlpito o altar y con las reuniones, Mari-Carmen fue asimilando poco a poco parte del espíritu apostólico de la Familia Claretiana. El P. Fandos recordaba así años más tarde a la sierva de Dios:

"Fuí yo quien la admitió en la Juventud Cordimariana de Cartagena. Frecuentó mucho, desde entonces, nuestro trato viniendo todos los días, al menos por las tardes, para hacer sus devociones al Corazón de María. Sus compañeras la querían mucho porque era muy simpática y muy servicial y fervorosa"¹⁰.

En un breve escrito el P. Fondos poco antes de su muerte nos da algunos datos más sobre la vida social de Mari-Carmen en la Asociación:

"Frecuentaba los salones de la Juventud, tomando parte en los esparcimientos y actos culturales, religiosos y de apostolado.

Una tarde, para celebrar la fortuna de la Juventud, a la que cayó una modesta lotería ciudadana, organizamos una merienda a base del típico agasajo cartagenero "arroz con leche". Carmencita se encargó de cocinarlo y lo hizo maravillosamente.

Era muy apreciada en la juventud, formando en algunas de sus secciones: caridad, catequesis, ropero, orfeón y teatro... En el trato social con sus semejantes, era no sólo atenta y servicial, sino simpática, comprensiva, cariñosa... Su partida para el convento hizo mucho duelo en la Juventud"¹¹.

Fue por estos meses cuando a través de su director espiritual y posiblemente también del P. Fandos, tuvo conocimiento de la Congregación de Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas. La joven manifestó repetidamente a su confesor sus deseos de hacerse religiosa en algún Instituto apostólico y éste le habló de las Claretianas. Mari-Carmen no llegará a conocer a ninguna, hasta que se encuentre con las dos que fueron a esperarla al apeadero del Paseo de Gracia en Barcelona. La comunidad más cercana a Cartagena estaba en Carcagente (Valencia), pero la joven parece no haber hecho ningún viaje para conocerlas. Le bastaba que fueron el ramo femenino fundado por san Antonio María Claret.

En la primavera de 1942, al parecer en el mes de abril, la joven se convenció de que era a esta Congregación, misionera y mariana, a la que Dios la llamaba. Y decidió no posponer más su entrada. Rayaba entonces en los quince años. Su director espiritual, que conocía la madurez de su espíritu, no tuvo dificultad alguna en que se fuera tan joven aun, casi una niña. Había de volver a exponer el asunto a su madre y obtener su consentimiento.

Un día, Mari-Carmen después de haber hablado con el P. Bona, decidió manifestar a su madre que la hora de consagrarse totalmente al

servicio divino se estaba aproximando. Su misma madre nos da una escueta noticia de los hechos:

"...al año siguiente que varió de confesor, fue cuando mostró su resolución firme de marcharse al convento, sin que por parte de su familia encontrase obstáculo ninguno"¹².

Madre e hija tuvieron para ellas el secreto. Nos informa el P. Francisco Albarracín, sj. , en el Proceso Informativo: "Unos veinticinco días antes (a finales de agosto), yo me fui al Noviciado de los Jesuitas en Aranjuez; fue ella la única que me despidió en el autobús y quizá la idea de mi vocación influyese en la suya, de lo cual no me había dicho nada"¹³.

Los demás hermanos, Angelina, Eduardo y José Luis afirman en el mismo Proceso que fue precisamente el ingreso de Francisco en la Compañía de Jesús, el hecho que movió a la madre "a no demorar más lo que tanto deseaba nuestra hermana" ¹⁴.

Efectivamente, el consentimiento escrito de la madre lleva la fecha del 1 de setiembre 1942. Lo dio ante el párroco don Alfonso Navarro Ballester y dos testigos, que firman con ella. Seguramente, ya para esa fecha el P. Bona y Mari-Carmen habían escrito a las superiores de las Misioneras Claretianas en Barcelona, porque para entonces Mari-Carmen ya estaba preparando la documentación. El certificado de bautismo lleva la fecha del 26 de agosto de 1942 y el de nacimiento la del 5 de setiembre ¹⁵. Suponemos que todo esto lo haría siguiendo las instrucciones que le dieron anteriormente las Misioneras Claretianas. Estaba encargada de mantener la correspondencia relativa a la admisión de las postulantes la M. Cruz Infante, secretaria general y superiora de la casa noviciado. Esta le envió para que rellenara, el breve interrogatorio impreso que se solía mandar a todas las aspirantes. María del Carmen lo devolvió, sin ponerle fecha alguna. Cosa extraña, aparentemente, en él afirma que su vocación databa sólo de cuatro meses, lo que lo hacía remontar sólo al mes de mayo anterior, es decir a las catorce meses de haber muerto su padre. Probablemente se refiere a su vocación a la Congregación de las Misioneras Claretianas.

Los motivos que, según ella, la mueven a entrar en el Instituto no parecen muy precisos: "El amor a Jesús y a María y el gran deseo de santificarme, para hacerme digna de Ellos". Que sintiera con gran fuerza su vocación a la santidad, lo sabemos ya. Ahora nos informa de que veía en la vida religiosa ante todo, un medio eficaz para la santificación, el camino al que ella se sentía llamada para llegar a la plenitud de la madurez en Cristo. Pero por los mismos motivos podía haber pedido ser admitida en cualquier Instituto, contemplativo o apostólico. Ya se sabe: una cosa es la inclinación sentida por un adolescente hacia una orden o Congregación particular, inclinación que puede ser señal de verdadera vocación a la misma, y otra la posibilidad de expresar conceptualmente esa preferencia.

Hubo algún reparo para recibirla, nos dice M. Cruz Infante, a causa de su corta edad. Por este motivo, se le pidió que mandara una fotografía.

"Más tarde supe que para hacérsela, se puso moño con la ilusión de parecer mayor y ser admitida. Creo que es la misma que aparece en su biografía en la parte baja antes de la autorización eclesiástica" ¹⁶.

Por fin llegó la respuesta tan deseada: podía ingresar. Se fijó la marcha para el martes 22 de setiembre.

Mari-Carmen pasó los últimos días de vida familiar con cierta impaciencia, despidiéndose de sus amistades y preparando su ropa y enseres. Uno o dos días antes de irse, hizo la última visita a la Iglesia del Corazón de María, a cuya sombra había descubierto su vocación, y se despidió del P. Bona y del P. Fandos y de sus compañeras de Juventud Cordimariana. Dos días antes de marchar, escribía con gozo y gratitud en su diario:

"Llamaste a mi puerta y te abrí. ¡Oh Jesús mío, qué contenta estoy, porque no te hice esperar!" ¹⁷

Por fin llegó el día 22. Por la tarde, Mari-Carmen rodeada por su familia y por su madre, se dirigió al apeadero de Los Molinos. A las ocho y veinticinco llegó el expés. Últimos besos y abrazos apresurados y la joven subió al tren, precedida por su hermano Eduardo, que la iba a acompañar hasta Madrid. Con su agudo silbido, el tren se puso en movimiento. Allá en la estación se quedaron su madre y demás hermanas agitando sus manos. De ellos sólo a María Luisa volvería a ver en esta vida.

"...por fin, nos cuenta Eduardo, en setiembre del mismo año, acompañada únicamente de mi salimos de Cartagena, estación de los Molinos, hacia Madrid. Puedo asegurar que ni un solo momento flaqueó la voluntad de Mari-Carmen, pese a que en su vida no había visto otro mundo que el círculo familiar e iba a enfrentarse con algo totalmente nuevo y desconocido. Aun ella me aconsejaba que consolara a nuestra madre y la ayudara a sobrellevar la separación. Al día siguiente llegamos a Madrid donde permanecemos dos días, visitando algunos familiares que igualmente intentaron disuadirla con razones al parecer muy juiciosas... Yo mismo la acompañé a la estación de Atocha, en Madrid, y como había de hacer esta parte del viaje sola, la recomendé a una pareja de la Guardia Civil. Nada asustó a Mari-Carmen, y con la compañía de Dios exclusivamente llegó a la estación-apeadero de Gracia en Barcelona, donde nos habían informado las religiosas que la esperaban" ¹⁸.

Eduardo no nos refiere un hecho (seguramente por desconocerlo) que aconteció a su hermana en Madrid, en uno de los días que pasaron en la capital. Mari-Carmen entró en una iglesia e hizo confesión general. Quería llegar al Noviciado completamente limpia y purificada por la sangre de Cristo. El confesor, al acabar de oírla, la alentó a darse con generosidad total al Señor y para confortarla, le aseguró que juzgando por lo que le había dicho, todavía conservaba intacta la gracia bautismal. María del Carmen rebosaba de alegría al salir de la iglesia ¹⁹.

Es fácil imaginarse los sentimientos que traspasaban la sensibilidad de esta joven en las largas y monótonas horas de tren entre Madrid y Barcelona. Distraída a veces por el bullicio de los pasajeros que subían y bajaban, acariciando con su mirada la tierra rojiza de Castilla, deslumbrada por la luz despedida por la tierra blancuzca entre Zaragoza y Lérida, reposada luego por el verde de la huerta leridense, su imaginación y su sensibilidad estaban sin embargo en otra parte. Por un lado contenta de haber podido realizar su sueño de dejarlo todo para seguir a Cristo, y tratando de imaginar la vida que le esperaba en su nueva familia religiosa. Por otro lado, el recuerdo de la madre que lloraba, de los últimos abrazos. Alegría y tristeza. Sentada, silenciosa, repasando a veces las cuentas de su rosario y mirando hacia los altos campanarios que le indicaban la presencia de su Señor.

Entre las diez y las once de la noche, el tren llegaba a la estación de Gracia en Barcelona. Dejemos a la M. María Cruz Infante que nos narre el primer encuentro de Mari-Carmen con las Claretianas.

"Llegó a Barcelona solita el día 26 de setiembre de 1942 a las diez u once de la noche. La esperábamos en el apeadero de Gracia M. María Inés Pohl de san Pablo (q.e.p.d.) y servidora. Nos causó inmejorable impresión su candor angelical y sus modales circunspectos sin afectación. Al lado de M. María Inés parecía una niña. Había de mirar hacia arriba para hablarla" ²⁰

De la estación, la postulante y las dos religiosas se dirigieron a la Casa Noviciado: "La impresión que produjo en la Madre Mercedes Latre de Santo Tomás, maestra de novicias y en todas las jóvenes del noviciado fue agradabilísima, continúa la M. María Cruz Infante"²¹.

Al otro día, domingo 27 por la mañana, el P. Girvent, capellán, le imponía el velillo blanco de postulante. Al terminar, las profesas, novicias y postulantes que componían la comunidad, le dieron, el abrazo de bienvenida acostumbrado en la Congregación para recibir a las aspirantes. "Pasamos a desayunar y Mari-Carmen empezó a llorar"

Más de una debió sospechar que era demasiada niña para empezar la vida religiosa y que el llanto se debía a la separación de su familia, pero no se trataba de esto, al contrario, "la Madre Maestra le preguntó la causa y ella contestó: es de alegría, madre, estoy emocionada, al verme entre tantas hermanas" ²².

"Cuando la vieron la madre general, madre vicaria y demás madres, quedaron igualmente muy bien impresionadas. Durante su estancia entre nosotras no decayó esta buena impresión, antes al contrario, afirma la citada M. Cruz" ²³.

Nos lo confirman las interesadas. La entonces madre general dice textualmente:

" La impresión que desde su entrada en el Postulantado me hizo María del Carmen Albarracín, fue que era una alma privilegiada y fue aumentando el buen concepto que de ella formé, a medida que la iba tratando. Se notaba en ella una inteligencia precoz, muy superior a su corta

edad. Encantaba su manera de razonar y discurrir siempre con un fondo de humildad admirable" ²⁴

Por lo que toca a la maestra de novicias, lo dice ella misma:

"Recuerdo la gran impresión que me produjo al verla la noche de su llegada, día 26 de setiembre de 1942. Su semblante reflejaba la alegría de encontrarse entre nosotras.

Me llamó la atención su modestia y sobre todo su sonrisa"²⁵.

"Recuerdo su llegada al Noviciado, escribe M. Consuelo Barga, en donde su figurita pequeña y amable atraía y simpatizaba a todas" ²⁶.

"Cuando llegó al Noviciado llamó poderosamente mi atención y sin ser profeta pensé (y no sé si le lo dije alguna vez); esta hermana llegará a ser grande. Y desde entonces procuraba no perderme detalle. ²⁷.

Las Misioneras Claretianas

Puesto que María del Carmen Albarracín va a vivir desde ahora como Misionera Claretiana, debemos preguntarnos: ¿Quiénes son las Claretianas? Son una Congregación de Religiosas dedicadas a la evangelización. Fueron fundadas en Santiago de Cuba el 25 de agosto de 1855 por san Antonio María Claret y la sierva de Dios M. Antonia París.

Cuando entró la sierva de Dios el Instituto estaba limitado a España, Cuba, Argentina e Italia. Con esto hemos dicho relativamente poco : uno de esos Institutos de religiosas que en tan gran número fueron fundados a principios de la segunda mitad del siglo XIX, favorecidos por el reflujo moderado que había calmado las oleadas revolucionarias en Europa..

Y sin embargo, el Instituto nació con rasgos característicos y tiene una historia particular que lo distingue entre las numerosas Congregaciones nacidas entonces. La primera idea la tuvo la M. Antonia París en 1842, durante una visión intelectual en la que Cristo Crucificado y la Iglesia perseguida aparecen sobrepuestos. Antonia se sintió llamada a dar vida a una nueva familia religiosa que con fidelidad al Evangelio, particularmente en el punto dedicado a la pobreza (era el periodo de las desamortización) contribuyera a renovar la Iglesia y la vida religiosa en ella, Fundadas para la evangelización, las primeras claretianas se dedicaron, de hecho al único ministerio evangelizador entonces accesible a las mujeres: la educación cristiana. Al mismo tiempo ella entendió la voluntad divina que san Antonio María Claret tomase la dirección del asunto y que de él naciera al mismo tiempo un Instituto de Misioneros. Estos fueron fundados en Vic el 16 de julio de 1849, pero el santo ocupado como Arzobispo no pudo pensar en el ramo femenino. Llegado a Cuba llamó a la Madre, ésta con sus primeras compañeras arribó a la isla el 26 de mayo de 1852 e inmediatamente comenzaron a vivir en comunidad. La fundación canónica, como hemos dicho no tuvo lugar hasta agosto de 1855.

Antonia París Riera había nacido en Vallmoll (Tarragona) en 1813 e ingresado como postulante en el convento de la Compañía de María de

Tarragona, no pudiendo sin embargo comenzar el noviciado por impedirlo las leyes persecutorias. En 1842 descubrió su vocación de fundadora. Siguió a san Antonio María Claret al otro lado del océano y volvió a España años más tarde para establecer aquí el Instituto. Fue mujer intrépida, muy dada a la oración y amantísima de la Iglesia por la que vivió y murió. Fue amiga de obispos e inspiró a san Antonio María Claret la publicación de su programa de renovación eclesial. Sufrió mucho por querer ser fiel a la inspiración que había recibido sobre su Instituto y que no cuadraba bien con el derecho canónico de la época. Tuvo altas experiencias místicas y fue modelo de vida evangélica. Murió el día 17 de enero de 1885 en la casa de Reus.

Tratando de describir la misión y espíritu de la Congregación de Religiosas de María Inmaculada. Misioneras Claretianas en la Iglesia (es siempre difícil formular en pocas palabras el espíritu de un Instituto) hay en ellos un elemento que nos parece radical. La inspiración de fundarlo le vino a la M. Antonia como corolario de una visión en que entendió por qué la institución eclesiástica y particularmente las Ordenes religiosas estaban siendo atacadas de tantas maneras con la desamortización, el destierro de obispos y la supresión de las antiguas Órdenes. Ella entendió gradualmente que la respuesta a tanto mal estaba en la fidelidad extrema al Evangelio, es decir, en la renovación de la Iglesia. En ello el ministerio de la predicación debía jugar un papel decisivo.

El Instituto nació pues de cara a la Iglesia y como su fundadora está animado por una espiritualidad inmensamente eclesial. Nació, según vió expresamente la M. París, en la Iglesia y para la Iglesia. En ella, las Claretianas estaban llamadas a consagrarse al ministerio de la Palabra. Por décadas esto se tradujo exclusivamente en la entrega al ministerio de la educación cristiana, que era entonces prácticamente la única forma de evangelizar accesible a mujeres. A raíz del Vaticano II han adoptado también otras formas de predicación del Evangelio. Estamos pues ante un Instituto apostólico y, más específicamente misionero.

Pero la actividad evangelizadora no es lo único. Que la fundadora le daba igual importancia a una vida marcada por la fidelidad a ciertos valores evangélicos: la pobreza sobre todo, individual y comunitaria, la fraternidad, la sencillez y la vida de oración. La M. Antonia París fue una mujer intensamente contemplativa. Estaba inclinada a la interioridad y dedicaba no poco tiempo cada día a la oración. La Madre infundía a sus Hijas un cierto espíritu de generosa abnegación de sí mismas en aras de amor a Dios y a su Iglesia.

Todo ello lo anima una devoción filial a la Madre del Señor en el misterio de su Inmaculada Concepción. También para el fundador la Inmaculada era misterio de fuerza intacta, de gracia acumulada en María, para bien del pueblo de Dios.

Cuando María del Carmen entró, la fidelidad al espíritu religioso, propio de la Congregación, se traducía en cierta austeridad con algún punto de rigor no exagerado. En la clausura, en el silencio, en las relaciones

con la propia familia se era particularmente exigente. Las superiores y formadoras insistían en la negación de sí mismas. Todo esto se hallaba difundido en el ambiente espiritual que respiraban las religiosas entre 1850 a 1950, pero en las Claretianas era visible de modo particular. El hábito negro, con amplia toca blanca almidonada, era expresión sensible de este espíritu.

La personalidad de M. Teresita.

Conviene que dejemos a María del Carmen, muy pronto hermana Teresita, en los umbrales de su vida religiosa, con las primeras impresiones - el silencio total en la casa durante la mayor parte del día, las filas de religiosas todas vestidas iguales, es difícil reconocerlas al principio, las primeras emociones, el abrazo de bienvenida, la alegría de hallarse en el convento, las horas de oración sosegada - y los primeros apurillos. Puesto que había ya entonces cumplido los quince años y moriría a los dieciocho, podemos decir que su personalidad había alcanzado ya si no la medida exacta, sí al menos el perfil con el que aparecería, inmutable para siempre, en el momento de su encuentro último con Cristo. Le quedaban todavía agudos sufrimientos físicos, morales y espirituales. Le quedaban muchas horas de formación en el noviciado y juniorado y largas ratos de oración. Todo ello la haría madurar inmensamente. Pero sus rasgos físicos, psíquicos y morales resaltaban ya en ella. Por eso conviene que nos detengamos a considerarlos, antes de adentrarnos por la nueva y última etapa de su vida, que acaba de iniciar.

La mayoría de los testigos la describen de estatura mediana, más bien baja. El rostro finamente ovalado, frente espaciosa, la boca mediana, cabello rubio, cutis blanco, sonrosado. Su sonrisa era continua, emanaba un aire de ingenuidad e inteligencia que la hacían agradable.

Que fuese inteligente, lo repiten todos los que la conocieron: "era inteligente y veía con gran claridad las cosas. De pequeña, la maestra la dejaba a ella de encargada de la clase, oficio que desempeñaba con plena aceptación" ²⁸. "Era inteligente, hábil para todo lo que se le encargaba, repite su segunda maestra de novicias" ²⁹. Era muy equilibrada, juiciosa y reflexiva, tanto que el P. Bona acostumbraba recomendar a la hermana de la sierva de Dios. María Luisa, seis años mayor que ella, pero bastante más impulsiva que se aconsejase de su hermanita. La misma serenidad y equilibrio constataron sus compañeras en la comunidad ³⁰. Tenía facilidad de expresión y componía poesía. Sus primeros escritos en prosa - tenía apenas quince años- dejan un cierto tufillo literario, algo contrahecho, que desapareció pronto.

A menudo sus hermanas de vida religiosa la presentan como bondadosa y pacífica. Que fuera bondadosa, no hay duda alguna. Jamás murmuró, ni se entrometió en asuntos de otras. Su sonrisa permanente irradiaba bondad. Pero que fuera pacífica y dócil -como repiten todas- no quiere decir que fuera débil o naturalmente maleable. Su hermano Francisco

nos dice que "era cariñosa con un tanto de geniecillo, que dominaba enseguida"³¹. De temperamento vivo, carácter enérgico y decidido, aunque sumiso, dócil, precisa su hermano Eduardo³². Y una compañera confirma "se la veía que interiormente trabajaba con su carácter y se dominaba"³³. Temperamento vivo y afectuoso, le atribuye el P. Girvent³⁴. Ciertamente, la bondad y afectuosidad eran parte de su personalidad, pero el hecho de que estas aparecieran en sus relaciones con los demás con mayor relieve que la energía y viveza era fruto del dominio de sí misma. Tanto se dominaba que algunos testigos recuerdan sólo su bondad y docilidad³⁵.

Era muy constante y firme³⁶, puntual en ejecutar las órdenes y laboriosa³⁷, bien educada³⁸, ordenada³⁹ y hasta meticulosa en los detalles⁴⁰ fina en sus modales⁴¹ y pulcra⁴². Ya sabemos que su maestra cuando tenía que hacer copiar algo en la pizarra, llamaba a Mari-Carmen. Los escritos de ésta nos la revelan así: pulcra y ordenada.

No tenemos necesidad de los testigos -basta haber leído sus escritos - para constatar que tenía una sensibilidad muy aguda, velada por cierta melancolía. Lo confirma en parte su hermano Francisco: "de carácter...más bien concentrado, quizá tendiendo a la melancolía - tal vez acentuado esto por la tuberculosis intestinal -"⁴³. Sobre el influjo que pudiera tener la enfermedad física en este velo de tristeza evidente en sus escritos, no sabríamos pronunciarnos. Ciertamente que hubo razones afectivas: sobre todo la muerte de su padre y el sentido de la precariedad de la vida que de ella le derivó. Que le gustaran tanto los escritos de santa Teresita de Lisieux, tiene aquí una ulterior explicación. Pero además hay que conectar con esto la selección que hacía del mundo espiritual, tomando de él los aspectos dolorosos: el abandono de Cristo, las heridas de su Corazón, el aspecto victimal, el sufrimiento...Ciertamente, hubo en todo esto un aspecto vocacional. Pero no se olvide nunca: la gracia se encarna en la naturaleza.

Por ello, el hecho de que sus compañeras de noviciado y comunidad, la consideraran alegre y jovial, demuestra hasta que punto supo dominarse. Porque en gran parte, se trataba, como veremos luego, de algo que se había impuesto.

Su fina sensibilidad le causó vivos sufrimientos. Siendo todavía casi niña cuando llegó al noviciado, es natural que se aficionara mucho a sus superiores y en particular a la madre maestra. La figura materna reaparecería en su vida. De hecho una cierta teoría y praxis de la obediencia, común entonces, la justificaba. De ahí que se sintiera herida cuando las superiores dirigían su atención hacia otras hermanas y ella parecía olvidada⁴⁴. No sólo esto sino que la afectaba la ausencia de sus superiores y hasta sufría cuando pensaba que más tarde se había de separar de ellas⁴⁵. Que ningún varón espiritual o mujer fuerte se extrañe. Ya dijimos al principio que la fidelidad al Evangelio ofrece problemas diferentes en cada uno de los dos sexos, y en cada edad del hombre o la mujer. Aquí se trata de una muchachita muy sensible, que acaba de dejar su familia y estaba iniciando su vida religiosa. Ya veremos como con fuerza

notable María del Carmen Albarracín resolvió este problema.

Tal vez esté relacionada con esta su fina sensibilidad la tendencia que demostró siempre hacia la soledad y el silencio. Pero debía tener parte en ello, además, su gusto por la reflexión. Era algo introvertida: "Le gustaba la soledad y era reflexiva" afirma M. Cruz Infante. Pero también esto no le impedía ser alegre y comunicativa en recreos⁴⁶. Ella misma confiesa ya al final de su vida que le costaba "un trabajo grande" pedir algún permiso o manifestar algo a la Madre" ⁴⁷.

NOTAS

- 1 Recuerdos de Doña Ángeles Pascual, Informes testigos II, pp. 1-2.
- 2 PIB, ses. 14, fol. 93.
- 3 PIB, ses. 11, fol. 73.
- 4 PIB: José Luis Albarracín, ses. 12, fol. 82; Juan Bautista Pignatelli, ses. 10 fol. 68; Doña Caridad García, ses. 13, fol. 88.
- 5 "Al Amor de mis amores", 1-15 de marzo de 1942, p. 3.
- 6 Arc. Gral. RMI., SA. R, 45 (5).
- 7 *Sonreí siempre*, p. 61.
- 8 PIB, ses. 8, fol. 54.
- 9 PIB, ses. 10, fol. 68.
- 10 P. Fandos a M. Pilar Pijuán 1 de julio de 1960, Informes Testigos II.
- 11 P. Fandos, Arch. Gral. RMI., SA. 4. 59.
- 12 "Contestación a las preguntas" en Informes Testigos II, p. 2.
- 13 PIB, ses.8, fol. 54. ad 5.
- 14 PIB, ses. 9, fol. 63; PIB, ses. 11, fol. 74; PIB, ses. 12, fol. 82.
- 15 Arch, Gral. RMI., SA. 1.
- 16 M. Cruz Infante en Informes Testigos I, p. 1.
- 17 Pensamientos 20 setiembre 1942, p. 11.
- 18 Eduardo Albarracín en PIB, ses. 1, fol. 74.
- 19 M. María Paz Cantalejo, Informes Testigos I, 27.
- 20 Informes Testigos I, 1, p. 1.
- 21 Cf. Ibid.
- 22 M. Carmen Martínez en Informes Testigos I, 13, p. 1.
- 23 Cf. Informes Testigos I, 1, p. 1.
- 24 Informes Testigos I, 3, p. 1.
- 25 Mercedes Latre, Arch. Gral. RMI., SA. 4. 45 (6)
- 26 Informes Testigos I, 21, p. 1.
- 27 M. teresa García Informes Testigos I, 16, pp. 1-2.
- 28 P. Francisco Albarracín, s.j., en PIB, ses. 8, fol. 57 ad. 9.
- 29 M. Cruz Infante, PIB, SES. 20, FOL. 124.
- 30 M. Alicia Soro, PIB, ses. 16, fol. 99.
- 31 PIB, ses. 8, fol. 54.
- 32 PIB, ses. 11, fol. 76.
- 33 M. Amparo Ferré, PIB, ses 4, fol. 35.
- 34 PIB, ses. 21, fol. 128.

- ³⁵ PIB: D.^a Dolores Moreno, ses. 14, fol. 94; M. Pilar Sobreviela, PIB, ses. 7, fol. 49.
- ³⁶ P. Joaquín Girvent, PIB, ses. 21, fol.. 128.
- ³⁷ M. Amparo Ferré, PIB, ses. 4, fol. 35.
- ³⁸ M. Asunción Martín, PIB, ses 5, fol. 40.
- ³⁹ José Luis Albarracín, PIB, ses. 12, fol. 84.
- ⁴⁰ Juan B. Pignatelli, PIB, ses. 10 fol. 69.
- ⁴¹ M. Mercedes Latre, PIB, ses. 11, fol. 84.
- ⁴³ PIB, ses. 8, fol. 57.
- ⁴⁴ Apuntes ejercicios 9.17 marzo 1943, pp. 4-5; Apuntes ejercicios agosto 1943, p. 29.
- ⁴⁵ Ibid., p. 28.
- ⁴⁶ Informes Testigos I, 1, p. 3.
- ⁴⁷ Apuntes ejercicios, 31 marzo 1944 - 10 abril 1944, p. 70.



IV

Postulante

Antes de ser admitida María del Carmen Albarracín, al año de noviciado, tenía que trascurrir un primer periodo de transición entre la vida seglar y la vida religiosa, prescrito por el código de Derecho Canónico. Obligatorio para todos los Institutos religiosos femeninos, este primer periodo de postulante, tiene como fin establecer un primer contacto de convivencia entre el aspirante y el Instituto para promover el mutuo conocimiento y dar al primero una sólida formación espiritual de modo que luego pueda recabar todos los frutos que se esperan del noviciado.

Aunque el derecho común no prescribía ninguna ceremonia para solemnizar su comienzo, las Misioneras Claretianas habían instituido una, en la que el capellán imponía a la postulante un velillo blanco.

Desde el primer día las postulantes dejaban el vestido seglar y vestían una especie de uniforme: un vestido negro hasta media pierna, medias tupidas, una esclavina negra y el velillo blanco. Con ello se cumplían las prescripciones del canon 540,2 que ordenaba para las postulantes un vestido modesto, distinto del de las novicias. Hasta ahí llegaban por entonces las preocupaciones de la Santa Madre Iglesia. Y ya se sabe lo que se quería insinuar con el calificativo de modesto: no precisamente prohibir toda clase de vestido inmodesto, sino recomendar una especie de uniforme algo feillo, largo y amplio en el que comenzara a sepultarse la feminidad. Era la mentalidad de entonces. Aceptando tal uniforme las postulantes manifestaban públicamente, en el detalle tan femenino del vestido, su deseo de salir del siglo y consagrarse a Dios.

Las postulantes seguían prácticamente en todo la disciplina del noviciado. Con las novicias tenían las oraciones, los recreos, las conferencias, los trabajos domésticos. Unica excepción una conferencia por semana estaba reservada a las novicias y a las eventuales neoprofesas.

La vida del Postulantado

Cuando Mari-Carmen comenzó su postulantado era maestra la madre Mercedes Latre, aragonesa, a la sazón de 34 años de edad, religiosa activa y más aún amable. Se proponía inspirar a sus novicias una espiritualidad de tipo positivo y optimista, centrada en el amor de Dios, un amor generoso

y recto, dispuesto al sacrificio. Reinaba por ello entre sus novicias y postulantes la alegría y el entusiasmo.

Por lo que toca a la parte económica había algunas preocupaciones. No era fácil en aquellos años de la posguerra, con las cartillas de racionamiento, las colas ante las tiendas, dar de comer a tanta juventud. Sobre M. Cruz Infante, superiora de la casa y consultora general recaía en primer lugar la obligación de procurar que no faltara lo necesario. Para ello tenía una colaboradora eficaz y dinámica en la ecónoma M. Inés Pohl. Se visitaba a quienes podían obtener algún suplemento extraordinario en la alimentación, se solicitaba la caridad de bienhechores... Gracias a estos esfuerzos nunca faltó lo necesario a las jóvenes novicias.

La vida en el postulanteo transcurría entre actos de piedad, formación humano-religiosa, conferencias sobre las Constituciones, trabajo manual y un tiempo dedicado a la recreación o expansión corporal.

Amén de los actos de piedad que se hacían en comunidad, existía - y aún existe -, una costumbre que daba al noviciado una atmósfera religiosa particularmente intensa. El Santísimo Sacramento se exponía solemnemente cada día al terminar la celebración de la Eucaristía y quedaba así expuesto hasta las cuatro y media de la tarde en que volvía el capellán para dar la bendición eucarística y reservarlo. Durante la mayor parte del día, había un silencioso ir y venir de profesas, novicias y postulantes que dedicaban sus tiempos libres - a veces unos minutos solo - a tener un rato de adoración y oración personal. Novicias y postulantes tenían además fijada su hora de adoración en nombre de la comunidad. Esto daba a la piedad de las jóvenes aspirantes a religiosas una dirección marcadamente cristocéntrica y eucarística. Cristo estaba allí siempre presente en el Sacramento para que las jóvenes le fueran a manifestar su fe y amor y le contaran sus problemas.

A María del Carmen, el ver al Señor expuesto en el Sacramento durante la mayor parte del día le produjo una impresión profunda desde que llegó. El primer día completo que pasó en el noviciado escribía ya, reflejando los primeros toque de la gracia:

"No sé qué es lo que tienes, Jesús mío, en la Eucaristía, que absorbes todos mis sentidos"¹.

Gozaba cuando podía entrar, aunque fuera sólo por unos minutos en la capilla y más aun, cuando le tocaba la hora de adoración.

Respondiendo a su hermana María Luisa, al comunicarle ésta que ella también quería abrazar la vida religiosa, Mari-Carmen le contaba que al terminar de leer su carta, se había ido inmediatamente a la capilla para hablarle al Señor presente en su sacramento de los sentimientos de su hermana. No pudiendo estar al lado de ella en este periodo decisivo, le había dicho al Señor todo lo que pensaba para que El se lo fuera comunicando a la interesada². Dos años más tarde, recomendaría lo mismo a su madre:

"...cuando estés preocupada por nosotros, cuando quieras hablarnos, vernos, etc., si puedes, ve al "Sagrario", y si no, ya que Dios está en todas partes, hasta dentro de tu corazón, habla con El, pregúntale por nosotras, dile todo lo que sucede y está segura que, aunque sin palabras, recibirás la respuesta que desees y aún más, pues la paz y la alegría más grandes volverán a tu corazón" ³.

Nueva etapa hacia la santidad

Este era el marco exterior y el ritmo de vida que encuadran, a partir del 28 de setiembre de 1942, la vida de María del Carmen Albarracín.

Su postulante comenzó aquella mañana, fresca ya, del 27 de setiembre de 1942, con la imposición del velillo. Los primeros tacts con la vida religiosa parecen haber producido en ella una gran alegría. La hemos visto llorar de felicidad durante el desayuno.

Sin embargo, no iba a la vida religiosa con la ilusión de llegar a la cumbre del Tabor. Ella se había ofrecido al Redentor, pidiendo que la asociara a sus sufrimientos y había abrazado la vida religiosa con una clara intención victimal: su monte era pues el calvario. Por eso, ella podía sospechar fundamentalmente que ese gozo sensible de la primera jornada y ese ensimismamiento producido por la presencia sacramental de Cristo no iban a durar mucho. Precisamente en la misma libreta en que iba transcribiendo sus pensamientos, copió también la ofrenda como víctima de holocausto al Amor Misericordioso, hecha por santa Teresita del Niño Jesús. El dolor comenzó a punzarla pronto, sin que sepamos cual fuera la causa de estos primeros sufrimientos, lo cierto es que algún día más tarde escribía ya:

"Cuánto sufro, Jesús mío, pero cuánto, cuantísimo te amo"⁴.

Una idea no la abandonaba nunca, porque era precisamente la meta hacia la que estaba orientada toda su vida: la de la santidad. Seguía teniendo conciencia de que Dios la llamaba a ella y permanecía decidida a abrirse a la gracia de Dios para que ésta llevara a cabo su obra. ¿No se escondería en ello alguna raicilla de orgullo? ¿No sería esto una manifestación sublimada del deseo de poder y gloria? Que en los profundos repliegues del subconsciente hubiera alguna raíz ¿quién se atreverá a negarlo? Para eso están precisamente las noches pasivas, para descubrir y desarraigar esas finas y ocultas raíces. Y María del Carmen tenía todavía que atravesar una dura noche. Pero lo cierto es que ya por estos primeros meses, a menos en el nivel de la conciencia, su convicción de estar personalmente llamada a la santidad aparece toda dirigida hacia Dios. No quiere ser santa ni siquiera para alcanzar la mucha gloria en el cielo sino para agrandar a mi Jesús y poder trabajar por El. Por otro lado no quería que la idea fija de su santificación la intranquilizase: se había entregado totalmente al Corazón de Jesús y en el ponía toda su confianza. A ella le tocaba sólo ocuparse de su amor, El se cuidaría de la

santificación de su sierva. Esto escribió en diciembre de 1942, a los tres meses de su entrada en el postulanteado:

"Antes de tener vocación, muchas veces solía repetir, casi sin darme cuenta: "yo no soy de este mundo, yo nací para el cielo". Esto que entonces decía casi maquinalmente hoy lo digo con toda la sinceridad de mi corazón, sí, siento que Dios me ha creado para cosas grandes, y cada vez me hace sentir más el destierro que sufro, para que mi corazón no se apegue a las cosas de la tierra. Siento que Dios me ha creado para ser santa, y por lo tanto todo lo que no me lleva a este fin, lo desecho rápidamente. Sin embargo no deseo ser buena para alcanzar mucha gloria en el cielo; no, solo quiero agradar a Jesús y trabajar para su gloria, quiero que Jesús reine en mi corazón para yo poderle hacer reinar en el mundo y quiero sobre todo tenerle muy contento, consolarle mucho y no ofenderle nunca. No quiero tampoco que el pensamiento de mi santificación me inquiete; puesto que, como estoy consagrada al Sagrado Corazón de Jesús, sólo he de ocuparme de hacerle reinar en el mundo, mientras El, se cuida de mí, y de mis cosas, por lo tanto no me quiero turbar con mis muchísimas imperfecciones, pues ya Jesús se encargará de desarraigarlas de mi corazón, si así cree que conviene para su gloria"⁵.

Infancia espiritual

Este abandono en el Corazón de Cristo era rasgo predominante de ese espíritu de infancia espiritual, aprendido de la tan amada santa de Lisieux y que María del Carmen se proponía llevar hasta sus últimas consecuencias. En un pensamiento transcrito al día siguiente de su entrada en el postulanteado reaparecía ya el vocabulario de infancia:

"Jesús mío, Jesús mío, ¡cuanto me hace sufrir mi soberbia! Compadécete de tu niñita, que la aborrece con toda su alma y hazla muy humilde, exageradamente humilde. Lo deseo tanto..."⁶

En noviembre siguiente, redactando un programa ascético sobre los diversos aspectos de su vida espiritual a lo que había de prestar particular atención, volvía a dedicar el último párrafo al tema de la confianza y de nuevo reaparecía el vocabulario de la infancia.

"Por último viviré abandonada y tan confiada en los brazos de Dios, que por nada me preocuparé, ni de nada me cuidaré, esperándolo todo de su divina Misericordia. Descansaré dulcemente sobre el Corazón de Jesús, como descansa tranquilo y confiadamente el niño en los brazos de su madre. Yo también, como niña que soy, me dejaré conducir, por mi Madre del cielo, que me conducirá rápida y velozmente, hasta lo más escondido del Corazón de Jesús, donde viviré y reinaré eternamente con los espíritus bienaventurados"⁷.

En enero de 1943 volvía a tocar el tema:

Siento cada vez con mayor intensidad, unos deseos extraordinarios de amar, de aprender a inmolarme por Jesús, de ser el juguete de su amor; quiero ser la chiquitina , que postrada a los pies de Jesús, pase toda mi vida deshojando las florecitas de mis vencimientos y pequeños sacrificios, mientras con candor e inocencia infantil, desgrano dulcemente dulcísimas melodías del más tierno y delicado amor; quiero ser otra Teresita"⁸.

Lo obvio y hasta trillado de las imágenes y el tono ligeramente sentimental podrían impedirnos descubrir la fuerza de espíritu con que estos propósitos fueron formulados. Ciertamente, María del Carmen tenía entonces sólo quince años de edad. Era una adolescente rebosante de sentimientos y la herida causada en su sensibilidad por la muerte de su padre estaba aún fresca. No es esto lo que la llevó a la perfección cristiana y lo que nos mueve a estudiarla: es que esa sutil retórica de las florecillas y las melodías, escondía una decisión de amar con todo el corazón y de sacrificar todo el amor.

Advertimos cómo en la temática teresiana de la infancia espiritual tal como la vivió María del Carmen Albarracín, se han introducido dos rasgos nuevos. Por un lado, la devoción al Corazón de Jesús, que fue característica entonces de su religiosidad. Su infancia espiritual consiste en descansar en el Corazón de Cristo, en abandonarse a este Corazón. No sólo, sino que desarrollando la temática de san Juan sobre el cuerpo glorificado del Señor como templo del Nuevo Testamento, María del Carmen entendía la visión bienaventurada como un vivir dentro del Corazón del Señor de la Gloria. Por otro lado, vino a fundirse con el espíritu de infancia, la piedad filial hacia la Madre Celeste: Ella ha de ser la que la haga penetrar cada vez más profundamente en el Corazón de su Hijo y Señor.

Viendo tanta insistencia en el espíritu de infancia y en la idea del abandono - expresión maravillosa de la virtud teologal de la esperanza - podríamos imaginar que su camino espiritual estuvo libre de esa estricta metodología ascética que fue típica de amplios sectores de la espiritualidad católica a partir de Trento. Pero no fue así. No hay, como sabemos, experiencia espiritual tan dominada por la mística que no incluya al mismo tiempo una ladera ascética. Si la infancia espiritual, por su existencia en el abandono al amor redentor de Cristo parece que está ordenada a una intensa pasividad mística, es lo cierto que tal como la vivió santa Teresa del Niño Jesús, encierra un fuerte ascetismo: el de la fidelidad constante y extrema al amor, el de la atención constante a los sufrimientos que el amor comporta. En María del Carmen hay algo más: dirigida primero por un claretiano, miembro luego de la Congregación de Misioneras Claretianas, su experiencia religiosa estaba llamada a desarrollarse en un cuadro de métodos y técnicas ascéticas que entonces formaban parte de la formación espiritual de estos dos Institutos, como lo eran de la mayor parte de los Institutos fundados en el siglo XIX.

María del Carmen aprendió bien pronto a llevar el examen particular diario y escogió como objetivo el amor propio. Hizo suya la atención

particular que el ambiente prestaba a los propósitos, constantemente renovados en la confesión semanal, en los retiros mensuales y en los ejercicios. Así, nada más llegar al postulante, en noviembre de 1942, escribía páginas enteras de resoluciones, en el que con una sensibilidad que recuerda a Rodríguez pasa en revista trece virtudes diferentes y promete realizar un esfuerzo en los diversos aspectos y actos de cada una de dichas virtudes. Esto ya no es precisamente Teresa de Lisieux, sino una interpretación particular de su camino hecha con un ambiente diferente.

Claretianas

Finalmente por estos meses de postulante, María del Carmen aparece ya bajo la influencia del espíritu propio de la Congregación en que deseaba entrar. A los pocos días de su ingreso en el postulante, ya había transcrito el aviso 34 de santa Teresa de Jesús. "Las ordenanzas y reglas de su religión léelas muchas veces y guárdelas de veras" ⁹.

María del Carmen tenía conciencia de que habiendo sido llamada por el Espíritu del Señor a esta familia religiosa, debía asimilar su espíritu lo más perfectamente que pudiera. Aunque todavía no le había sido entregado el libro de las Constituciones, comenzó a darle las primeras ojeadas. Y se abrió sobre todo a las enseñanzas de la maestra que le hablaba de los ideales de la vida religiosa, pero también del espíritu del entonces beato Antonio María Claret y a la sierva de Dios M. Antonia París de San Pedro, fundadores del Instituto. Desde este momento, la devoción a la Virgen aparece ya con caracteres intensamente filiales y al mismo tiempo concentrada en el misterio de la Inmaculada. María es para ella la "Inmaculada Madre"

Al mes escaso de estar en el Postulante, María del Carmen tuvo la dicha de recibir el Sacramento de la Confirmación. No habiéndolo podido recibir hasta entonces, las superiores hicieron lo posible para que le fuese administrado cuanto antes. Precisamente en el aniversario de la muerte del beato Fundador, el sábado 24 de octubre de 1942, monseñor Federico Costa titular de Tuvuna y Carmelita descalzo, iba a administrar dicho sacramento a un grupo de fieles en la iglesia conventual de los Carmelitas de Barcelona. Allí fue María del Carmen, acompañada de la Superiora M. Cruz Infante para recibir la gracia de madurez propia del Sacramento. Fue madrina suya una señora que se hallaba presente en la iglesia, doña Carmen Tejero Nadal. Desgraciadamente no nos ha dejado ninguna nota sobre sus disposiciones y sentimientos en aquella ocasión. Dos meses más tarde, escribiendo a su hermana María Luisa, que deseaba entrar en la misma Congregación y preguntándole si estaba o no confirmada, recordaba sólo algunos detalles accidentales del día en que fué confirmada:

"No me acuerdo si estás confirmada, si lo estás necesitas la partida por duplicado y si no, ya te confirmarán aquí, como a mí. Por cierto que

pasé un apuro de pensar que tenía que salir a la calle sin mi esclavina y mi velillo de postulante que nadie se lo puede figurar, pero ya gracias a Dios ya aquello pasó, como pasa todo en este mundo" ¹⁰.

Pero si María del Carmen no nos ha dicho nada sobre sus sentimientos al recibir al Espíritu Santo con sus dones, si que podemos nosotros descubrir el valor y significado de este hecho en su vida espiritual. El Sacramento de la Confirmación, repetición de la gracia de Pentecostés, confiere en plenitud el don del Espíritu para perfeccionar la gracia bautismal y robustecer al cristiano en la profesión de fe y en la fidelidad en medio de las luchas. María del Carmen se hallaba entonces al principio de su vida religiosa, pero ya en pleno estado de proficiente y próxima a recibir grandes pruebas purificadoras. El Sacramento del Espíritu le dio gracia particular para seguir a Cristo fielmente y fuerza para amarlo en los sufrimientos que le aguardaban. María del Carmen que había celebrado el día anterior la fiesta litúrgica de su Padre Fundador y estaba conmemorando precisamente en esas horas el aniversario del tránsito del mismo a la gloria del Padre, no pudo menos de unir ambos hechos. Precisamente la experiencia pentecostal del Espíritu había cobrado un relieve particular en la vida espiritual de san Antonio María Claret. Ignoramos si María del Carmen había tenido ocasión de saber -acababa sólo de ingresar- que precisamente un siglo antes, un 1842, el espíritu de profecía se había derramado sobre el alma de su Fundadora Antonia París, revelándole en una visita inicial los males de la Iglesia y llamándola a trabajar en su renovación fundando un Instituto religioso. Para nosotros estas maravillosas coincidencias del Espíritu del Señor cuentan mucho.

Relaciones con la familia

Naturalmente durante estos primeros meses de iniciación en la vida religiosa, el recuerdo de María del Carmen se dirigió con frecuencia hacia su querida madre y hermanos. Los Padres del desierto solían decir que la memoria es fuente muy activa de tentaciones en los comienzos de la vida monástica. Tal vez los Padres, con frecuencia algo rigurosillos consideraban tentación o flaqueza el simple levantarse en el corazón un movimiento de afectuoso recuerdo hacia los familiares. Tentaciones propiamente dichas, provenientes de estas memorias, no las tuvo entonces María del Carmen. Era tan feliz. Lo comunicaba ella misma a su madre y hermanos en carta del 22 de noviembre de 1942.

"Para vuestra tranquilidad os digo, que cada día estoy mejor y más contenta. He engordado, pues a ello creo que deberá haber reventado el vestido que tenía y además todas me dicen que tengo cara de satisfacción; no sé si será verdad" ¹¹.

Pero esa felicidad no es obstáculo para que se acordara de su madre

y hermanos. ¿Cómo estaría mamá? ¿Cómo le iría en el trabajo a Agustín? ¿Estudiaría bastante Eduardo? ¿Darían demasiada guerra los peques?

El 22 de noviembre recibía de su hermana María Luisa una gran noticia. Esta le comunicaba por carta que ella también tenía deseos de hacerse religiosa y que estaba pensando en entrar precisamente en la Congregación de Misioneras Claretianas.

María del Carmen le respondió con una larga carta comenzada el mismo día. A partir de entonces le escribía otras cinco cartas más relativas al mismo asunto de la vocación. En dichas misivas se muestra a la vez dotada de fina penetración psicológica y de prudencia. Ella conoce de sobras el temperamento de su hermana: generosa, impulsiva, sensible. Por eso le aconseja que se asegure antes de su vocación a la vida religiosa, orando y consultando únicamente a su director espiritual y sólo después de estar segura de ella, podría decidir en qué Instituto deseaba entrar. Para que, en esta segunda elección, no intervenga algún factor humano, le advierte que aunque a ella misma le gustaría que entrase también en las Claretianas, para estar más unidas en el espíritu, el deseo de estar materialmente juntas no las había de guiar en ello, por tratarse de una consideración puramente natural y porque con toda probabilidad estarían en comunidades distintas¹². Habiendo surgido algunas contrariedades, María del Carmen aconseja a su hermana que no se deje vencer por ellas¹³ y la ayuda con discrección a resolver el problema del afecto de un hombre que se había interpuesto en el camino de la vocación¹⁴.

María Luisa no pudo entrar a primeros de marzo de 1943 como deseaban la superiora y María del Carmen. Entró algo más tarde, el 15 de mayo siguiente. Coincidió con la hermana por algunos meses en el noviciado y fue el último miembro de su familia que estuvo presente, en la última enfermedad y muerte de la sierva de Dios. Más tarde, antes de emitir la profesión perpetua, María Luisa Albarracín se convencería de que no era su camino y volvería a la vida secular.

Pidiendo el hábito

El año 1943 se presentaba decisivo para su formación espiritual. Iba a ser el año de su noviciado. Como la fecha designada para la toma de hábito, 18 de marzo se iba acercando, las postulantes que estuvieran decididas a continuar, tenían que ser aceptadas por la superiora general, de quien dependía inmediatamente el noviciado, previo informe de la madre maestra.

El informe relativo a María del Carmen fue firmado por la Madre Mercedes Latre el 19 de enero. No podía ser más favorable. La postulante es "muy fiel y observante", "demuestra amor a la Congregación y gran entusiasmo por su apostolado", acata respetuosa y con rendimiento las indicaciones y mandatos", "recibe bien los avisos y procura humillarse", "sigue en todo la vida común", "su carácter bueno y amable hace agradable la convivencia" en ella "no se nota ninguna rareza, "es querida de todas",

"es piadosa y reza con recogimiento y devoción", tiene muy buena salud, mediana cultura y buena disposición" ¹⁵.

María de Carmen confiesa estar muy nerviosa:

"Ahora mismo estoy muy nerviosa, el corazón me late apresuradamente y en mi cabeza siento un fuego que me sale a la cara, abrasador. Ha venido Nuestra Madre y dentro de pocos minutos tal vez, iré a pedirle el santo hábito" ¹⁶.

Dado que entonces se tenía por costumbre cambiar el nombre, afirmando con ello la muerte al siglo y el nacimiento de una nueva criatura, en la vida religiosa, se ponía la cuestión del nombre que se le había de dar a Mari-Carmen. Las Misioneras Claretianas no sólo cambiaban el nombre del bautismo, sino que además por tradición, inaugurada por la Fundadora, recibían ordinariamente de apellido el nombre de uno de los doce apóstoles. La imposición del nuevo correspondía a la superiora general, pero antes de fijarlo se interrogaba a la postulante sobre sus deseos. La M. María del Pilar Gilbert, en un testimonio escrito que nos ha dejado, recuerda las primeras impresiones que recibió de la postulante y nos cuenta algo de la entrevista que entonces celebraron:

"La impresión que desde su entrada en el Postulantado me hizo María del Carmen Albarracín, fue que era un alma privilegiada y fue aumentando el buen concepto que de ella formé, a medida que la iba tratando. Se notaba en ella una inteligencia precoz, muy superior a su corta edad. Encantaba su manera de razonar y discurrir y siempre con un fondo de humildad admirable. Pocas veces la traté en confianza íntima, pero siempre quedaba convencida de que el Espíritu Santo guiaba su alma angelical. Al llegar el tiempo de vestir el santo hábito, manifestó su deseo de llamarse Teresita. "Le contesté que no me gustaban los diminutivos en las religiosas". Bueno "quedo contenta con lo que Dios quiera"» ¹⁷.

Contenta quedaba María del Carmen en la voluntad unida al divino querer, pero algo desilusionada también. Lo confiesa la interesada:

"...siempre había soñado con él -nombre- por tenerle tanta devoción a mi Teresita del Niño Jesús, pero como a Nuestra Madre no le agrada por ser un diminutivo, pensé que sería imposible y con gran dolor desistí así..." ¹⁸.

Lo vuelve a repetir a su madre y hermana, dos días después:

"...ya sabéis cuánto he querido siempre a mi Teresita... y cuánto, por lo mismo, me ha ilusionado su nombre. Cuando vino aquí se lo dije a Nuestra Madre, pero como a ella no le gustan los diminutivos, yo, me quedé convencida de que no me lo pondrían y no volví a pensar más en ello" ¹⁹.

Una cosa aparece bien clara en las palabras de la M. Pilar Gibert, María del Carmen no tenía motivo alguno de estar nerviosa. Había producido tal impresión en las superiores que ni por un momento parecen éstas haber dudado sobre su admisión en el Instituto. Lo del nombre, aunque importante, sobre todo por las ilusiones que se había hecho, era después del todo secundario. A la madre general, educada justamente en la idea de la religiosa como mujer fuerte, el diminutivo se le hacía difícil de aceptar. Tan jovencita y delicada, ¿no iba a parecer todavía más niña, cuando sus hermanas la llamaran Hna. Teresita? La decisión quedó por el momento sin tomar.

¿Victima?

En realidad, la entrevista que celebró María del Carmen Albarracín con la madre general no tuvo por objeto sólo pedir la admisión al noviciado y tratar del nombre que había de llevar desde entonces. Ella revela en la citada nota, escrita horas antes de hablar con la madre general que tenía otro asunto importante que tratar con ella. Al parecer, la misma M. Pilar Gibert había encomendado encarecidamente a las oraciones del Noviciado la salvación de un alma que "por su conducta y extraviados pensamientos y tentaciones diabólicas se hallaba en peligro de condenación"²⁰. María del Carmen sintió deseos de ofrecerse como víctima por ella y decidió pedir permiso a la madre general. Lo haría en la misma entrevista en que iba a pedirle la admisión al Instituto. La nota que hemos ya citado dice así:

"Ha venido Nuestra Madre y dentro de pocos momentos tal vez, iré a pedirle el santo habito y también a decirle si puedo ofrecer mi vida a Jesús por esa almita que está a punto de condenarse. ¡Ah Dios mío, que impaciencia tan grande tengo! Si me dijera que sí, me parece que me volvería loca de contenta. ¡Salvar un alma! ¡Qué alegría! si me dijera que no, tampoco me entristecería, pues he pedido a Jesús, que la ilumine y sé que lo que me diga, es lo que Jesús quiere de mí y que yo aceptaré muy gustosa, por ser esa su voluntad. ¡Dios mío dame serenidad, no me abandones!"^{a 21}

No conoceríamos la respuesta de la madre general, si ésta misma en el testimonio que nos dejó sobre la sierva de Dios no lo hubiera mencionado. Lo cuenta ella:

"En una ocasión pidió permiso para ofrecerse como víctima por tantas necesidades y calamidades. Le aconsejé se dejara por completo en las manos de Dios, que El sabe lo que más nos conviene y se quedó tranquila y en paz."²²

La decisión quedaba en las manos de Dios. No ofrecería su vida por esa alma o por otro fin, pero debía estar dispuesta a aceptar la que el Señor le fuera enviando. En realidad, Dios que la destinaba a santificarse en

pocos años por el camino del sufrimiento, parece haber aceptado esos deseos como un acto real de ofrenda. La historia de su sufrimiento iba a comenzar muy pronto.

Bajo la llama purificadora

Precisamente el mes de enero de 1943, cuando María del Carmen quería ofrecer su vida para salvar un alma, señala el comienzo de una nueva etapa de pruebas en su itinerario espiritual. Mientras, al comenzar el mes, escribía que el 31 de diciembre había hecho muy bien el retiro espiritual de fin de año estando durante él muy recogida ²³. Un mes más tarde, el 1 de febrero, la atmósfera había cambiado totalmente:

"Este mes de enero he pasado la mayor parte de él, en un estado de tedio y de aburrimiento espantoso. Todo me cansaba y en nada encontraba consuelo, pues la misma oración me repugnaba y los nombres de Jesús y de María, los oía con indiferencia, puesto que no los sentía.

En lo sucesivo, siempre que tenga este estado de ánimo se lo ofreceré a Jesús, acordándome de lo mucho que sufrió en Getsemaní, y en vez de lamentarme por ello le daré gracias porque se digna visitarme con la sequedad, y aunque no sienta nada haré muchos actos de amor. Cuando en la oración, las continuas distracciones, me impidan la devoción, procuraré no turbarme y ofrecerle a Jesús esas mismas distracciones e inoportunos pensamientos, como si por ellos pidiera fervorosamente y rogaré a la Santísima Virgen, que supla Ella mi tibieza, ofreciéndole a Jesús mis oraciones, como si Ella misma las hiciera con todo fervor de su espíritu. Cuando la repugnancia me haga dificultosa la oración, seguiré orando, sin hacer caso de ella, aunque esto me cueste mucho trabajo.

Cuando la desconfianza y el desaliento quieran turbar la paz de mi espíritu, los desecharé rápidamente acordándome que estoy consagrada al Corazón de Jesús, y que la ofensa más grande que yo le podía hacer y la espada más aguda con que yo podía herir su delicado Amor, sería la desconfianza en su misericordia y en su promesa, pues El ha dicho que ninguna de las almas que a su Sagrado Corazón se consagren, perecerán jamás, y que antes dejaría que perecieran mil mundos y mil cielos, si existiesen, que dejar que una de estas almas pereciese. ¡Oh, Jesús, no permitas que jamás el desaliento y la desconfianza entre en mi corazón! ¡Sagrado Corazón de Jesús, en tu amor confío!"²⁴.

En este estado de espíritu se hallaba al mes largo de haber escrito estas líneas, cuando se disponía a hacer los diez días de ejercicios espirituales preparatorios a la toma de hábito. Los comenzó con una gran ilusión por tratarse precisamente de la primera tanda de ejercicios que iba a hacer en su vida. Lo manifestaba ella misma a su familia en carta del 21 de marzo de 1943:

"El día 9 entré de ejercicios, como os decía. ¡Con cuánta ilusión los esperaba! Ya sabéis los deseos tan grandes que tenía de hacerlos, sin poder nunca, y éstos, los primeros que he hecho en toda mi vida, jamás se me olvidarán!"²⁵.

Al leer estas líneas, sus familiares se imaginaron sin duda que había pasado toda recogida, unos días de cielo: En realidad, habían sido días de purgatorio. La insistencia con que desde las primeras líneas de los apuntes redactados estos días habla del conocimiento propio y de la necesidad tan grande que tenía de la humildad, hacía ver hacia qué punto se estaban dirigiendo las divinas ilustraciones. Terminada la exposición de este asunto, al que dedica las seis primeras páginas, nos muestra en qué estado estaba haciendo esta primera experiencia del desierto:

"Estoy desalentada, abatida, angustiada. Mi corazón está oprimido por la amargura y por el hastío. ¿De qué proviene esto? Dios lo sabe y tal vez me haya dado a conocer a mí un poco, aunque yo extraordinariamente soberbia no lo quiera reconocer y pareceme a mí muy bien que esta mala víbora, este demonio figurado en la soberbia es el que tiene toda la culpa de todo.

A través de las meditaciones que hemos hecho de la muerte, el juicio, los pecados, nuestra nada y diversas lecturas, Dios me ha dado a conocer un poco mi maldad y mi extremada miseria. ¡Oh, me he visto tan horrorosamente pecadora y despreciable! que esta vista me ha dejado sin energías para nada" ²⁶.

Párrafos mas tarde, volvía al tema de los abatimientos y tristezas, para descubrir, una vez más, en su "secreto amor propio" la causa de todo.

"Con mucha frecuencia padezco grandes desalientos, tristeza, abatimientos y la mayor parte de las veces no sé, o no quiero averiguar de dónde provienen; mas, si juzgo desapasionadamente, hallaré aunque este reconocimiento me humille interiormente, que ese mayor número de veces que ignoro el fundamento de tan triste estado de ánimo, procede por regla general, de un secreto amor propio, extremadamente refinado, el cual se me muestra a veces herido ante una supuesta indiferencia u olvido; a veces humillado al tener que reconocer, muy a mi pesar, mi soberbia, mi miseria, al descubrir mis tentaciones que tanto y tan derechamente le hieren; y, en fin, en todo momento es el amor propio, el que, con extremada delicadeza no me deja en paz un momento ¡Oh, mi buen Jesús, hacedme humilde, os lo pido por vuestra pasión y muerte, por el amor de vuestro divino Corazón, el cual tantas veces ha manifestado por medio de sus santo que si grande es nuestra miseria más grande es tu misericordia para perdonarla!" ²⁷.

En una nota del diario tomada el 18 de marzo, resumía así las vivencias de estos días.

"Hoy se terminan los santos ejercicios. Durante ellos he pasado días amarguísimos y he sufrido en algunos momentos, como pocas veces durante toda mi vida. ¡Me veía tan mala, que he llegado, casi a desconfiar de la infinita misericordia de Dios! Hoy estoy muy tranquila, he confesado y una paz extraordinaria inunda mi alma" ²⁸.

Los mismos sufrimientos y hasta la misma tentación contra la esperanza aparece en el resumen que hace al final de los Apuntes tomados esos días ²⁹. Al parecer unas palabras de la madre general y otras de la

madre maestra sobre religiosas que fueron infieles a sus compromisos, la volvieron a sumir aquella misma noche del 18 en una profunda tristeza que apenas pudo dormir:

"Cuando pienso que puedo ofender o que le he ofendido -a Dios- es tanta la amarguea de mi corazón y tanto lo que sufro, que en toda mi vida no recuerdo sufrimiento más cruel, ni aún la muerte de mi amadísimo padre. ¿ Y como soy tan mala, ello hace que este pensamiento me asalte con frecuencia y en esos momentos, difícilmente podría decir las angustias tan horribles que padece mi corazón" ³⁰.

Todos los datos transmitidos por María del Carmen nos hacen ver que ésta se hallaba por aquellos meses sometida a una purificación pasiva. Las sequedades, el hastío en la oración muestran que se trataba de una noche del sentido, pero el sentido vivísimo del pecado hasta quitarle las fuerzas del espíritu, las tentaciones contra la esperanza, nos hace sospechar que la llama purificación estaba llegando mucho más adentro, hasta los repliegues mismos del espíritu.

La toma de hábito.

Preparada así por esos días de soledad, purificada por las sequedades y sufrimientos que se habían abatido sobre su alma desde hacía dos meses, pero que se habían intensificado durante este rápido paso por el desierto. María del Carmen se levantó decidida aquella mañanita del jueves 18 de marzo de 1943. Dos días más tarde, escribiendo a sus familiares, describía la función. Vamos a reconstruirla, basándonos en su testimonio y en algunos datos más que nos proporcionan otros documentos.

La función comenzó a las nueve de la mañana. En la capilla esperaban ya los familiares y demás invitados, cuando al dar la hora, por la puerta de la capilla empezó a entrar la comunidad cantando el himno **Ave María Stella**. La ceremonia comenzaba pues con la invocación de la Madre Celeste. Detrás de las profesas entraron las tres postulantes que iban a tomar el hábito, vestidas de negro, con velo blanco, cuello y guantes del mismo color. A continuación entraron las cuatro que iban a profesar por vez primera vestidas ya del hábito pero aún con el velo blanco de las novicias. Las profesas se fueron repartiendo por los bancos de la capilla, mientras postulantes y novicias ocupaban siete reclinatorios instalados enfrente del altar. Oficiaba el J. Joaquín M^a Girvent, cmf. , capellán de la Comunidad. El acto comenzó con la bendición y entrega del hábito y del velo blanco que habían de llevar durante el año del noviciado. Las postulantes salían de la capilla y volvían poco después vestidas con el hábito y cubiertas con el amplio velo blanco. El P. Girvent les entregaba entonces el rosario, las Constituciones y una vela blanca.

Terminada así la imposición del hábito, comenzó la celebración de la Eucaristía "armonizada, nos dice ella, con preciosos cantos". Antes de la comunión, como era entonces costumbre y ante el Santísimo Sacramento,

las cuatro novicias emitieron sus votos en la Congregación, convirtiéndose así en Misioneras Claretianas. Llegó entonces la hora esperada con cierta trepidación mezclada de curiosidad por las postulantes y sus familiares: el momento de imponer el nuevo nombre a las que acababan de comenzar el noviciado. María del Carmen se arrodilló en el comulgatorio ante el sacerdote, revestido de capa pluvial- Éste después de haber rezado una oración, intercediendo por las que entonces comenzaban su vida religiosa fue dando a cada una el nombre escogido por las superiores. Al llegar el turno a María del Carmen Albarracín, ésta oyó con sorpresa: "Hasta ahora te has llamado María del Carmen Albarracín, desde ahora te llamarás Hermana Teresita de Santiago el Menor. Ella sintió una alegría indescriptible:

"Figúrense qué alegría tan grande me dieron. Pues ya sabéis cuánto he querido siempre a mi Teresita, como yo la llamo y cuanto por lo mismo me ilusionaba su nombre. Cuando vine aquí se lo dije a Nuestra Madre, pero como a ella no le gustan los diminutivos, yo me quedé convencida de que no me lo pondrían y no volví a pensar más en ello. Pero no fue así, aunque como me dijeron Nuestra Madre y la M Piora, M^a Cruz, no sabían ni como se habían decidido a ponérmelo, por la causa que antes os expuse, y por lo que yo vi más claramente en ello una delicadeza de Jesús y una prueba de amor de mi Teresita que seguramente intercedería para conseguirlo. Cuánto me emocionó" ³¹.

El día 19 había escrito en la última nota de los ejercicios:

"...ya soy novicia y estoy que no me lo creo. Me parece un sueño y mucho más cuando pienso que no soy María del Carmen Albarracín Pascual sino María Teresita de Santiago el Menor. ¡Cómo me ilusiona mi nombre! Nadie puede comprender la impresión que me produjo, pues siempre había soñado con él..." ³².

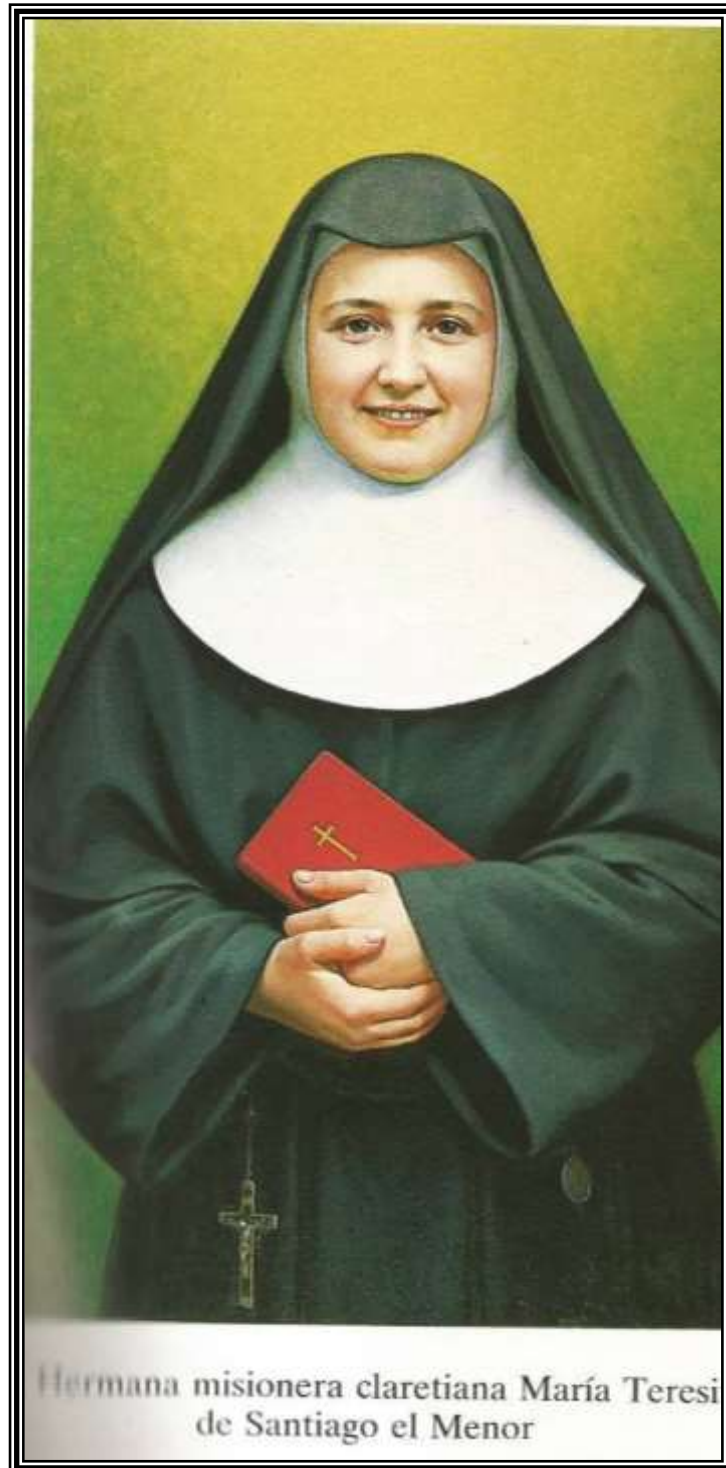
La nueva hermana Teresita había pues también recibido un regalo de Jesús en el día de su toma de hábito. Teresa de Lisieux había visto el patio cubierto por la nevada el día que profesó en la Orden del Carmelo viendo así su capricho de novia satisfecho por el Esposo³³. Teresita Albarracín había recibido como regalo ese nombre que tanto deseaba y que sus superiores no parecían dispuestas a concederle. La madre general, presente en la ceremonia, recordaba unos años más tarde la emoción y gratitud con que María del Carmen había recibido su nombre de Religiosa.

"No pudo disimular la alegría que esto le proporcionó. Daba gracias a Dios por haber escuchado su oración y a las superiores por haberla complacido. Era tanta la devoción que sentía por su santita predilecta" ³⁴.

NOTAS

- 1 Pensamientos, Barcelona 27 agosto 1942, 8, pp. 11-12.
- 2 Carta a María Luisa Albarracín, 22 noviembre 1942.
- 3 A su madre 11 febrero 1945.
- 4 Pensamientos 1942.
- 5 Apuntes diciembre 1942.
- 6 Pensamientos 28 setiembre 1942.
- 7 Propósitos noviembre 1942, pp. 12-13.
- 8 Apuntes 24 enero 1943.
- 9 Obras de santa Teresa, Madrid (BAC), p. 638, citado en Pensamientos 1942.
- 10 A María Luisa, 20 diciembre 1942, p. 2.
- 11 A María Luisa, 22 noviembre 1942, p. 4.
- 12 A María Luisa, carta 22 noviembre 1942.
- 13 A María Luisa, carta 20 diciembre 1942.
- 14 A María Luisa, carta 6 marzo 1943.
- 15 Informe para la toma de hábito.
- 16 Apuntes 26 enero 1943.
- 17 Informes Testigos I, 3, p. 1.
- 18 Apuntes 19 marzo 1943.
- 19 Carta a su familia, 21 marzo 1943.
- 20 M. Cruz Dendariena, Informes Testigos I, p. 5.
- 21 Nota del 26 enero 1943.
- 22 Informes Testigos I, 3, p. 1.
- 23 Nota del 31 diciembre 1942, p. 19.
- 24 Nota del 1 de febrero de 1943, pp. 20-22.
- 25 Carta a su madre del 21 marzo 1943, p. 1.
- 26 Apuntes espirituales, 9 - 17 marzo 1943, pp. 6 - 7.
- 27 Apuntes espirituales, 9 - 17 marzo 1943, pp. 11 - 12.
- 28 Nota del 18 marzo 1943, p. 22.
- 29 Apuntes ejercicios, 9 - 17 marzo 1943, p. 19.
- 30 Nota 19 marzo 1943.
- 31 Carta a su madre del 21 marzo 1943, p. 3.
- 32 Nota del 19 marzo 1943, p. 19.
- 33 *Historia de un Alma*.
- 34 Informes Testigos I, 3, p. 1.

V
En el noviciado



Hermana misionera claretiana María Teresita de Santiago el Menor

Saliendo de la capilla donde le había sido impuesto el hábito, la nueva hermana Teresita de Santiago el Menor no cabía en sí de gozo. El júbilo de las tres novicias incipientes, forraditas en sus flamantes hábitos, se asociaba a la otra alegría, más profunda, de las cuatro que acababan de emitir los primeros votos y eran ya por lo mismo religiosas. El gobierno general de la Congregación que había acudido a presenciar la ceremonia miraba con esperanza este brote primaveral que acababa de geminar en el tronco, añoso ya del Instituto. La juvenil alegría explotó con el desayuno y continuó animando patio y corredores durante la mayor parte del día.

Con la toma de hábito había comenzado para hermana Teresita el periodo decisivo de su noviciado. Un año entero de iniciación progresiva en la vida religiosa bajo la dirección espiritual, doctrinal y disciplinar de una madre maestra. Particular entrega a la oración, en comunidad y privadamente, estudio de las Constituciones, conferencias de la madre maestra., estricta disciplina definen este periodo de prueba que en la Congregación de Misioneras Claretianas duraba exactamente el año prescrito por el Derecho Canónico. Entonces las novicias vivían en rigurosa separación no sólo del mundo exterior, sino aun de las religiosas profesas que vivían en la misma casa.

Ambiente

El ritmo de la vida del noviciado era el mismo que Teresita había seguido en los meses de postulante, con sólo una conferencia más a la semana. Los días transcurrían iguales, de las cinco de la mañana en que la despertaba la encargada, hasta las nueve y media de la noche en que se retiraban a descansar: oración, conferencias y clase, trabajos de la casa y labores femeninas. De espíritu extremadamente dócil, Teresita escuchaba con gran atención las conferencias que la madre maestra daba sobre las Constituciones o la vida religiosa. Parecida atención prestaba a la clase de la tarde en la que alguna que otra profesas las instruía sobre algún punto de cultura general.

El trabajo en los jardines servía a las novicias a la vez de ejercicio físico y de distracción psicológica. Hermana Teresita ponía gran cuidado en arreglar la parte que tenía entregada junto con otra novicia. Allí iba con las amplias mangas del hábito algo arremangadas, regando, acarreado estiércol, quitando cuidadosamente las hierbas. Un día, como era costumbre en el noviciado, la madre maestra le cambió la compañera en las faenas del jardín. La hermana que dejaba de ser su compañera le manifestó cuánto lo sentía. Teresita no permitía que el más leve apego humano le limitara la libertad de los hijos de Dios.

"No o sienta, hermanica; ahora tendrá su jardín más bonito, porque deja a una criatura y ahora tendrá a Jesús que es el mismo Creador" ¹.

Todo lo sobrenaturalizaba, comenta su herma María Luisa al narrarnos esta anécdota.

Rasgos

La que fue su maestra durante nueve meses, madre Mercedes Latre la recuerda así:

"...agraciada, cara redondita, ojos vivos luminosos, siempre sonriente, temperamento alegre, bondadoso, carácter bueno; fina de modales; tenía una cultura general buena, atrayente siempre. Siempre tuvo deseos de cumplir bien cualquier cosa que se la encomendara"².

"Era tan joven y tan favorecida de Dios en lo físico que parecía una muñeca, o mejor dicho un ángel. Siempre estaba alegre, pero con una alegría moderada. Nunca se la vió locuaz, a pesar de su corta edad, sino todo lo contrario. Sabía unir maravillosamente el candor, la inocencia, sencillez y alegría de una niña con la seriedad, prudencia y madurez de los cincuenta años³, escribe M. Teresa García.

Al parecer, todas, profesas y compañeras del noviciado, la recuerdan como mezcla ejemplar de juventud y madurez, de inocencia y prudencia, de sonrisa y seriedad.

Uno de los rasgos que con mayor frecuencia ponen de relieve las que convivieron con ella en la casa noviciado es un respeto absoluto al silencio fuera de los recreos.

"Me admiraba su amor al silencio, afirma M. María Misericordiosa Ras, siempre recogida, laboriosa, yo creo que la presencia de Dios en ella era continua"⁴.

"A pesar de sus pocos años parecía ya muy grave - recuerda otra testigo - siempre con la vista recogida y con un andar tan modesto que parecía ya una madre grave, y de muchos años⁵.

Pero quien mejor la recuerda bajo este aspecto es su propia hermana María Luisa que contrastaba con ella por su comportamiento y temperamento comunicativo.

"En la hora de silencio era inflexible. No admitía se le dijese ni siquiera noticias sensacionales - marcha de la madre maestra, vocación de Eduardo, nacimiento del hijo de Agustín - En estas ocasiones, ni contestaba, ni se inmutaba. Cuando se las daban en las horas de recreo, tampoco se inmutaba por nada, ante lo adverso o lo próspero, pero sonreía más o menos alegremente, pero contestaba indefectiblemente: ¡Bendito sea Dios! Y si la cosa era agradable: ¡Que bueno es Jesús! "⁶.

Las demás religiosas que convivieron con ella en todo este tiempo coinciden de modo admirable en destacar los grandes deseos que tenía de

ser santa, su espíritu de fe, su caridad delicada. M. María Pérez, que fue connovia suya, por ejemplo, habla de su gran fe, su prudencia extraordinaria, su silencio⁷. En un testimonio escrito M. María Misericordia Ras la recuerda "siempre con cara de pascua, que daba gusto mirarla"⁸.

Dos testigos recuerdan su "sonrisa característica"⁹ y otros más numerosos hablan de su "constante sonrisa"¹⁰.

¿Carácter jovial? No precisamente. Porque, como vamos a ver, en todo este tiempo del noviciado, estuvo sometida a pruebas interiores de todo género y a través de sus escritos es visible que adolecía de cierta melancolía habitual. Su sonrisa era más bien fruto de su bondad hacia los demás y del deseo de ocultar su sufrimiento. En los ejercicios preparatorios para la profesión escribía entre sus propósitos, "sonreír siempre"¹¹. Lo había ya decidido pocas semanas antes, el 8 de abril¹². Y en los apuntes tomados en los mismos ejercicios explicaba: "cuando tenga tristeza, procuraré sonreír, para que nadie, sepa la causa de mi dolor"¹³. Su sonrisa era pues expresión finísima de su amor y prueba de su equilibrio psíquico: no sólo no afectaba penas para atraer la compasión de las demás, sino que ocultaba cuidadosamente sus sufrimientos para que sólo Jesús los conociera. Dadas las pruebas de todo género que estaba atravesando, no dudamos en calificar de extraordinaria su fortaleza de espíritu.

Con su hermana María Luisa

Naturalmente, la nueva familia que Dios le había dado al llamarla a la vida religiosa, no la hacían olvidar aquella madre y aquellos hermanos que estaban comenzando a dispersarse: la hermana mayor, Angelina, casada, la segunda María Luisa, cuidando de la casa y trabajando en la Juventud Cordimariana con los Claretianos de Cartagena. Agustín trabajando ya y próximo a casarse, Paco, escolástico jesuita. Eduardo prosiguiendo sus estudios universitarios y detrás los más pequeños, que se iban haciendo ya grandes. Según la entonces superiora general "en los primeros tiempos de su noviciado la torturaban mucho algunos problemas familiares..."¹⁴.

Con María Luisa durante todo el postulante había mantenido correspondencia, llamándola y confortándola, mientras se decidía a solicitar la admisión en el noviciado. Al principio había acariciado la esperanza de que su hermana pudiera entrar antes de su vestición para que pudiera asistir a la ceremonia, única representante de su familia.

"... a lo mejor - esto que no se entere nadie - tengo la dicha de vestir para febrero y, como ya te puedes figurar, me agradecería que para entonces estuvieras aquí y asistieras a esas fiestas que estoy segura que te emocionarán muchísimo"¹⁵.

Le había escrito el 20 de diciembre de 1942. Pero algunas complicaciones que surgieron retrasaron la entrada de María Luisa. Aunque el retardo se debió en buena parte a vacilaciones de ésta, y por ellas la sierva

de Dios no pudo gozar de la presencia de ningún familiar en ese acto tan importante para ella, se cuidó muy bien de apaciguar los remordimientos de su hermana:

"No te preocupes porque no pudiste estar aquí para mi vestición. Ciertamente que tal vez hayas tenido un poco de culpa, pero yo más bien creo que todo fue obra de Dios, para que reconocieras tu impotencia y tu nada, y así humillada, pudiera El bajar a tu corazón y hacer en él su morada. ¡Que grande es su misericordia, y qué bien sabe dirigir las almas! ¿Verdad?" ¹⁶.

Por fin, el sábado 15 de mayo de 1943, cuando Hna. Teresita llevaba apenas dos meses de novicia, María Luisa llamó a las puertas del noviciado de la Bonanova. La sierva de Dios la recibió con el cariño que es de suponer, guiándola en sus primeros pasos. Desde entonces las dos hermanas pasarían año y medio juntas en la misma casa noviciado, primero durante el postulante de María Luisa hasta la fiesta de la Inmaculada de 1943, luego como connovicias durante cuatro meses y a continuación siendo Hna. Teresita juniora y María Luisa novicia. El 8 de diciembre de 1943, efectivamente, María Luisa recibía el hábito religioso junto con otras cuatro postulantes imponiéndole entonces el nombre de Hermana María Victoria. En el mismo acto profesaron cuatro connovicias que habían comenzado el noviciado unos meses antes que Teresita. Esta tuvo entonces la alegría profunda de ver a su hermana convertida en novicia y vestida con su hábito religioso, alegría redoblada por la profesión de esas cuatro compañeras, hecho en que ella gustaba ya el gozo de la propia oblación.

Gracias a Teresita las relaciones entre ambas hermanas fueron para las demás causa de edificación.

Ya en la primera misiva que había dirigido a María Luisa, al recibir la carta en que ésta le comunicaba sus deseos de hacerse religiosa, a ser posible en la misma Congregación, le había advertido que no era el poder estar juntas lo que había de llenarlas de alegría sino el estar unidas en el espíritu ¹⁷. Al llegar María Luisa al noviciado, Hna. Teresita se mantuvo fiel a sus propósitos de mortificarse en los naturales deseos que sentía de estar a menudo con su hermana, recordar los años que habían pasado juntas en la familia y hablar de los seres queridos.

Una testigo afirma:

"Respecto a su hermana Victoria, nos daba gran ejemplo, la fuerza de voluntad que tenía en tratarla como a todas, a pesar del afecto que se veía tenía su hermana por Teresita" ¹⁸.

Otra connovicia María Cruz Dendariena, menciona entre las virtudes de la sierva de Dios el:

"Vencimiento de su corazón en el trato con su hermana y hermana nuestra M. María Victoria, rehuendo siempre el mostrar diferencia alguna respecto de las demás hermanas" ¹⁹.

La misma María Luisa confirma: Un día

"...me dijo que no hablaríamos nunca aparte, porque iban a creer que teníamos amistad particular... Procuraba siempre no hablarme, pero si notaba que estaba triste, buscaba en seguida la manera de venir a decirme alguna cosita a la hora del recreo"²⁰.

La retrospectiva de estos episodios nos la cuenta la maestra M. Mercedes Latre:

"A pesar de los requerimientos de su hermana María Luisa, la trató siempre como a todas las hermanas, sin preferencia. Un día fue a quejarse María Luisa, me llamó y dijo que la M. Teresita pasaba por su lado y que ni siquiera la miraba. Pronto comprendió la madurez y el sentido profundo de la observancia y religiosidad de M. Teresita"²¹.

María Luisa Albarracín, espontánea y comunicativa, debió sufrir no poco con esta fidelidad exquisita de su hermana a las normas en uso. Y no es que la sierva de Dios no sintiera el mismo afecto y ganas de comunicar. Pero las dominaba por el bien común.

Des este sacrificio de sentimientos y gustos en aras del bien superior de la caridad común, daría pruebas particulares con motivo de la operación de apendicitis a que sería sometida su hermana, cuando ya la sierva de Dios había profesado. Continúa M. Dendariena:

"Recuerdo la noche en que se nos comunicó la ida de Madre María Victoria al sanatorio para operarse; estábamos en recreo, instintivamente la miré, supuse que lo sabría, pues se habría despedido, más lo cierto es que su carita no reflejaba sino esa serenidad de alma que cifra todo su contento en servir al Señor...que dicen nuestras santas Constituciones... Su vista baja, como quien se esfuerza un poco en la labor y nada más"²¹.

La M. María de los Ángeles Martínez que era consultora general y desde junio de 1944 superiora efectiva de la casa nos da ulteriores detalles sobre el grado de virtud demostrado por la sierva de Dios en esta ocasión:

"Operaron de apendicitis a su hermana M. María Victoria y servidora iba a visitarla al Policlínico de San Pablo. Al regresar a casa, sucedió varias veces encontrarme con M. María Teresita: pasaba por mi lado, miraba sonriente y no preguntaba cómo estaba su hermana. Yo comprendía que ella quería hacer un sacrificio y me callaba. Después, cuando se presentaba la ocasión de verla, le hablaba del estado de salud de su hermana y entonces se mostraba sumamente agradecida y contenta"²³.

Ser Santa

Madre Teresita no perdía nunca de vista que la vida religiosa que se preparaba a abrazar con la profesión era para ella medio para realizar su vocación a la santidad. A finales de enero de 1944 cuando su noviciado iba

ya encaminándose con pasos apresurados hacia su fin, volvía a consignar en sus notas su convicción de estar llamada a la santidad:

"He nacido para ser santa, bien claro lo comprendo, pero también sé que los santos no nacieron, sino que se hicieron, a fuerza de vencimientos, de humillaciones y de pruebas de toda clase" ²⁴.

La necesidad de contribuir con la gracia de Dios a su propia santificación se hacía más acusada, sobre todo cuando consideraba la fugacidad del tiempo. Por ello continúa:

"Sé también que el tiempo pasa veloz y que dispongo de muy poco para alcanzar este fin, por lo que he de aprovecharlo muy bien, no dejando para mañana, lo que pudiera hacer hoy" ²⁵.

Ya hemos visto cómo, a raíz de la muerte de su padre, le había quedado impresa vivamente la idea de fugacidad de la vida. No era sólo una convicción general. Ella parecía presentir claramente que iba a vivir poco. De ahí que se diera con tanto afán a aprovechar el tiempo. Su hermana María Luisa nos da una ulterior confirmación:

"Un día le dije que se hacía la vida imposible con tanto rigorismo, que así era imposible vivir, a lo que me contestó: "la vida es muy corta, y yo no tengo tiempo que perder". Jesús me pide esto. Hablaba siempre de la muerte, de la brevedad de la vida, de la eternidad, del amor de Dios a las almas... Eran sus temas obligados" ²⁶.

¿Qué significaba para ella ser santa? Ya lo hemos visto. Siguiendo el camino discreto de Santa Teresita del Niño Jesús, su modelo de siempre y ahora su patrona, deseaba una santidad entretejida de espíritu de fe, confianza y amor, en el silencio, en lo cotidiano.

"Mi santidad no ha de ser extraordinaria, sino sencilla, oculta, sólo para Dios, mi programa ha de ser trabajar en el espíritu de fe, sobrenaturalizando todo cuanto haga hasta llegar a hacer extraordinariamente las obras ordinarias para lo que imploraré en cada una de ellas la ayuda de mi Madre Inmaculada" ²⁷.

Estos deseos de servir a Dios en lo ordinario y cotidiano, con un fuerte espíritu de fe y confianza filial y amor, se hallaba en ella amalgamado con una tendencia fuertemente ascética que le había impreso el ambiente. Nos acaba de decir que los santos se hicieron sólo a fuerza de vencimientos, de humillaciones y de pruebas de toda clase ²⁸. Y hemos visto cómo Hna. Teresita se vencía en el afecto hacia su hermana, no preguntando a la superiora recién llegada del hospital cómo estaba aquella. La espiritualidad que se le inculcaba en el noviciado se alimentaba precisamente con una serie continuada de renunciaciones y vencimientos. Era una espiritualidad algo severa, sin condescendencias. El hecho de renunciar

a preguntar por la salud de su hermana, por ejemplo, no es una consecuencia obligada del espíritu evangélico. Hecho ocasionalmente para ofrecer a Dios un sacrificio, puede constituir una delicada oferta de amor. Cuando, en cambio, se toma por principio ese combatir sistemáticamente los afectos naturales, se demuestra estar condicionado por una cierta mentalidad represiva de lo natural que ha sido bastante común en los dos o tres últimos siglos.

El cariz ascético se mostraba en su vocabulario, y en la multiplicidad de propósitos. En este año de noviciado hizo tres veces los ejercicios espirituales, ocho días completos antes de la vestición, otros ocho días antes de la profesión, y esta vez con toda la comunidad, del 18 al 25 de agosto de 1943. Cada mes hacía además con todas las profesas y novicias el día de retiro, en silencio completo. En estos ejercicios y retiros, pasaba concienzudamente revista de su propia vida. En los ejercicios de agosto de 1943 escribió hasta dieciocho páginas de propósitos ²⁹. En los mismos ejercicios hizo unos resúmenes, probablemente de plásticas, en las que aplicaba cada uno de los pecados capitales a la vida religiosa.

Su segunda maestra M. Cruz Infante, confirma de hecho este aspecto metódico de la vida interior de M. Teresita:

"Teresita era muy reflexiva y muy activa en su vida interior. Cuando oía una plática o una conferencia, procuraba tomar de ella lo que juzgaba le convenía y, con frecuencia lo apuntaba. A veces, en mis conferencias les explicaba cosas prácticas en materia de virtudes o defectos y en varias ocasiones me ocurrió que habiendo expresado cómo debíamos practicar una virtud o afeado ciertos comportamientos defectuosos, ella se lo apropiaba y se venía con su tristeza y su apunte en el que decía no practicaba aquella virtud o declaraba tener aquellos defectos de que yo les había hablado³⁰.

Nada de esto, sin embargo, incidió en su desarrollo espiritual durante su noviciado como una serie de pruebas que fue sufriendo a lo largo de todo este año. Ya hemos visto que esas purificaciones pasivas habían comenzado durante el postulante. La "paz extraordinaria" que inundó su espíritu al terminar los ejercicios preparatorios a la vestición y el gozo que tuvo al verse cambiado el vestido y el nombre, duraron muy poco. En realidad el paso del postulante al noviciado, tan importante no sólo a nivel del Derecho Canónico, sino incluso en el plano psicológico, no significó precisamente nada en las profundidades del alma: en la vida de Hna. Teresita postulante y noviciado forman un solo periodo de prueba interior, un noviciado del espíritu que hizo no ya bajo la guía de un ser humano, sino bajo la dirección del mismo divino Maestro. El 28 de marzo, a los diez días exactos de haber tomado el hábito escribe:

"Durante este mes de marzo he tenido en casi todo él, una tristeza grandísima y me he dejado llevar mucho del abatimiento y me he desalentado mucho ante mis muchas miserias. Tengo muchísimas distracciones en la oración y a veces la hago hasta con repugnancia; esto me

entristece grandemente pues pienso que es por mi culpa y me horroriza la idea de caer en la tibieza...

No pediré a Dios, aunque sufra mucho que me quite estas distracciones, antes bien, que siempre se cumpla en mí, su santísima voluntad, aunque ésta sea tenerme toda la vida en sequedad con tal que ésta, no sea mi flojedad la que la motive" ³¹.

Distracciones, sequedad, a veces repugnancia en la oración, visión clara de la propia miseria y desaliento...Teresita estaba claramente atravesando una purificación pasiva. En el retiro correspondiente al mes de mayo, anotó simplemente: "no escribí nada, estaba muy abatida".

El 27 de mayo resumía así su estado de alma en los meses anteriores:

"Estos meses anteriores los estoy pasando en un estado de ánimo bastante desagradable. He pasado largos y frecuentes ratos de angustia, de abatimiento y de tristeza y he sufrido mucho y por diferentes motivos. La oración la hago muy mal, experimento en ella muchísimas distracciones y apenas hago propósitos formales. Se me marea la cabeza y no puedo escribir..."³².

Se trata exactamente de los mismos fenómenos que habíamos ya advertido a fines de marzo. Pero ahora venían a añadirse algunas tentaciones no especificadas.

"Respecto a estas tentaciones que experimento procuraré no abatirme en estas ocasiones; le contaré a Jesús con sencillez todo cuanto me sucede y le pediré que me alumbre para conocer su divina voluntad y me envíe su gracia para cumplirla con perfección en este breve destierro" ³³.

En julio seguía sustancialmente en el mismo estado, aunque los sufrimientos parecen haberse agudizado en las últimas semanas. Escribía el día de Santiago Apóstol:

"Sigo en el mismo estado de angustia, de abatimiento y de tristeza que estos meses pasados. Este mes especialmente ha sido terrible para mí, pues he tenido ratos de verdadera desesperación, en los que me he creído a punto de perderlo todo. Me he tenido que vencer mucho y por lo poco que amo el vencimiento y la mortificación me ha costado muchas lágrimas y amarguísimos ratos, pero sé que Dios lo quiere así, sé que quiere que me venza desgarrándome el corazón, sé que quiere que sufra sin consuelo alguno, ya que los consuelos humanos aunque los busque, si los hallo, luego me desesperan más y de los consuelos celestiales me veo privada casi de continuo, pero a pesar de esto le amo y le amaré con todo mi corazón, y aunque como ahora, una oscuridad terrible me rodee y me prive por completo de la vista de Dios, no dejaré de decirle que le amo y que le amaré a pesar del infierno..." ³⁴.

A las sequedades, repugnancias, distracciones y desalientos había pues seguido una oscuridad terrible y una soledad total del corazón sin apoyo alguno humano ni divino. En medio de esa tiniebla brotaba como una iluminación repentina su amor a Dios: le amo y le amaré con todo mí

corazón. En los ejercicios hechos con la comunidad del 16 al 25 de agosto, el estado de espíritu era el mismo pero de él emergía esta vez la decisión de una conformidad total con el querer divino.

"Muy especialmente he de sacar de estos ejercicios el propósito de conformar en todo mi voluntad con la de Dios. Sufro muchísimos abatimientos, muchísimas angustias, sequedades, tentaciones y mil cosillas más. ¿Qué hacer? En mis sequedades y asperezas, cuando, como ahora un velo espeso me oculte por completo a Jesús y me impida sentir los efectos de su amor, me resignaré y le diré: he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"³⁵.

Siguen tres páginas en las que la sierva de Dios propone cómo comportarse "en mis abatimientos, cuando me falten las energías para todo"³⁶. "en mis angustias, en mis humillaciones, amarguras, sufrimientos interiores y exteriores..."³⁷, "en la turbación"³⁸.

El mes de setiembre fue casi todo él, una excepción: "apenas he perdido la paz de espíritu. Hasta hace unos cuantos días siento una alegría y paz interior inalterable"³⁹. Pero en los últimos le había atacado de nuevo una cierta "tristeza y melancolía"⁴⁰. Era sin embargo algo nuevo.

"...a diferencia de la que tenía antes de los ejercicios apenas me turba y me quita el amor de Dios, antes por el contrario deseo la soledad, el silencio, el recogimiento exterior e interior, para pensar sólo en Dios; siento un algo extraño que yo no entiendo, y que me tiene casi siempre abstraída, pero siempre triste... Hoy no hago ningún propósito, no puedo pensar en nada; en las manos de Dios encomiendo mi espíritu, hágase en mí según su voluntad"⁴¹.

En la fiesta de Todos los Santos, 1 de noviembre, volvía a escribir que sufría "una tristeza casi continua que me amarga todos los instantes"⁴². Eran contados y señalados los días en que se veía libre de ella, por ejemplo el 18 de octubre y el 31 del mismo mes, fiesta de Cristo Rey⁴³. "Repugnancia por las cosas que antes deleitaban" vuelve a anotar algo después⁴⁴:

"me encuentro completamente sin fuerzas para cumplirlos - propósitos -. En este momento estoy completamente aniquilada y no puedo pensar nada con serenidad, pero confío en Dios que no me abandonará; sí, a pesar de todo, le amo cada vez más y más intensamente deseo identificarme con El"⁴⁵.

Recuérdese que a fines de marzo de este año había ya mencionado la guerra que le daba el enemigo con ciertas tentaciones no especificadas. Al final del año, volvía a mencionarlas como una experiencia dura por la que había pasado a lo largo de él. Al parecer se trataba de tentaciones contra la vocación: "Me ha ayudado a vencer las tentaciones, me ha conservado la vocación religiosa, a pesar de la guerra que me ha hecho el demonio"⁴⁶. Tal

vez por ello, a primeros de noviembre había resumido en una o dos páginas los avisos dados por los maestros de espíritu para vencer las tentaciones contra la vocación religiosa ⁴⁷.

Quién lo hubiera dicho. Con aquella constante sonrisa característica o como escribe la M. Misericordia Ras, "siempre con su cara de pascua, que daba gusto mirarla" ¿De Pascua? Tal vez, sólo que esa cara alegre escondía un hecho: Hermana Teresita estaba viviendo su viernes santo participando en la cruz del Señor.

Con sus superiores

Hubo otro hecho que tuvo también cierto influjo en el modo de cómo transcurrió su año de noviciado: el de sus relaciones con las superiores y en particular con la maestra de novicias. Hermana Teresita las vivió con notable intensidad. En las notas escritas en los ejercicios de agosto de 1943, dedicó a este tema cinco páginas bien significativas, porque nos revelan hasta que punto esas relaciones repercutían en su sensibilidad.

Extractamos algunos propósitos:

"No he de inquietarme, si noto su ausencia. Dios las quiere en otro sitio, alabado sea. Al pensar que un día habré de separarme de ellas, no entristecerme... No turbarme, no resentirme cuando hablen con las demás, cuando las distingan, ya que todas son más dignas que yo de estas atenciones...Procuraré no buscar el consuelo sensible en su trato y muy especialmente en el trato espiritual... Cuando me corrijan, cuando me regañen, no he de abatirme ni entristecerme..." ⁴⁸.

Creemos que las frases que acabamos de citar revelan todo un estado psicológico. Se hallaba fuertemente aficionada a sus superiores. Por ello sentía sus ausencias, experimentaba consuelo sensible hablando de Dios con ellas y hasta la pinchaban levemente los celos cuando veía que sus superiores distinguían a otras. Por aquellos días estaba relacionada con dos madres: la maestra M. Mercedes Latre, a la que estaba muy aficionada, y la superiora de la casa, M Cruz Infante que era la encargada de dirigirlas en las labores y por ello iba a la sección del noviciado.

Que experimentara consuelo sensible en su trato con las superiores lo confirma un hecho concreto. Uno de los pocos días de gozo y paz de que disfrutó en este periodo de pruebas fue precisamente el 18 de octubre de 1943 y el motivo fue una entrevista que tuvo:

"El día 18 en que hablé con la madre fueron extraordinarias las gracias que recibí y la luz que a través de sus palabras fue alambrando mi alma. ¡Cuántas cosas comprendí! ¡Que Dios le pague el bien que me hizo" ⁴⁹

Probablemente ni la superiora ni la maestra se dieron cuenta del influjo tan profundo que sus palabras y hechos estaban teniendo en la joven

novicia. Las heridillas y celos vuelven a aparecer páginas más adelante en otro propósito hecho en estos mismos ejercicios.

"No he de sentirme de que las demás hermanas sean antepuestas a mí o sean objeto de alguna atención que yo no recibo, ya que las he de considerar en todo superiores a mí"⁵⁰.

Todo esto revela una sensibilidad bastante aguda.

Es probable que alguien se extrañe de todo esto. ¿Como es posible que alguien que al parecer se estaba adentrando tanto por los caminos del espíritu, reaccionara todavía con tanta agudeza a la presencia y ausencia, a las palabras y silencios de otras pobres criaturas? Para entenderlo mejor, no conviene olvidar nunca que la gracia se encarna en la naturaleza y que lo que hubiera sido extraña niñería en un varón adulto, puede ser cosa normal en la sensibilidad de una muchacha de quince años. La gracia no destruye ni las diferencias sexuales ni las de la edad. Madre Teresita era precisamente una adolescente de quince años, dotada de una sensibilidad muy fina, agudizada más aún por la muerte del padre y la separación de su madre y hermanos. Estrando en el convento, esa muchacha buscó instintivamente cobijo y calor humano en otras madres. Por otro lado, el modo común de representarse entonces la autoridad religiosa, con su insistencia en la maternidad de las superiores y en el hecho de que representan a Dios, daba una legitimidad doctrinal a esta búsqueda instintiva. Ella alude en esas mismas notas varias veces a esta imagen de la autoridad que recibía del ambiente: las superiores son representantes de Dios. Dios mismo las ha puesto y divinamente las inspira.⁵¹

No se vaya a creer sin embargo que se dejaba llevar de este impulso. Estamos describiendo simplemente unas tendencias y unas reacciones de la sensibilidad, que ella procuraba controlar. En esas mismas notas redactadas en los ejercicios de agosto de 1943, se mostraba muy por encima de esos primeros movimientos:

"Procuraré no buscar el consuelo sensible en su trato y muy especialmente en el trato espiritual. Cuando tenga alguna duda, alguna turbación, alguna pena, acudiré a ellas, pensando que Dios las iluminará para que me aconsejen... iré para ser fortalecida y comenzar con más bríos el camino de la virtud, pero he de entender bien, para ser fortalecida y no para ser consolada, eso nunca"⁵².

A pesar de su fina sensibilidad, quería ir a Dios por el camino bien firme de la fe y la renuncia. Poco después a principios de 1944 escribió:

"He de edificar el edificio de mi santificación sobre la roca firme de la fe, del amor, de la mortificación. No quiero levantar el edificio de mi santificación sobre la arena de los consuelos sensibles, los mimos y atenciones, mis gustos satisfechos que pasan como el humo"⁵³.

Animada por este espíritu sobrenatural, Hermana Teresita vio una gracia particular del Señor, en un hecho que le produjo cierta tristeza. Estaba para abrirse entonces el noviciado de Argentina y era normal que para empezar se necesitara una religiosa experimentada en las tareas de formación. La superiora general decidió que M. Mercedes Latre, la maestra de novicias de España, dejara su oficio aquí y marchara a Argentina. M. Mercedes dejó el noviciado el 12 de diciembre de 1943, confiando sus novicias a la que hasta entonces había sido superiora de la casa, M. Cruz Infante. Teresita vio así alejarse a la religiosa que había recibido sus confidencias durante esos nueve primeros meses de noviciado y que la había guiado en sus inicios de vida religiosa. Vio en ello una gracia de Dios:

"...por último me ha concedido en estos días, la gracia señaladísima de separarme de mi madre maestra. ¡La amaba tanto! pero veo en ello una delicadeza de Jesús, que exige de mí una pureza de corazón grandísima, que no quiere que ame a nadie más que a El. Me ha costado muchas lágrimas pero en medio de ellas no he interrumpido mi acción de gracias, veo en ello tan claramente la misericordia de Dios. ¡Bendito sea!"⁵⁴.

Había sido una purificación más en la serie nutrida de pruebas purificadoras que caracterizaron su noviciado.

El primer toque de alerta

Por entonces, en pleno noviciado, sintió los primeros amagos de la enfermedad que dos años más tarde había de llevarla a la gloria del Padre. La Madre Mercedes Latre nos informa en el proceso Informativo:

"Siendo novicia, me llamó para comunicarme que le dolía el vientre; estoy segura de que antes de exponer su dolor, lo pensó bien y que si lo dijo fue por ser un acto de conciencia; pensé que hacía mucho que le dolía y en seguida lo expuse a la madre superiora para que pusiera remedio"⁵⁵.

M. María Cruz Infante, superiora local, nos da algunos detalles más sobre estas molestias que comenzó a sentir la sierva de Dios en el noviciado y lo que se hizo para remediarlo.

"Al final del mismo comenzó, a quejarse de dolores de vientre a los que el médico del noviciado y casa de profesas, no dio importancia. Más, por si algo pudiera haber, aprovechamos esta oportunidad y la llevé a un médico cirujano de fama en Barcelona, el cual nos estimaba mucho. Después de visitarla detenidamente, de mirarla por rayos X, dijo que no le había encontrado nada y podía ser admitida a la profesión con toda tranquilidad. Esos dolores podían tener varias procedencias y, si arreciaban, habría que mirar si era apendicitis. En ese caso él la operaría. En mis informes para la profesión, yo había hecho constar los tales dolores"⁵⁶.

Las molestias que sufría, la visita al doctor, no distrajerón a nuestra novicia de la idea principal que dominaba su espíritu por todo ese periodo: se estaba preparando para darse a Dios totalmente con los votos y la fecha fijada para ello, se estaba acercando velozmente. El relevo de la madre maestra, vino a inaugurar el último trimestre del noviciado.

Ello la incitaba a prepararse mejor:

"He de aprovechar mucho el tiempo... escribía a fines de 1943- He de pensar que sólo me quedan tres meses para profesar y que he de prepararme con una pureza grandísima para unirme a Dios"⁵⁷.

Un mes después, en el retiro celebrado el 31 de enero de 1944, volvió a proponer:

"He de prepararme con mucho cuidado a ser esposa de Jesús, procurando en lo sucesivo a no cometer ni una sola falta voluntaria y trabajando para no negar nada a Jesús"⁵⁸.

El traslado del noviciado

Todo el tiempo de su postulanteo y casi todo el noviciado, hasta fines de marzo de 1944, lo había pasado Teresita en un chalet de la Bonanova, concretamente en la calle de San Juan Bautista de la Salle, n. 44.

Casi de improviso, sin embargo, las religiosas se encontraron con la desagradable sorpresa de tener que abandonar ese chalet de la Bonanova por necesitarlo sus dueños para sí. Se pusieron a buscar por toda Barcelona, sin hallar nada que estuviera al alcance de su bolsa, hasta que, por fin, dieron con un convento de capuchinas, sito en la calle Mayor de Sarriá 169.

Algunos de los lectores conocen la calle Mayor de Sarriá. Una calle que sube, larga y estrecha, ondulándose ligeramente, como si quisiera escapar inadvertida del tráfico apretado y de la polución que reina por su parte baja. El aire es aquí más sutil y puro y el ambiente más relajado. Sólo algún taxi o algún coche privado suben de vez en cuando hacia las colinas.

El número 169 se halla en su último trecho, ya casi al final. La casa, no muy ancha de fachada, se adentra bastante, pasa por un patio y acaba (acababa) en una huerta. Aquí no llegaba ni el eco del jadear de algún automóvil viejo. Se podía respirar mejor y ensanchar algo la vista. Pero el antiguo convento pedía a voces que lo acondicionaran.

Lo que había sido capilla estaba inservible. Iba a costar mucho limpiarla y aderezarla. Se decidió por lo mismo, dejarla para el final y mientras tanto destinarían a capilla la habitación más decente. De cocina, ni rastro. Las superiores habían decidido que se arreglara antes la parte superior, destinada a noviciado, para que las novicias pudieran trasladarse pronto. Mientras tanto, se organizó de tal manera la vida del noviciado que, sin menoscabo de la oración y de la conferencia de la maestra, fuera cada

día un grupo a ayudar en la limpieza del edificio. Una vez terminada esta, los días 27 y 28 de marzo de 1944 verificaron el traslado ⁵⁹.

Ya estaba pues en la casa donde habían de coronar su noviciado con los días de ejercicios prescritos por el Código de Derecho Canónico. Tres meses antes, Teresita y sus dos compañeras de noviciado se habían dirigido a la M. Pilar Gibert, pidiéndole la admisión a la primera profesión religiosa. Decía así la carta dirigida por Teresita:

"Viendo finalizar el año de noviciado, me dirijo con gran emoción a su Rvma. y su digno Consejo, para pedirles el ser admitida a la Profesión religiosa en nuestro amado Instituto.

Ante Dios, he pensado detenidamente qué deseo me mueve a ello y creo que en ninguna ilusión imaginativa tiene su origen, sino en el convencimiento de que ésta es la voluntad de Dios y en el deseo ardentísimo que tengo de ser su esposa para darle más gloria, como asimismo a nuestra amada Congregación, mediante el cumplimiento de mi deber.

Comprendo que no soy digna de aspirar a una gracia tan singular...⁶⁰.

Como era obligado, la maestra, M. Cruz Infante, hubo de remitir junto con la solicitud de la novicia su propio informe sobre ella. Desgraciadamente los informes se daban entonces en forma de respuesta sucinta a un cuestionario que versaba sobre unos puntos determinados. Esto quitaba espontaneidad y visión general a los informes. Las cuatro primeras preguntas versaban sobre la observancia y obediencia. La maestra respondía que Teresita era "muy observante", "mostraba amor a la Congregación", era "respetuosa con las superiores y agradecía cuanto se le ordena"; recibía "muy bien los avisos", "fácilmente pide perdón". Seguían preguntas sobre la adaptación a la vida de grupo a las que la maestra respondía positivamente- "Todas las estiman", escribía para expresar la actitud de las demás hacia nuestra novicia. Por fin, la consideraba "muy piadosa, muy recatada, espiritual en sus conversaciones". Único reparo "no es muy ligera en sus trabajos, pero procura activarse y lo hace con gusto". El informe llevaba fecha del 1 de enero de 1944.

De ejercicios

Teresita se dio de lleno a la tarea de dar los últimos toques a su preparación. Bien entendía, como ella misma escribe, que iba a "abrazar un estado" de vida evangélica en la iglesia y por ello consagrarse públicamente al seguimiento de Cristo. Pero para ella la profesión iba a ser sobre todo un momento decisivo en su progresiva identificación con Cristo. Le daba un significado casi mítico: "unirme con Dios"⁶¹, "ser esposa de Jesucristo"⁶². La donación no se iba a producir sólo o ante todo en el plano canónico. Teresita la presenta como un hecho espiritual. Exaltada por la previsión de esta dicha próxima, entró en ejercicios.

Como era natural, la idea de la profesión ya cercana, dominó todo el

curso de los ejercicios. Los apuntes tomados en estos días se abren precisamente con un grito de felicidad.

"voy a ser esposa de Jesucristo, de mi Salvador, de mi Señor y mi Rey, de mi Dios"⁶³.

Tal vez por ese mismo motivo esta vez no fue anotando los temas de las meditaciones que, como era entonces obligado, debieron ser los ignacianos con mayor detenimiento en los de la primera semana. La hermana Teresita fue en cambio siguiendo en sus apuntes los temas específicos de la vida religiosa, sacados sin duda de las dos lecturas diarias. Comenzó con los tres votos - pobreza, castidad, obediencia-, y siguió con las mortificaciones propias de la vida religiosa, el silencio, el espíritu de fe, caridad, humildad y oración. Fiel a la experiencia y doctrina espiritual del Fundador, san Antonio María Claret, las lecturas tuvieron, a juzgar por los apuntes, una dirección marcadamente cristocéntrica: pobreza de Jesús en los superiores, Jesús en las hermanas, procurar que Jesús sea amado...

Según su costumbre fue entretejiendo las notas sobre las ideas que más le impresionaban con una larga serie de propósitos que tocan los más variados aspectos de la vida religiosa y disciplinar. En notas sueltas, tomadas aparte deja ver cuales eran las ideas dominantes, que espontáneamente le venían al espíritu durante esos días. El punto de enfoque es siempre Jesús:

"Cuidaré de no hacer ruido en hora de silencio, especialmente en silencio mayor. Jesús descansa en los corazones de mis hermanas...

Procuraré llevar la vista muy recogida y siempre fija en Jesús- Quien muchas imágenes tiene y sólo una es necesaria: la de Jesús...

Cuidarlas -las cosas de su uso - con todo esmero, ya que son bienes de Jesús"⁶⁴.

Una idea lo domina todo: la de la totalidad del amor que debe a Dios. A propósito de cada cosa pensar:

"¿Me hará amar más a Dios?"⁶⁵.

"No pensar en lo pasado si no me hace amar más a Jesús"⁶⁶.

Efectivamente, sólo contaba para ella una cosa: amar a Jesús:

"Sólo una cosa me interesa, amar a mi Jesús, salvar almas para mi Jesús, hacer sonreír a mi Jesús. no ofender a mí Jesús, lo demás ¿qué más me da?"⁶⁷.

Los ejercicios se acabaron con una última meditación y plática el día 9 de abril por la mañana. El resto del día lo dedicaron, novicias y junioras a la preparación afanosa de la capilla, a la limpieza y aderezamiento de la casa para la gran ceremonia.

Todavía el día de la profesión, 10 de abril, por la mañana, antes de la ceremonia tuvo un rato libre que dedicó a anotar sus sentimientos:

"Voy a consagrarme a Dios, mediante la profesión religiosa. Voy a consagrarle mi cuerpo con todos sus sentidos; Mi alma con toda su potencia, mi corazón con todos sus afectos, y una cosa consagrada a Dios es sagrada, no puede emplearse nada más que en el divino servicio y todo otro uso sería profanación, sería sacrilegio. Luego si mis ojos son de Dios, yo no puedo emplearlos más que en mirar aquello que me lleve a Dios- Mis oídos son de Dios, no puedo desear oír nada que no me haga amar más Dios, Mi lengua es de Dios, yo no puedo emplearla más que para alabar y dar gloria a Dios. Mi cuerpo todo es de Dios yo no puedo permitir que nadie (no se entiende la palabra que sigue) ni yo puedo tocar a nadie, yo no puedo usarlo más que en servicio de Dios y no en mi propio gusto y regalo.

Mi memoria es de Dios yo no puedo emplearla más que en recordar los beneficios de Dios y mis obligaciones para con El. Mi entendimiento es de Dios yo no puedo emplearlo más que en pensar la forma y manera de amar más a Dios y de salvarle mas almas.

Mi voluntad es de Dios yo no puedo desear ni querer nada más que lo que quiere y desea mi Dios, expresado por mis santas constituciones y la voluntad de mis superiores.

Mi corazón es de Dios yo no puedo amar más que a Dios en El y para El.

Sólo tú, mi Jesús, sé mi Dios y mi todo" ⁶⁸.

La recuerdan sus connovicias

Páginas atrás dimos comienzo a este capítulo transcribiendo algunas imágenes repetidas que de la sierva de Dios nos han trazado superiores y compañeras. Luego nos hemos adentrado por su interior, estudiando su espíritu tal como lo ha quedado reflejado en sus mismos escritos. Algunas de sus conocidas nos han dejado unas páginas de recuerdos que por su carácter inmediato y su frescura merecen la pena de ser copiados aquí por extenso. A través de ellos emerge la figura pequeña y simpática de la sierva de Dios tal como la vieron las que convivieron con ella en el noviciado.

Humildad. Tenía bajo concepto de si. Se creía pecadora, como en breves frases y alguna vez le oí; cosa que nunca pude creer por su corta edad y lo que de su vida, no sin enfado de la Madre Teresita, nos contaba Madre Victoria.

Diríase que le agradaba ser corregida, aun por sus iguales, pues en la clase del noviciado no sólo no rechazaba, sino que buscaba muchas veces las advertencias que sobre estudios hubiera que hacerla.

Creo que era una florecita escondida, no hablando nunca de sí misma. Como detalle, sea este: no obstante nuestro trato diario en el noviciado, clases etc. no me había enterado nunca que ardía en deseos de ir a Cuba como luego tuve ocasión de saber por las superiores.

Con ser tan hermosa esta virtud en ella, las dos que más resaltaban sobre sus actos son: la caridad y mortificación.

Caridad grande manifestada en su continua y servicial ayuda a las hermanas, hecha con grande constancia y en momentos en que se adivinaba apurada por esas mil pequeñas cosillas que Jesús sabe pedir cada día a las almas fieles. Caridad disculpando defectos y sacando virtudes de las hermanas ausentes.

Mortificación y vencimiento propio muy grande se le descubrían. Mortificación en los trabajos corporales. Como V. R. y demás madres saben, siempre estaba dispuesta para todo, siempre la primera, animando si en hora de recreo; no mirando al cansancio.

Todo esto resalta más a mis ojos cuando comprendo por su enfermedad y muerte que ya estaba delicada.

Modestia y silencio. Madre Teresita desde su entrada en el noviciado, edificaba grandemente a todas. Reunía en su persona simpática y atractiva la inocencia y el candor de una niña y la seriedad y compostura de un alma totalmente entregada a la gracia.

Recuerdo haber sido estimulada muchas veces por la pequeña hermana postulante, entonces María del Carmen Albarracín, que, fuera de las recreaciones, guardaba continuamente una perfecta modestia, y un silencio exacto; sus ojos siempre bajos, sus palabras siempre suaves y necesarias.

Caridad y dulzura. Al pedirle cualquier favor, respondía siempre con su sonrisa angelical y ponía manos a la obra para ayudar o prestarse a lo que se solicitaba. Y si no estaba en su mano el complacer lo negaba con gran bondad. En verdad, era suave y delicioso vivir cerca de Madre María Teresita.

Espíritu de sacrificio y ejemplaridad. Era ya novicia mayor y acaso recién profesa Madre Teresita, cuando ingresó en el noviciado su hermana María Luisa Albarracín que luego tomará el nombre de María Victoria.

Hermana María Victoria era alegre, simpática, espontánea, en su hogar, siendo varios años mayor que Madre Teresita, le había hecho de madrecita en ayuda de su buena madre, según varias veces contara con su gracejo especial. Pues bien, era de ver el espíritu de sacrificio junto a la graciosa mezcla de caridad y seriedad con que Madre Teresita, tan joven, despachaba a su hermana, que, cosa muy natural, la buscaba alegremente en los recreos. En tales ocasiones se oía imponerse a Madre Teresita, conteniendo la risa ante las bromas "dimes y diretes" de Hermana María Victoria si bien lo hacía siempre con su proverbial dulzura. "Hermana, hermana... vaya, vaya a su sitio y bajando la voz, añadía: tenemos que dar ejemplo".

Tal era la contestación que en esto lograba Madre Teresita, que hubo novicia, de ingreso posterior al de ambas hermanas Albarracín, que aseguraba haber pasado varios meses sin enterarse de que eran hermanas carnales ⁶⁹.

NOTAS

- ¹ María Luisa Albarracín, Recuerdos de María Teresita Albarracín, página 4.
- ² PIB, ses. 28, fol. 113.
- ³ Informes Testigos I, 16, p. 2.
- ⁴ Informes Testigos I, 5.
- ⁵ M. Covadonga Suárez, Informes Testigos I, 26, 1.
- ⁶ María Luisa Albarracín, Recuerdos de María Teresita Albarracín, página 3.
- ⁷ PIB, ses. 19, fol. 116.
- ⁸ Informes Testigos I, 5, p 1.
- ⁹ PIB, M. Teresa García, ses. 3, fol. 30, ad. 9; M. Asunción Martín, ses. 5, fol. 39.
- ¹⁰ María Luisa Albarracín, Recuerdos de M. Teresita Albarracín, p. 3; Sagrario García Informes Testigos I, 17, p. 1; Gloria Zúñiga, Informes Testigos I, 18, p. 1; Luisa Jordán, Informes Testigos I, 22.
- ¹¹ Apuntes ejercicios, 31 marzo - 10 abril 1944, p. 66.
- ¹² Arch. Gral. RMI., SA. 3.5 (3).
- ¹³ Apuntes ejercicios, 31 marzo - 10 abril 1942, p. 71.
- ¹⁴ Informes Testigos I, 3, p. 1.
- ¹⁵ A María Luisa Albarracín, 20 diciembre 1942, p. 2.
- ¹⁶ A María Luisa Albarracín, febrero 1943.
- ¹⁷ A María Luisa Albarracín, 22 noviembre 1942, p. 2.
- ¹⁸ M. Amparo Ferré, Informes Testigos I, pp. 2-3.
- ¹⁹ En carta a M. Ángeles de Santiago, 14 mayo 1946.
- ²⁰ María Luisa Albarracín, Recuerdos de María Teresita Albarracín, página 3.
- ²¹ Informes Testigos, Arch. Gral. RMI., SA. 4.45 (6), p. 3.
- ²² En carta a M. Ángeles de Santiago 14 mayo 1946.
- ²³ Informes Testigos I, 6, p. 1.
- ²⁴ Nota del 31 enero 1944, pp. 57 - 58.
- ²⁵ Ibid., p. 58.
- ²⁶ María Luisa Albarracín, Recuerdos de María Teresita Albarracín, página 3.
- ²⁷ Nota 31 enero 1944, p. 58.
- ²⁸ Ibid.
- ²⁹ Apuntes Ejercicios agosto 1943, pp. 27 - 44.
- ³⁰ Informes Testigos, Arch. Gral. RMI., SA. 4.59 (2), p. 2.
- ³¹ Nota del 28 marzo 1943, pp. 24-25.
- ³² Nota del 27 mayo 1943, pp. 26-27.
- ³³ Ibid., p. 27.
- ³⁴ Nota del 25 julio 1943, pp. 28-30.
- ³⁵ Apuntes ejercicios 16-25 agosto 1943, p. 33.
- ³⁶ Ibid., p. 34.

- 37 Ibid., p. 35.
- 38 Ibid., p. 36.
- 39 Nota del domingo 26 setiembre 1943, p. 45.
- 40 Ibid.
- 41 Nota del domingo 26 setiembre 1943, pp. 45-46.
- 42 Nota del 1 noviembre 1943, p. 47.
- 43 Ibid.
- 44 Ibid., p. 49.
- 45 Nota del 28 noviembre 1943, pp. 51-52.
- 46 Nota del 31 diciembre 1943, *ibid.*, p. 53.
- 47 Nota 1 noviembre 1943, pp. 28-31.
- 48 Ejercicios agosto 1943, pp. 28-31.
- 49 Nota 1 noviembre 1943, p. 47.
- 50 Ejercicios agosto 1943, p. 41.
- 51 Cf. *Ibid.*, p. 31.
- 52 Apuntes ejercicios agosto 1943, p. 30.
- 53 Arch. Gral. RMI., SA. 3.5 (3), p. 2.
- 54 Nota del 31 diciembre 1943, p. 54.
- 55 PIB, ses. 18, fol. 113.
- 56 "Mis recuerdos sobre M. Teresita Albarracín", pp. 9-10.
- 57 Nota del 31 diciembre 1944, p. 56.
- 58 Nota del 31 enero 1944, p. 56.
- 59 Cf. M. Cruz Infante, " Mis recuerdos sobre M. Teresita Albarracín, página 7.
- 60 Carta a la Madre General 12 diciembre 1943.
- 61 Nota 31 diciembre 1943, p. 56.
- 62 Apuntes ejercicios, 31 marzo 1944, p. 60.
- 63 *Ibid.*
- 64 Nota 7 abril 1944, pp. 3-4.
- 65 *Ibid.*, p. 4.
- 66 *Ibid.*, p. 5.
- 67 *Ibid.*, p. 4.
- 68 Nota del 10 abril 1944, pp. 6-7.
- 69 Cf. *Sonreí siempre*, pp. 123-128.

VI

Misionera claretiana

Profesión

El 10 de abril de 1944. Lunes de Pascua, María Teresita se consagraba al servicio divino en la Congregación Claretiana. La hicieron con ella tres hermanas más.

El hecho tuvo lugar por la mañana. Desde el piso alto se podía divisar Barcelona, acariciada por las primeras brisas primaverales. En muchas casas, no pocos barceloneses se preparaban para salir a las afueras a celebrar el segundo día de Pascua con una comida. Allá en el fondo del cuadro vibraba con destellos de Sorolla el Mediterráneo azulado. No sabemos si Teresita lanzó aquella mañana una mirada al bello espectáculo de la ciudad que estaba despertando el bullicio festivo. Toda la fiesta y la alegría de la primavera la llevaba Teresita en su interior,

Cuando las ocho jóvenes entraron, la capilla estaba ya llena: las madres del gobierno general, alguna profesora de otra casa, algún familiar, junioras, novicias y postulantes se apretaban como podían hacia la puerta. Presidió la Eucaristía el P. José María Rodríguez, claretiano.

La profesión de las cuatro novicias tuvo lugar, según se usaba entonces, momentos antes de la comunión. El sacerdote se puso algo de lado para dejar a las religiosas directamente enfrentadas con el Señor, presente en el Sacramento. Cuando llegó su turno Hermana Teresita leyó emocionada pero firme, la fórmula de los votos.

"Todopoderoso y sempiterno Dios. Yo María Teresita de Santiago el Menor, aunque indignísima de parecer ante Vuestra Divina Majestad, confiada no obstante en vuestra infinita misericordia y movida del deseo de serviros, en presencia de la Santísima Virgen, sin mancha concebida, de toda la corte celestial y de todos los circunstantes hago a vuestra Divina Majestad y en manos de Vos Reverendísima Madre Superiora General, promesa y voto por una año de pobreza, castidad y obediencia, practicándolo todo conforme a las Constituciones de este Instituto.

Dignaos, Dios mío, aceptar este holocausto y dadme gracia para cumplirlo. Amén".

Momentos después, recibía el Sacramento de la Eucaristía y se sumía en lo íntimo de su espíritu para manifestar su agradecimiento al Señor por haberla llamado, a pedirle que le otorgara la gracia de la fidelidad.

Consagrada a Dios

La profesión religiosa marcó una nueva dirección en la espiritualidad de Madre Teresita. Desde entonces vivió su vida religiosa con un acentuado cariz de consagración a Dios. Las lecturas de los ejercicios y conferencias de la madre maestra, habían coincidido en inculcarle la idea de que la profesión religiosa era verdadera consagración. Más bien que un compromiso con el cual un cristiano orienta definitivamente toda su vida hacia Dios sólo - ése parece ser el sentido primero del voto -, ella lo entendió y vivió en el sentido litúrgico, tan querido a los padres griegos: ofrenda cultural de una persona. La misma fórmula de profesión, en uso por entonces, subrayaba la idea de la totalidad de la donación al llamado holocausto.

En un largo texto, compuesto el mismo día de la profesión, Teresita desarrollaba ese tema de la totalidad de su donación. Lo hemos citado ya por entero. Recordemos sólo algunas expresiones.

"Voy a consagrarme a Dios, mediante la profesión religiosa. Voy a consagrarle mi cuerpo... mi alma... mi corazón... y una cosa consagrada a Dios es sagrada, no puede emplearse más que en el divino servicio y todo otro uso sería profanarla, sería un sacrilegio" ¹. "El sacrificio destruye la víctima" ²

había escrito ese mismo día o la víspera.

De esa idea de consagración objetiva del ser propio recibía Teresita un nuevo impulso para vivir, dinámicamente, sólo para Dios:

"Mi corazón es de Dios, ya no puedo amar más que a Dios, en El, por El y para El ³. Ya soy toda de Dios..."

escribió en una poesía:

Por ello mismo sentía una gran devoción hacia los votos que había emitido. Eran ellos los que la habían consagrado a su Amor.

"Amo mis votos y pido y quiero cumplirlos hasta la muerte, porque siendo pobre me desprenderé de las cosas de la tierra, siendo casta y pura me asemejaré a Jesús y a María y siendo obediente, me elevo hasta el mismo Dios" ⁴.

El 23 de enero de 1945, al salir su hermana María Luisa del noviciado, María Teresita le dio por escrito una serie de consejos. El primero se refería precisamente a la profesión religiosa. Citamos este, porque es claro que en él la autora refleja lo que ella misma vivía.

"Piense todos los días que es Esposa de Jesucristo, renueve fervorosamente las promesas que el día de su profesión le hizo, especialmente, cuando se vea abandonada de las criaturas, recuerde que

hizo sus votos a Dios y no a los hombres, y sólo cuando Dios le falte - que no será nunca - le podrá faltar V. C. a El" ⁵.

Espiritualidad esponsal

Más aun todavía, que por la idea de consagración, la experiencia religiosa de Madre Teresita, a partir de su profesión, parece haber sido influida por la de la relación esponsal con Cristo, que habían creado los votos religiosos. Es sabido cómo la profesión religiosa femenina, especialmente hasta hace unos decenios se solía interpretar en términos de relación matrimonial con el Señor. Hay en ello una intuición profunda, que San Pablo había captado ya al dirimir el celibato y la virginidad paralelamente al matrimonio, como una relación de amor con el Señor de la gloria y como una dedicación total a sus cosas. En la vida religiosa femenina, esta dedicación se revestía de sentimientos más propiamente esponsales. El hecho aparece ya con gran relieve en la literatura patristica sobre la virginidad.

Madre Teresita asimiló profundamente esta manera de entender la donación del religioso. Pocos días antes de emitir los votos, escribía, estremecida ante la idea de su próxima unión esponsal con Cristo.:

"Voy a ser esposa de Jesucristo, de mi Salvador, de mi Señor y mi Rey, de mi Dios. Voy a ser reina, voy a ser en cierta modo igual a Dios ya que voy a ser su esposa." ⁶

Dejemos a un lado la hipérbole final, género muy común en los panegíricos que todavía entonces se usaban para cantar las glorias del sacerdocio o de la vida religiosa y quedémonos con el hecho de que Teresita aparece toda impresionada por el cambio que la profesión iba a establecer en sus relaciones con Cristo, convirtiéndola en una unión nupcial. De hecho, ese cambio se produjo. En sus apuntes espirituales a partir de esta fecha, Cristo aparece a menudo invocado o recordado como Esposo. En el retiro mensual del 20 de mayo de 1944, a poco más de un mes de la profesión escribía:

"Jesús mío, acuérdate que eres mi Esposo y que tienes la obligación de ayudarme en todo, enséñame a ser buena y a amar y vivir sólo para tí y tu gloria" ⁷.

En los Ejercicios espirituales que hizo de nuevo con la comunidad, en agosto siguiente, sumida en pruebas extraordinarias, hallaba en su relación esponsal con Cristo, un motivo sólido de confianza:

"Confío en Ti, me fío de Ti, porque eres "mi Jesús", porque eres "mi Esposo" ⁸.

"Pienso demasiado en mis imperfecciones, mi impotencia, etc., y muy poco en la misericordia de ese Dios que es mi Esposo, mi Padre... mi todo" ⁹.

Unida a su Señor esponsalmente vivió cada vez más centrada en El. Su experiencia religiosa adquiere, si cabe, una dirección aún más cristocéntrica. Todo su afán lo pone en "agradar más a Jesús" ¹⁰. De ahí que se propusiera preguntarse en todos sus actos: "¿Esto agrada a Jesús?" ¹¹. El 23 de agosto, después de haber pasado varios días de Ejercicios en sequedad total experimentaba una repentina invasión de la gracia y ésta la atraía de nuevo a sus Salvador.

"...hasta hoy, día 23 apenas sentía nada, en las meditaciones, me distraía, sentía una sequedad grande y no podía formar ningún propósito, a pesar de esto no cesaba de pedir a Jesús y María me supiese aprovechar de ellos, como igualmente todas mis hermanas. Y hoy por fin he sentido un deseo grande de ser toda de Jesús, que no me conocía. ¡Bendito sea Dios, que tanta misericordia tiene conmigo...!" ¹².

A raíz de la profesión había compuesto un "retrato de Jesús y de Teresita" que supone a la vez una actitud contemplativa y un gran esfuerzo ascético por asemejarse a su Señor:

"Retrato de Jesús y de Teresita.

Jesús humillado, abofeteado, ¿y yo quiero ser alabada, y bien tratada?

Jesús olvidado, despreciado, ¿y yo quiero ser amada, que se piense bien de mí, que me estimen?

Jesús maltratado, ensangrentado, crucificado, ¿y yo rehúso cualquier pequeña mortificación?

Jesús desnudo, hambriento, sediento ¿ y yo quiero ir bien vestida, tener buena comida y que nada me falte?

Jesús sufre, ¿y yo quiero gozar, ser consolada?

¿Dónde está mi parecido con Jesús?

¿Dónde está mi amor?

¿Y me atrevo a llamarme su esposa sin llenarme de confusión y dolor al ver cuán distintos somos Jesús y yo?"¹³.

Habiendo constatado las diferencias profundas que la separaban de su Esposo, Teresita volvía, como de costumbre los ojos hacia su Madre celeste, para solicitar su ayuda:

"Madre mía, Tú que ves y conoces la miseria de este pobre corazón mío, y sabes cuánto hago sufrir a tu Hijo y mi Esposo, Jesús, ten piedad de mi alma, sé Madre conmigo y hazme según los deseos del Corazón de Jesús" ¹⁴.

La unión esponsal establecida por la profesión religiosa, había pues de terminar en una completa asimilación a Jesús, en una identificación con El.

Sigue la purificación

La donación esponsal que de sí misma había hecho a Cristo trajo a M. Teresita, como un regalo del Esposo, un breve periodo de paz. El 20 de mayo de 1944, a los cuarenta días de haber emitido los votos, escribe:

"Por la misericordia de Dios, desde que he profesado la paz reina en mi corazón y una alegría grande inunda todo mi ser al recordar la consagración que de mí misma le he hecho a Dios Nuestro Señor. No por esto he dejado de sentir sequedades, distracciones, fastidio y tristeza, pero en todos estos momentos Jesús y María me han sostenido de tal manera que hasta he podido sonreír, cuando las lágrimas me saltaban a los ojos. ¡Benditos sean!" ¹⁵.

No es pues que volviera a sentir consuelos en la oración. Su vida interior continuaba a estar dominada por esa persistente sequía del espíritu, que ya hemos podido estudiar. Unos párrafos más arriba hemos visto como los ejercicios que volvió a hacer, esta vez con la comunidad, del 17 al 27 de agosto, una gran sequedad, distracciones seguían siendo la nota característica de su oración. Sólo el 23 de agosto, mediada ya la tanda, sintió un repentino y fuerte movimiento del corazón hacia Jesús. El 24 de setiembre, fiesta de Nuestra Señora de la Merced, patrona de Barcelona, anotaba que durante el mes no había perdido apenas la paz de espíritu, aunque había tenido que sostener luchas que a veces la habían hecho llorar¹⁶.

El 28 de octubre, escribió en cambio:

"Este mes he sentido muchas turbaciones, muchas pasiones malas se han levantado en mi corazón que no me atrevo a escribir; todo mi ser se ha revelado ante la voluntad de Dios, expresada en la obediencia he sentido dudas, escrúpulos y muchas cosas más..." ¹⁷.

El 8 de diciembre anotaba:

"Este mes me he dejado llevar demasiado de la tristeza y del abatimiento, aun exteriormente, y me he sentido muy inquieta y turbada interiormente, todo, efecto de mi mucho amor propio y mi poco amor a Dios, pues pienso demasiado en mis imperfecciones, mi impotencia, etc., y muy poco en la misericordia de ese Dios que es mi Esposo, mi Padre,... mi todo" ¹⁸.

Del 9 al 19 de enero de 1945 pasó algunos días fuera del noviciado. Durante ellos tuvo que "sostener una lucha vivísima contra los sentimientos" ¹⁹ de su corazón. El 25 de febrero volvía a hablar de "muchas distracciones y una sequedad de espíritu casi continuas, que a veces me hace sentir hasta repugnancias en las cosas de Dios" ²⁰. En mayo continuaban las luchas, puesto que proponía: " No demostrar exteriormente las luchas que padezco interiormente" ²¹. El 15 de agosto aludía a "agudos dolores y tentaciones" que la molestaban ²².

Podemos concluir que la vida espiritual de M. Teresita atravesó en todo este tiempo, cercana ya su muerte, un periodo de duras pruebas interiores. Recojamos y analicemos los datos que han ido apareciendo hasta aquí, y espiguemos otros que hemos ido dejando de lado, para darnos cuenta más exacta de la naturaleza de estas pruebas. La hemos oído hablar con frecuencia de sequedad ²³, grande ²⁴, casi continua ²⁵, acompañada de distracciones ²⁶ y por la imposibilidad de formular ningún propósito ²⁷. Con todo esto estaríamos en una simple purificación del sentido, ya bastante adelantada, y ocasionada por el hecho de estar la sierva de Dios embestida cada vez con más fuerza por la luz cegadora de la contemplación infusa. Porque, por otro lado, no hay ni siquiera lugar para sospechar que tal sequedad fuera efecto de tibieza. Da pruebas tan claras y continuas de adhesión a la voluntad de Dios, buscándolo a pesar de todo que no es posible dudar del fervor de su espíritu. En ciertos periodos la sequedad, tristeza y otras turbaciones parecían tocar sólo los niveles más exteriores de su alma puesto que en lo profundo de su espíritu reinaba una gran paz ²⁸.

"...en el fondo de mi alma reina una paz muy grande y sólo deseo amar a Dios con todo el corazón, aunque no le sienta y cueste lo que cueste".

escribía el 25 de 1945²⁹. Pero otras veces aparece turbada más profundamente. Sentía fastidio ³⁰ y repugnancia en las cosas de Dios ³¹. La molestaban "muchas turbaciones, muchas pasiones malas³², tentaciones ³³. ¿De qué tipo eran estas tentaciones? Al parecer algunas eran contra la castidad: "no me atrevo a escribir", anota en octubre de 1944³⁴, pero ese mismo día alude a tentaciones contra la obediencia³⁵, a dudas y escrúpulos. La que fue primero su superiora y luego su maestra de noviciado y juniorado nos informa que fue sometida a tentaciones contra la fe "supe sus luchas por la fe y yo juzgué a veces era precisamente por su copia de Santa Teresita"³⁶. Su hermana María Luisa es aún más explícita. Según ella "fuertes tentaciones contra la fe" siguieron turbando a la sierva de Dios hasta su muerte³⁷, tanto que a veces no se atrevía a recibir a Jesús, temiendo haberlo ofendido ³⁸. Es pues muy posible que esas "dudas y escrúpulos" a que se refería en octubre de 1944, fueran tentaciones contra la fe y consiguiente temor de haber sucumbido a ellas. Su gran insistencia en la confianza parece reflejar tentaciones contra la esperanza.

Un aspecto igualmente relevante de ese periodo de sufrimiento es la conciencia vivísima que tenía de su propia fragilidad. Las notas escritas con motivo de los ejercicios y retiros insisten en la propia miseria³⁹, caídas⁴⁰, imperfecciones e impotencias⁴¹, infidelidad e imperfecciones⁴², poca generosidad⁴³. En mayo de 1945 debió ser inundada por una luz particular que le mostró hasta lo profundo de las raíces de sus imperfecciones, porque en el retiro del 27 de ese mes, escribía un canto de alabanza a Dios por haberle mostrado "el peligro que corría de caer en el más profundo de los precipicios" ⁴⁴.

"Este tiempo no vivía en el convento como religiosa, como hija de la casa, sino como una extraña. Perdí completamente la confianza en mis superiores, adoptando para con ellos una actitud soberbia y despreciativa. Tengo cuidado excesivo de mi cuerpo y de las pequeñas molestias que en él padezco. Deseo que todas me cuiden y se preocupen de mí, como si fuera una "señorita del mundo" y no Esposa de Jesucristo. Huía de las humillaciones..."⁴⁵.

Quien no sepa que estaba ya destrozándole los intestinos la enfermedad que la iba a llevar a la muerte pocos meses más tarde, sin que ella por entonces dejara de faltar a sus clases y actos de comunidad, quien no haya leído los testimonios de sus superiores y hermanas sobre su obediencia podría llamarse a engaño. Quien esté al corriente de todo esto, no puede menos que ver en esta lucidez extraordinaria con que las mismas raíces de las imperfecciones se mostraban a su conciencia, un aspecto de la noche purificadora que estaba atravesando su espíritu. Porque de eso se trataba: de una noche purificadora que purgaba a la vez sus sentidos y sobre todo su mismo espíritu. M. Teresita estaba siendo sometida a la gran purificación preparatoria a la unión transformante. Solo que esta prueba iba a acabar con su muerte. Habiéndose ofrecido a Dios como víctima de amor, y queriendo El llevarla a la perfección en pocos años, esta dura noche del espíritu iba a terminar sólo con las bodas que con el Cordero iba a celebrar en la visión beatífica.

La cruz de la obediencia

Es en este contexto de la noche purificadora en el que cobran sentido algunas dificultades interiores que, al parecer, experimentó la sierva de Dios en sus relaciones con sus superiores. Acabamos de oírle confesar el 27 de mayo de 1945 que había perdido "completamente la confianza en sus superiores, adoptando para con ellas una actitud soberbia y despreciativa"⁴⁶. En realidad, cierta dificultad en su trato con las superiores parece haberla comenzado a experimentar, hacía más de un año, hacia fines del noviciado.

En los ejercicios preparatorios a la primera profesión, había escrito:

"Cunado necesite pedir algún permiso o decir algo a la Madre, lo haré y venceré este trabajo tan grande que me cuesta; más le costaría a Jesús beber el cáliz de la pasión" ⁴⁷.

Experimentaba pues una gran dificultad a abrirse a la Madre. Única superiora inmediata por este tiempo era la M. Cruz Infante, superiora de la casa y maestra de novicias, además de consultora general. En efecto, la anterior maestra se había marchado del noviciado el 23 de diciembre de

1943 y hasta junio de 1944 no se hizo cargo de la dirección de la casa, la M. Ángeles Martínez, quien el 24 de noviembre siguiente sería nombrada

canónicamente superiora de la casa noviciado. En cambio el texto anterior del 27 de mayo de 1945 sobre la pérdida de confianza en las superiores y la actitud soberbia que, a su parecer tomaba ante ellas puede ya referirse a M. Cruz y a M. Ángeles. Con ambas tenía relaciones inmediatas.

El mismo día de los ejercicios preparatorios a la primera profesión en que había hecho constar el gran trabajo que le costaba abrirse a sus superiores, proponía M. Teresita:

"Ser muy sencilla con mis superiores y mi director, para exponerles el estado de mi conciencia, mis enfermedades, cuando haya de pedir permiso, o me pregunten algo, etc. siempre sencilla y esto aunque encuentre en ellos sequedad y desprecio (o me parezca)

Ser muy obediente y muy rendida de juicio a todo cuanto me digan mis superiores o a mí me parezca que así lo desean..."⁴⁸.

En los ejercicios primeros que hizo después de la profesión, es decir, en el mes de agosto 1944, volvía a tocar el tema de la obediencia, proponiendo:

"En mi obediencia no consentir nunca en pensar el por qué del mandato, aunque sean niñerías. Que sea universal, es decir, se extienda a todas las cosas grandes o pequeñas"⁴⁹.

¿Hemos de deducir de estas palabras que la hermana juzgaba niñerías algunas de las órdenes que se le daban? No necesariamente. Adviértase por el lenguaje que usa, que está haciéndose eco o de una plática del director de estos ejercicios o de alguna lectura hecha estos días sobre el tema de la obediencia: ésta ha de ser universal, es decir extenderse no sólo a las cosas importantes sino incluso a lo que pudiera parecer detalle sin importancia e incluso niñería.

Lo que sí aparece con evidencia es que había habido un cambio algo profundo en las reacciones de la sensibilidad de la sierva de Dios ante la presencia y las palabras de sus superiores. Meses atrás, como hemos visto, buscaba la presencia de las mismas, le dolían sus ausencias, sentía ocasionalmente gozo y fuerza en sus palabras. Ahora le costaba abrirse a ellas y pedirles permiso, tenía la impresión de percibir una cierta sequedad y hasta desprecio en ellas -aunque ella misma da a entender que no había fundamento para ello-, creía haber perdido completamente la confianza en las mismas y hasta le parecía adoptar ante ellas soberbia y desprecio.

Precisemos ante todo que el cambio se produjo en el ámbito interior de la sensibilidad. En los informes de entonces y en los testimonios posteriores, M. Cruz se ha hecho tantas lenguas de la obediencia de su novicia y luego juniora, como se habría hecho la primera maestra. M. Mercedes Latre. Interrogada expresamente sobre esto, M. Cruz Infante ha confirmado últimamente:

"Sostengo mis anteriores informes y declaraciones siempre hechos tal y como yo veía las cosas delante de Dios"⁵⁰.

Preguntada si había notado ese "trabajo tan grande" que según la sierva de Dios le costaba, a partir de cierto tiempo abrirse a sus superiores, M. Cruz Infante ha respondido:

"Advertí sí, que le costaba, no advertí "el trabajo tan grande". Cada novicia tenía señalado un horario para hablarme de sus cosas, si le convenía. Ella venía cuando le tocaba, y, si bien en verdad que de momento estaba un poquito tímida, cuando entrábamos en materia, era natural, abierta y sencilla.

Los apuntes no me gustaba me los diesen, por respetar su intimidad. Prefería me diesen una notita con el asunto que de momento les interesara comunicarme. Ella varias veces lo hizo, aunque era más frecuente me leyera algún punto que venía bien con el asunto de que tratábamos y que ella traía preparado"⁵¹.

Se trataba pues de una simple reacción interior de la sensibilidad que la sierva de Dios logró vencer. Ni M. Mercedes Latre ni M. Cruz Infante la advirtieron, puesto que esa simple dificultad inicial al hablar de sus cosas íntimas, se explica sobradamente por su carácter reservado y debió sentirla siempre. ¿A qué se debió ese cambio que describe ella misma -gran trabajo a abrirse, movimientos primeros de altivez y rebeldía-?

Las exigencias de vida seria en lo sustancial, aunque con las alegrías propias de la juventud, no podían herir la sensibilidad de Hermana Teresita, que tan en serio se había tomado la vida religiosa. Por otro lado, ni M. Cruz ni su predecesora M. Mercedes corregían sin razón, ni la sierva de Dios dio motivo para alguna corrección algo más seria"⁵².

Puesto que en su informe del 1 de enero de 1044, para la primera profesión, M. Cruz observa "no es muy ligera en sus trabajos, pero procura activarse y lo hace con gusto"⁵³, es posible que más de un reproche le hiciera sobre esto. Por otro lado, viéndola tan jovencita, la maestra tenía buen cuidado de no mimarla.

Esto por lo que toca a las causas humanas. Porque el hecho hay que verlo desde otra perspectiva. Para nosotros, sin excluir el contexto natural, la raíz y el sentido de ese fenómeno de inhibición y de sentimientos de rebelión ante las superiores, que sintió en cierto periodo, hay que buscarlos en el contexto de su desarrollo espiritual. Son parte de una purificación pasiva. Hemos visto cómo, todavía adolescente, había buscado calor materno en sus superiores y se había aficionado tanto a su primera maestra que vio como una gracia el que Dios se la quitara. Hubo en ese afecto algo de apego humano. En la noche a que Dios la sometió durante el noviciado y el corto tiempo que vivió de profesa, hubo de ser purificada también de esa tendencia natural a buscar el cariño y la protección de seres humanos.

Sintió tentaciones de rebeldía, inexplicables de otra manera. Experimentaba gran dificultad a abrirse. Todo esto fue también gracia de Dios. Ella se

dedicó con constancia extraordinaria a vencer esas dificultades. Lo consiguió tan bien que nadie se percató de la lucha. Su amor salió de la prueba purificado.

Victima de amor

En realidad, el hecho de que prácticamente toda la vida interior de M.Teresita Albarracín transcurriera bajo el signo del dolor, no se explica sólo por el hecho de que Dios quisiera llevarla en breve tiempo a una alta perfección. Estos sufrimientos continuos y crecientes tienen un claro sentido victimal. Enamorada de la doctrina espiritual de su patrona santa Teresita de Lisieux, no había tomado de ella sólo el aspecto de infancia espiritual, había asimilado además los aspectos victímales de su espiritualidad. La muerte de su padre, con el vivo sentimiento que le causó, la había hecho muy sensible a la riqueza espiritual del dolor. En una súplica a Jesús, uno de los textos más antiguos que se conservan de ella, había escrito:

"Quiero amar la Cruz, porque en ella os amo a Vos; quiero amaros de tal manera que no busque en vuestro amor sus dulzoras y sus delicias, sino los sufrimientos y las asperezas, las sequedades y las amarguras y en ellos encontrar mis alegrías" ⁵⁴.

Tal vez pueda extrañar hoy a más de uno esta insistencia en el sufrimiento que aparece como algo que el cristiano ha de buscar expresamente. Es posible que ello se deba, en este caso, a un proceso psicológico, por el cual, habiéndose marchitado la alegría del mundo con la muerte de su padre, Teresita -entonces María del Carmen - buscaba en el mismo sufrimiento su propia realización. Es posible. Pero no hay que olvidar que ese buscar positivamente el dolor, y no sólo estar dispuesto a aceptarlo cuando la fe y el amor o las inevitables contrariedades de la vida nos traigan, ese colocar el dolor en el centro del cristiano, aparece con mucha frecuencia en la religión católica entre Trento y el Vaticano II.

María del Carmen Albarracín había dado sin embargo ya entonces con esa razón, para amar el sufrimiento: esto la asemejaba a Cristo y la unía con El. Escribía en mayo del 1942:

«No quiero alegrías pasajeras que no me hablan de Jesús; quiero sufrir, cuanto más sufro y mayores son mis penas, me siento íntimamente unida y más asemejada a mi celestial Esposo. ¡Oh divino sufrimiento que eres el lazo de unión entre el amado y la amada! ¡Oh, divino sufrimiento que a pasos de gigante me conduces al que ha tiempo me robó el corazón! ven, ven pronto y arroja con presteza tu tremendo haz de leña, en la inmensa hoguera del Amor que consume a mi alma. Ven, no retardes el momento. Así... ¡oh qué felicidad!

Y ahora déjame que demuestre mi agradecimiento con estas sencillas pero elocuentes palabras: "Bendito seas" »⁵⁵.

El mismo día había escrito una larga oración titulada "Abandono del Sagrado Corazón de Jesús" en el que el tema del amor y la misericordia de Cristo que no halla objetos en que derramarse, propio de santa Teresita, al fundirse con la devoción del Sagrado Corazón, cobra acentos de Parey-le-Monial. Sin embargo, es evidente que la espiritualidad de Lisieux predomina en este desahogo afectuoso. Como Santa Teresita, pedía entonces a Jesús que descansara y se ofrecía a "redimir un poquito" en su lugar derramando la propia sangre por sus hermanos⁵⁶. Tenemos pues ya aquí un ofrecimiento victimal. El 1 de junio siguiente, la ofrenda era explícita:

"quiero amarte siempre, amarte exageradamente, con locura, yo quiero ser una víctima de amor, pero, atiende, Jesús mío que soy muy pequeña..."⁵⁷.

Después de su entrada en el postulante parece haber comenzado a elaborar una nueva síntesis espiritual en la que el sufrimiento no parece jugar un papel tan predominante. Los problemas de la vida religiosa, el tema de su congregación, la dominan.

Todavía el 24 de enero de 1943, siendo aún postulante, hallamos sin embargo una referencia más al tema de la inmolación victimal, esta vez con imágenes inspiradas por Lisieux, y cierta retórica de bachiller:

"Siento cada vez con mayor intensidad unos deseos extraordinarios de amar, de aprender a inmolarme por Jesús, de ser el juguete de su amor; quiero ser la chiquitina que, postrada a los pies de Jesús, pase toda su vida deshojando florecitas de sus vencimientos y pequeños sacrificios, mientras con candor e inocencia infantil, desgrano dulcemente, dulcísimas melodías del más tierno y delicado amor, quiero ser otra Teresita"⁵⁸.

Sabemos que a los dos días pedía permiso a la Madre General para ofrecerse como víctima por una persona, que parecía correr el peligro de condenarse⁵⁹, pero la Madre se lo negó, recomendándole que en cambio estuviera preparada para aceptar lo que Dios le fuera enviando. Desde entonces no vuelve a aparecer ningún nuevo deseo de ofrecerse como víctima. Pero Dios que la había llamado a crecer rápidamente en su amor por el camino del dolor, la siguió llevando por ese camino, con pasos cada vez más rápidos. Y Teresita se sabía víctima de amor. Las ofrendas que había hecho cuando estaba aún en el siglo, habían sido aceptadas por el Padre. Por los días de su profesión copió en unas hojitas pequeñas una especie de catecismo sobre el significado y alcance de la "Ofrenda como víctima al Amor Misericordioso" según las directrices dadas por santa Teresita del Niño Jesús. Se trata de ofrecer el propio corazón al amor infinito de Dios para que El lo inunde dándole así satisfacción por los seres

humanos que rechazan el amor de Dios. El deseo de salvar almas, anota, es secundario y está inspirado por la idea del gozo que darán a Dios con su

salvación. Hay quienes se ofrecen como víctimas de la justicia divina; aquí se trata de ofrecerse a la misericordia de Dios. No consiste - nótese el cambio de perspectiva - en pedir ni buscar el sufrimiento sino la conformidad con la voluntad salvífica de Dios. El deseo de ser víctima de su amor basta.

Esta apertura de sí misma a la fuerza y la gracia del Amor supone en quien la quiere vivir una disposición de humildad confiada. Debe ofrecerse como un vaso vacío donde El vierte las olas del amor. Teresita ha destacado, con una línea vertical al margen, el párrafo en que se afirma que "no se trata de corregir antes los defectos. No. Es suficiente que abra por entero a la divina misericordia el abismo de su debilidad e indigencia"⁶⁰.

Al terminar de copiar esta larga serie de preguntas y respuestas, transcribió por entero la fórmula de Ofrenda de sí misma como víctima al amor Misericordioso, compuesta por su Santa Patrona, y la firmó con su propio nombre. Creemos que en esta ofrenda y en este catecismo se hallan algunos de los ideales que más fuerte y constantemente movieran el espíritu de Teresita, sobre todo a partir de su profesión, a lo largo de ese periodo de pruebas que acabaron sólo con la muerte. Ello le dio no sólo una espiritualidad victimal - la había traído ya consigo a la vida religiosa - sino una actitud mística de ofrenda al querer divino y de expectación. En el centro de su experiencia religiosa se hallaba el Amor. Esta actitud mística iba a equilibrar el fuerte ascetismo de la propia purificación activa, mediante exámenes y propósitos que le venían del ambiente.

Entrega a la divina Misericordia

Hay otro aspecto muy destacado en la experiencia religiosa de Madre Teresita por estos dos últimos años de su vida, que está relacionado tanto con la noche purificadora que estaba atravesando, como con la espiritualidad victimal que se estaba desarrollando en ella bajo el influjo de la santa de Lisieux. Se trata de su entrega total a la divina Misericordia. Seca y árida en la oración, incapaz de expresar sentimiento alguno o de formular ningún propósito, tentada en su vocación, en su pureza y más profundamente en su fe y esperanza. Madre Teresita se agarraba a la misericordia divina como a su último apoyo. ¿No se había ofrecido como víctima de amor precisamente a este divino atributo?

Se confiaba a la misericordia divina cuando lo que ella llama sus caídas le hacían sentir vivamente la propia fragilidad:

"No desalentarme en mis caídas, por muchas que sean, arrojarlas en el Corazón de Jesús y vuelta a comenzar. Vivir completamente abandonada en sus brazos, confiando ilimitadamente en su misericordia, y esto más, cuanto más miserable me sienta - misericordia: miseris-cor-dare dar mi corazón a los miserables -..."

A pesar de hacer estos propósitos, ¡oh mi Jesús! me siento completamente débil e impotente, el peso de mis miserias y de mis pasiones

me oprime, pero, Jesús, ¿no eres infinitamente poderoso, sabio y sobre todo misericordioso? Pues en ese abismo de tu misericordia arrojé este abismo de mis miserias, quémalas, consúmelas, haz de ellas lo que quieras. Confío en ti, me fío de TI, porque eres mi Jesús, porque eres mi Esposo"⁶¹.

Haciendo la cuenta, en el retiro de fines de 1944, de las numerosas veces en que su poca generosidad la había hecho sucumbir, según ella, durante el año que acababa, volvía a repetir sus propósitos y terminaba el año con un nuevo acto de entrega: "mucho abandono en los brazos de Dios" ⁶².

A la misericordia paterna de Dios se agarraba sobre todo cuando más frecuentemente la oprimían los sufrimientos del espíritu:

"Solo propongo hoy confiar ilimitadamente en la misericordia de Dios..."

escribe en una de esas ocasiones⁶³.

"...pienso demasiado en mis imperfecciones, mi impotencia, etc. y muy poco en la misericordia de ese Dios que es mi Esposo, mi Padre,...mi todo.

Hoy sólo propongo no desalentarme en mis caídas, confiar ilimitadamente en la Misericordia de Dios y procurar buscar en todo cuanto hago, la manera de dar más gloria a Dios, olvidándome por tanto de mis gustos e inclinaciones puramente naturales",

escribía unas semanas más tarde ⁶⁴,

En ocasiones el recuerdo de la misericordia divina le devolvía la paz, al menos, por unos días:

"...he tenido que sostener luchas que a veces me han hecho llorar, que no he sido en ocasiones bastante generosa con Jesús y esto me ha producido tristeza, pero me he acordado de su Misericordia, he arrojado en sus brazos mi miseria y la paz más profunda ha vuelto a reinar en mi corazón. Gracias a Dios" ⁶⁵.

Educadora

Madre Teresita Albarracín había ingresado en una Congregación religiosa de espíritu profundamente apostólico. No en vano llevan sus miembros el título de Misioneras Claretianas. Se sintió pronto animada por esta fuerte corriente de espiritualidad misionera que le llegaba del Instituto. "Su espíritu era de trabajar en las misiones" afirma su primera maestra, la M. Mercedes Latre en el Proceso Informativo⁶⁶. "Demostraba grandes deseos de ser misionera, para salvar almas...Sentía mucha compasión por los pecadores y oraba por ellos nos dice su connovia María Pérez⁶⁷. Era entusiasta de las misiones y del apostolado nuestro de la enseñanza,

confirma su primera superiora y segunda maestra de novicias, la M, Cruz Infante ⁶⁸.

Sus escritos arrojan algunas luces esporádicas hacia esta orientación apostólica de su espíritu. "Tengo muchas almas que salvar, había escrito el 6 de febrero de 1944, todavía en el noviciado ⁶⁹.

"Sólo una cosa me interesa, amar a mi Jesús, salvar almas para mi Jesús, hacer sonreír a mi Jesús, no ofender a mi Jesús. ¿Lo demás, qué más me da?"

anotaba en los ejercicios preparatorios a la profesión ⁷⁰.

Volviendo la mirada hacia su Santo Fundador, cuya fiesta había celebrado hacía algunos días, escribe en octubre de 1944:

"Alentar en mi corazón el celo por la salvación de las almas que consumía a nuestro beato Padre Fundador" ⁷¹.

A principios de octubre de 1944, las superiores le encargaron de una clase de párvulas. Era una vida nueva para ella. Los días laborables los pasaba casi por entero rodeada por el bullicio de las pequeñitas. Luego se encerraba en su cuarto para preparar sus lecciones. Para los rezos y la recreación de la noche subía al noviciado.

Sus tareas educadoras la encantaban. A los pocos días de haberlas iniciado, escribía ya a su familia:

"Os voy a decir una cosa que me supongo os hará reír un poco. Mira, mamá, aquí donde me ves (o donde me adivinas a través de las letras) soy toda una "maestra de párvulas", con las que juego a más y mejor, y lo peor del caso es que me gusta a mí jugar más que a ellas y que en más de una ocasión tengo que recordar las reglas de la santa modestia y la gravedad del hábito que visto, para no correr y brincar como ellas, y más- La mayor tiene seis años, así es que ya podéis imaginaros los "respetables personajes" que nos reunimos en la clase. No obstante hay momentos en que me sé poner muy seria, aunque no saco el genio ni les pego (esto lo digo para que no temáis por sus tiernas costilla, al recordar a la "María del Carmen" de antaño)" ⁷².

Una vez descritos los aspectos anecdóticos de su nueva profesión, con la idea evidente de alegrar a la madre, tocaba lo esencial:

"Pedid mucho para que sepa infundir en estas tiernas inteligencias la ciencia humana y sobre todo sepa hacer de sus corazones una copia del de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Son tan inocentes; lástima que se perviertan con el correr de los años!" ⁷³.

Es natural que a sus diecisiete años y rodeada por sus parvulitas, preciosas y vivarachas, sintiera hervirle la sangre y le entraran ganas de jugar con ellas. Pero en realidad, ella abrazó su nueva tarea con ese

profundo sentido religioso con que tomaba todo lo que valía la pena. A veces, oprimida por las pruebas interiores, tenía que sacrificarse para realizar su trabajo. En el retiro de ese mismo mes en que comenzó sus tareas educadoras, escribía:

"Esforzarme en la clase (pues he empezado este mes a ir con las niñas) en cumplir como mejor sepa, venciendo la desgana, el desaliento u otras cosas. Ver en cada niña, un alma para llevar a Dios, mediante la ciencia humana que procuraré infundir en sus inteligencias"⁷⁴.

A partir de este momento, el ministerio de la educación cristiana fue uno de los temas obligados de sus reflexiones en retiro y ejercicios espirituales. En el retiro preparatorio y la primera renovación de votos, hecho el 8 de marzo de 1945, manifiesta haber ya descubierto los aspectos ascéticos de su ministerio.

"En el trato con las niñas seré excesivamente escrupulosa, no tocándolas para nada, no dirigiéndoles preguntas que puedan halagar mi amor propio, no buscando su cariño, sino para entregarlo a Dios"⁷⁵.

En los ejercicios espirituales de agosto siguiente, los últimos que hizo volvía a tocar el tema de su ministerio apostólico en dos ocasiones. Extractó al parecer una de las pláticas, dedicadas prácticamente a la enseñanza. En ella descubría el carácter ministerial de su trabajo.

"Enseñanza. Tiene dos caracteres, profesional y ministerial... Ministerial (ministerio, lo que se ejecuta en nombre de otro), cuando el trabajo de la enseñanza se ejecuta en nombre y por delegación de Jesús. Nosotros somos simples instrumentos, Jesús el verdadero Maestro, a El sólo se debe honor y gloria. Darse por tanto de lleno a la enseñanza pensando que Jesús es nuestro Ayudador y nuestro Todo... La enseñanza es la red para pescar las almas de los niños y llevarlas a Dios, pero no para atraerlas hacia nosotros si somos verdaderos ministros de Cristo"⁷⁶.

En sus propósitos de estos días dedicó atención particular a la enseñanza:

"En la clase me daré completamente a las niñas, haciendo cuanto pueda para que progresen en las ciencias humanas y sobre todo en el amor de Dios, sin otro fin que el que Dios sea en todo amado y glorificado"⁷⁷.

Madre Teresita, con sus ojos atentos a evitar todo lo que no fuera orientación hacia Dios, había comenzado ya a advertir cómo el ministerio puede ser para el que lo ejerce no sólo fuente de satisfacciones humanas, legítimas, sino ocasión para atraer la admiración o el afecto de otros. En tal caso el ministerio puede dejar de ser eso, puro servicio a Cristo, para convertirse en medio de autoexaltación. De ahí que sea necesaria cierta purificación ascética en el trabajo ministerial. La sierva de Dios corrió en seguida a evitar el peligro.

"Evitaré el atraer el cariño de las niñas hacia mí"⁷⁸.

Otro aspecto ascético, propio del ministerio es la entrega plena a él, por encima del cansancio y de los estados de ánimo. Teresita sometida entonces a pruebas agudas en su espíritu, tenía que sobreponerse para poderse dar con energía y ánimo igual a su tarea.

"Manifestarme siempre serena, alegre, igual; no manifestar el estado de mi alma"

Sus superiores y hermanas recuerdan con viva admiración el modo cómo Teresita se había entregado a su ministerio. "Procuraba infiltrar su amor al Señor y a la Santísima Virgen en las almas de sus parvulitas" Lo hacía con todo fervor, afirma la M. Cruz Dendariena. Y en una relación escrita a raíz de la muerte de la sierva de Dios, la misma testigo se complacía en trazar su retrato como educadora:

"Creo que ponía todos los medios humanos posibles para hacer agradable la enseñanza (...) Medios humanos que aparte de los que el Señor le diera a ella, procuraba alcanzar con trabajo asiduo y con mucha humildad, consultando a los superiores, supongo - V. R. y demás reverendas madres sabrán -, y sé ciertamente, a las hermanas que Nuestro Señor ponía a su lado.

La raíz o base de su apostolado creo que era una gran unión con Dios, trabajando por El, pero también con El. Mucha oración. Gran pureza de intención buscando sólo la gloria de Dios y el bien de las almas, sin mirar el propio daño o provecho tanto en sacrificios como en conseguir resultados brillantes - que tanto deseamos naturalmente-. Todo esto lo deduzco de su constancia en el trabajo y en la virtud y en la generosidad.

Preparaba sus clases los domingos, en la presencia de Dios: su programa de temas, explicaciones, etc. Que, por cierto, en su caridad grande, cuando cayó enferma el invierno pasado, dejó adelantado qué sé yo los días, más de quince, así como cuanto pudo, en libretas de niños, etc., para evitar trabajo a la hermana que fuera a sustituirla.

Luego ponía toda su alma para desarrollar su trabajo en clase, y supongo, por las conversaciones generales en que se la veía convencida de la necesidad del sacrificio para ser apóstol según nos han enseñado nuestras buenas madres maestras, ofrecería toda su vida de sacrificio y mortificación por las niñas y todas las almas.

Todo su trabajo en la clase se la veía hacerlo en conformidad con lo que la obediencia exigiera en empleo del tiempo, materiales, con mucho espíritu de fe.

Virtudes en la clase en las que más sobresalía, según recuerdo, eran: la paciencia y dulzura en la corrección. V. R. sabe con qué gracia conseguía orden y devoción con las nenas, para ir a la capilla, sin gritos, sin brusquedades, sin alterarse.

Esfuerzo generoso por amoldarse a las nenas, a sus inteligencias; sé que le costaba un poco.

Ejemplaridad en el cumplimiento de nuestras Santas Constituciones en cuanto a las clase, por ejemplo, en hablar cuanto menos posible con otras hermanas en la clase, y hacerlo con gran modesta y respeto"⁸⁰.

La M. Rita Viera recordaba:

"Enseñaba las letras y el catecismo a los parvulitos, con tanta dulzura y amor que los niños ponían gran atención, se le podían aplicar las palabras de Jesús: "Dejad que los niños se acerquen a mí". Un día en la hora del recreo, un parvulito se hizo daño en la rodilla, por lo que derramaba un poquito de sangre. Mientras le curaba, con la dulzura de siempre, le explicaba cómo el Hijo de Dios había derramado su sangre por los pecadores y el niño con sus lagrimillas en los ojos decía que el también lo ofrecía por los pecadores"⁸¹.

La M. Nieves de San Pablo recuerda con emoción cómo la sierva de Dios llevaba todas las tardes a sus pequeños a la capilla y a la entraba y salida, los alzaba a todos, uno por uno, para que pudieran besar los pies del Crucificado. "Lo mismo lo hacía por treinta que por ciento, con el mismo amor se lo hacía al último que al primero" ⁸¹. La M. Nieves viéndola cansada después de tanto ejercicio, le preguntó un día por qué lo hacía. A lo que la Madre Teresita respondió: "Tengo que formar el corazón de los niños a imagen del de Cristo".

La Madre María Jesús Freixa, que, siendo postulante, colaboraba con ella en la enseñanza la recuerda así:

"...cada día salíamos juntas para ir a las clases, pero primero íbamos unas veces a la capilla y otras al oratorio y rezábamos arrodilladas en el suelo breves oraciones implorando ayuda de Jesús y María, me llamaba la atención su rezo fervoroso, procurando imitarla en todo. Si pasaba algún percance con los niños, en seguida acudía con mucha caridad para ayudarme. En las limpiezas de las clases era la primera, y, como nos ayudábamos, me llamó la atención el silencio, nunca la vi faltar, hablaba lo necesario con voz baja y con mucha dulzura-

Resalta más su virtud después de lo expuesto, al considerar que en este tiempo ya se encontraba muy mal, pero tenía tanto dominio de sí misma y tanto amor al sufrimiento que el primer día que faltó para ir a clase, me pregunté extrañada, qué le pasaba a M. Teresita que no venía. Con su habitual sonrisa había sabido disimular sus grandes sufrimientos, no permitiéndose ni una pequeña confidencia de desahogo de cuánto padecía, quedando yo muy edificada

Al ponerse enferma, la suplí en sus clases y me encontré con unos trabajitos que hacía hacer a las niñas sobre la Inmaculada Concepción de la Virgen, se adaptaba maravillosamente bien a la mentalidad infantil..."⁸⁴.

Damos la última pincelada a este bosquejo de Madre Teresita, maestra de párvulos, con el testimonio de la que entonces era su superiora M. María de los Angeles Martínez, en carta a María Luisa Albarracín, escrita a raíz de la muerte de la sierva de Dios.

"Al encargarle la clase de párvulos, pude tratarla más de cerca. Trabajaba con todas sus energías en la clase, con un gran entusiasmo, particularmente por infundir en los tiernos corazones el amor a Dios.

Una de sus compañeras de clase me asegura que en todas las asignaturas, como gramática, aritmética, geografía y otras, tenía a punto una frase de Dios para entrarla en la lección.

Ella misma componía sus novenitas a nuestra Madre Inmaculada en un estilo infantil, como igualmente el Vía Crucis y el mes de mayo.

Se veía en clase que respiraba a Dios en todos sus actos. Era un don especial que tenía para ello. Las niñas todas la querían, y sus familiares estaban muy contentos al ver los adelantos que éstas hacían, tanto en lo ciencias como en virtudes infantiles.

Pude apreciar varias veces la caridad que tenía para las hermanas, compañeras de clase, pues siempre que había alguna funcioncita recreativa en casa, y aquel día había clase, ella venía a pedirme que se fuera a ver la función la hermana, y que ella se quedaría con las niñas de las dos clases. Esto se veía que lo hacía de todo corazón, pues el concederle esta petición, le daba una gran alegría. Siempre se la vio un gran respeto para con la madre que tenía por compañera en la clase.

He oído hablar a las mamás de las niñas, después de muerta ella, y la enaltecían al ver la modestia con que les hablaba, siempre sus ojos bajos, que les edificaba.

Nunca se le oyó una queja del trabajo, aunque muchas veces se le notaba que no se encontraba muy bien de salud. Ahora nos hemos dado cuenta de su espíritu de sacrificio, pues para llegar a formarse esa cantidad de pus que tenía en su cuerpo, tendría que pasar muy malos ratos en silencio, trabajando y haciendo vida común como las demás.

El Señor lo permitió todo porque la quería semejante a El en el dolor y sacrificio, para después darle la gloria que hoy tendrá en el cielo¹⁸⁵.

Otra religiosa que convivió con M. Teresita, nos ha dejado en cambio esta serie de recuerdos que van desde el noviciado al periodo que siguió a la profesión de la sierva de Dios. Los transcribimos aquí, como punto final a este capítulo, por tratarse de rasgos sugestivos y de primera mano:

"Madre Teresita daba la sensación de ser ángel de paz entre sus hermanas. Siempre sonriente, con esa serenidad que, como dicen nuestra Constituciones "se refleja en las almas buenas y que cifran todo su contento en servir al Señor". Todavía la recuerdo en nuestros recreos por la huerta en la que cada una, novicias y postulantes, teníamos un jardín para cuidar.

Iba siempre alegre. Todas las queríamos y admirábamos. Con todas hablaba algo en sus idas y venidas al buscar el agua para regar. Amable, educada y fina, hacía mucho bien a las demás, sobre todo en los primeros días del ingreso, que suelen ser grises.

Iba siempre limpia y compuesta, de forma que no llamaba la atención "ni por dejadez ni demasiado aliño". Ponía tal cuidado en asimilar cuanto en las conferencias nos decía la reverenda madre maestra, que una vez avisada, rara vez caía en lo mismo.

Era muy observante en la guarda del silencio. Fuera de las dos horas de recreación, dicen las Constituciones, "guardarán profundo silencio, si tuviesen necesidad de hablar lo harán en voz baja y con las menos palabras

posibles". Se la veía siempre como embebida en algo. Si alguna cosa tuvo que preguntarle, contestaba siempre con su perenne sonrisa y en monosílabos. No así en la recreación, que era muy simpática y un poco

humorista. Escuchaba siempre con interés cuando otras hermanass hablaban.

Parece luchaba para conseguir hacer pasar el recreo "santa y alegremente" a sus hermanas. Digo "luchaba" porque una vida tan observante no es posible sin lucha, sin "reamar siempre contra corriente ", pues exteriormente nada en ella aparecía violento, como si la virtud en ella fuese lo más común. Y sin embargo, sus apuntes están impregnados de tristezas, angustias y los últimos meses, llenos de dolores.

Muchas veces nos decía que nuestro distintivo debe ser la profunda vida interior, la pobreza y la sencillez. Ella, que tanto agradecía al Señor haberla hecho Misionera Claretiana, quería serlo de verdad.

Parecía mentira que casi una niña pudiese tener tanto dominio de su mirada. Casi siempre se la veía con la vista baja y como conversando con Alguien.

Sencilla como un niño, iba asimilando la influencia espiritual de su amada Santita.

Una vez profesa, iba a una clase de párvulos y algunas veces no le era posible oír toda la conferencia que diariamente nos daba la Reverenda Madre Maestra. Luego, en la recreación de la noche nos suplicaba que le contásemos cuanto nos había dicho por si había dado algún aviso. Siempre tenía hambre de hacer cuanto los superiores ordenaban.

La pobreza era una de sus virtudes preferidas. Gastaba las hebras de hilo cuanto podía y le gustaba hacer sus apuntes en sobres usados o en trozos de papel gastado. Hacía suya muchas veces una frase de una de nuestras hermanas antiguas: "Iré siempre muy apañadica, pero sin manchas". En los trabajos comunes evitaba cuanto podía el cansancio a las demás, escogiendo la parte más pesada.

Solíamos pasear por la huerta de dos en dos, y cuantas con ella pasearon hablan de su plena confianza en Dios. Nada parecía turbarla, ni el pensamiento de su perseverancia que tanto amaba. "Qué bien se está -decía con frecuencia- en brazos de Dios. Todo cuanto sucede es por nuestro bien. ¡Bendito sea Dios!"

Donde parecía trabajar con más esmero era en la caridad. Todo cuanto se le pedía lo acogía con gusto, si lr era posible, no quería sino ver a todas a través de ese Jesús que tanto deseaba amar. Como nos decía la reverenda Madre Maestra después de su muerte: "era joven en edad, pero tenía la madurez de los años. Vivía plenamente su vida religiosa, impropia de una jovencita. Cooperaba a la acción del Espíritu en su alma, venciendo defectos y adquiriendo virtudes". Todo con una sencillez tal que aparecía ante las demás como si todo para ella fueran flores y caricias. Siempre serena, apacible, sonriente.

Estábamos preparando una velada para la reverenda Madre General y habíamos obtenido permiso de la reverenda Madre Maestra para que Madre Teresita nos hiciera una poesía pidiendo la profesión - ya la habíamos solicitado por escrito - Nos encontrábamos por la huerta arreglando los jardines. Fuimos a buscarla a ella que, como siempre, estaba arreglando con todo interés el suyo, y en seguida se puso a complacernos. Unos minutos y allí mismo empezó a dictar. No la recuerdo: sólo sé que expresaba nuestro deseo envuelto en la total Voluntad de Dios. Sonriendo, alguna novicia protestó diciendo que parecía no teníamos mucho interés, que lo expusiera con más énfasis,

Ella, siempre amable y sonriente, nos dijo: "Pero, ¿hay algo mejor que la voluntad de Dios? Bueno voy a ver si me sale de otra forma".

Después de varias tentativas sin éxito nos dijo: "Miren, hermanas, se ve que Dios quiere que lo digan así, pues no me sale de otra forma"-

Las novicias lavábamos nuestra ropa durante la recreación del mediodía. Hablábamos tanto que muchas veces teníamos que quedarnos unos minutos después de tocar a silencio. Un día vino por allí la reverenda Madre Maestra. Nos dijo: " Hablarn mucho, si quieren, pero desde hoy cuando toquen a silencio, deben haber terminado". Como ya era tarde, nos quedamos muy apuradas. Madre Teresita, siempre amable, nos dijo: Pidámosle a la Santísima Virgen, hermanas, y verán como terminamos todas" y, efectivamente, así pasó.

Lo edificante de estos casos es que nunca se la veía agitada exteriormente. Parecían su placidez y serenidad invulnerables" ⁸⁶.

NOTAS

- 1 Nota 10 abril 1944, p. 6.
- 2 Ibid., pp. 6-7.
- 3 Ibid., p. 7.
- 4 Arch. Gral. RMI., SA. 3.5 (3), P. 8.
- 5 María Luisa Albarracín, Consejos que le dio María Teresita Albarracín, p. 1.
- 6 Apuntes Ejercicios 31 marzo 1944, p. 60.
- 7 Nota del 20 mayo 1944, p. 75.
- 8 Apuntes Ejercicios agosto 1944, p. 79.
- 9 Notas del 8 diciembre 1944, p. 74.
- 10 Nota del 20 mayo 1944, p. 74.
- 11 Ibid.
- 12 Ejercicios espirituales 17 - 27 agosto 1944, pp. 75-76.
- 13 Abril 1944, pp. 24-25.
- 14 Ibid., p. 25.
- 15 Nota del 20 mayo 1944, p. 73.
- 16 Nota del 24 setiembre 1944, p. 80.
- 17 Nota del 28 octubre 1944, p. 81.
- 18 Nota del 8 diciembre 1944, p. 82.
- 19 Nota del 1 febrero 1945, p. 86.
- 20 Nota del 25 febrero 1945, p. 86.
- 21 Nota del 27 mayo 1945, p. 94.
- 22 Nota del 15 agosto 1945, p. 96.
- 23 Nota del 20 mayo 1944, p. 73.
- 24 Ejercicios agosto 1944, p. 76.
- 25 Nota del 25 febrero 1945, p. 86.
- 26 Notas del 20 mayo 1944, p. 73; 25 febrero 1945, p. 86.
- 27 Ejercicios agosto 1944, p. 76.
- 28 Notas del 20 mayo 1944, p. 73; 24 setiembre 1944, p. 80.
- 29 Nota del 25 febrero 1945, p. 86.

³⁰ Nota del 20 mayo 1944, p. 73.

³¹ Nota del 25 febrero 1945, p. 86.

³² Nota del 28 octubre 1944 p. 81.

³³ Nota del 15 agosto 1945, p. 96.

³⁴ Nota del 28 octubre 1944, p. 81.

³⁵ Ibid.

³⁶ PIB, ses. 20, fol. 122, ad. 6. Más explícitamente habla M. Cruz de esas tentaciones contra la fe en un texto posterior: "Pasó bastantes luchas contra la fe, que a veces juzgué era precisamente por copia de santa Teresita; mas, siempre la vi hablar y obrar como convencida de su fe". "Mis recuerdos...", página 3.

³⁷ María Luisa Albarracín, Recuerdos de María Teresita Albarracín, página 2.

³⁸ Ibid.

³⁹ Nota del 24 setiembre 1944, p. 80.

⁴⁰ Ejercicios agosto 1944, p. 79.

⁴¹ Nota del 3 diciembre 1944, p. 79.

⁴² Nota del 31 diciembre 1944, p. 84.

⁴³ Nota del 24 junio 1945, p. 95.

⁴⁴ Nota del 27 mayo 1945, p. 92.

⁴⁵ Ibid.

⁴⁶ Nota del 27 mayo 1945, p. 92.

⁴⁷ Ejercicios abril 1944, p. 70. Lo hallamos confirmado en uno de los apuntes esquemáticos que hacían cuando se preparaba a hablar con la maestra o, en ocasiones, para la confesión: "Me cuesta trabajo hablar a la madre", Arch. Gral. RMI., SA. 3.5 (3). Desgraciadamente es imposible fechar con precisión esa nota. Una alusión a María Victoria demuestra sólo que es posterior al 8 diciembre de 1943, cuando ésta recibió ese nombre y probablemente anterior a la salida de ésta de la Casa-Noviciado.

⁴⁸ Nota del 27 mayo 1945, p. 93.

⁴⁹ Apuntes ejercicios agosto 1944, p. 76.

⁵⁰ En carta al autor, 12 octubre 1977, Arch. Gral. RMI., SA. 4.59.

⁵¹ Ibid.

⁵² Deseando comprender exactamente la situación en que se desenvolvía la sierva de Dios, hemos preguntado a la M. Cruz Infante: ¿Tenía Ud. por norma poner pruebas, es decir, dar órdenes que pudieran parecer "niñerías", para poner a prueba la obediencia? La Madre nos ha respondido; "ni por norma, ni por circunstancias accidentales. La vida ordinaria ya presenta abundantes ocasiones, para ver si se obedece o no". La veracidad de sus afirmaciones nos han sido confirmadas por sus novicias de entonces.

⁵³ Informes Iª profesión.

⁵⁴ Súplica a Jesús, 15 agosto 1942, p. 2.

⁵⁵ No quiero alegrías pasajeras..., 25 mayo 1942.

⁵⁶ Abandono del Sagrado Corazón de Jesús, 25 mayo 1942, p. 2.

⁵⁷ Oh Jesús mío, cuánto sufro, 1 junio 1942, pp. 16-17.

- ⁵⁸ Nota del 24 enero 1943, pp. 26-27.
⁵⁹ Nota del 26 enero 1943; *ibid.*, p 27.
⁶⁰ Arch. Gral. RMI., SA. 3.5 (3), pp. 11-19.
⁶¹ Apuntes Ejercicios agosto 1944, p. 84.
⁶² Nota del 21 diciembre 1944, p. 84.
⁶³ Nota del 28 octubre 1944, p. 81.
⁶⁴ Nota del 3 diciembre 1944, p. 82-83.
⁶⁵ Nota del 24 setiembre 1944, p. 80.
⁶⁶ PIB, ses. 18, fol. 112.
⁶⁷ PIB, ses. 19, fol. 117.
⁶⁸ PIB, ses. 20, fol. 122.
⁶⁹ Cf. Nota del 6 febrero 1944, Arch. Gral. RMI., SA. 3.5 (3).
⁷⁰ Nota del 7 abril 1944, p. 4.
⁷¹ Nota del 8 octubre 1944, p. 81.
⁷² Carta a su madre, 8 octubre 1944.
⁷³ *Ibid.*
⁷⁴ Nota del 28 octubre 1944, p. 81.
⁷⁵ Nota del 8 abril 1945, p. 88.
⁷⁶ Apuntes ejercicios 23 agosto 1945, p. 100.
⁷⁷ Apuntes ejercicios agosto 1945, p. 99.
⁷⁸ Apuntes ejercicios agosto 1945, p. 99.
⁷⁹ *Ibid.*
⁸⁰ Cf. *Sonreí siempre*, pp. 147-148.
⁸¹ *Informes Testigos I*, 10, p. 3.
⁸² *Informes Testigos I*, 9, p. 3.
⁸³ *Ibid.*
⁸⁴ *Informes Testigos I*, 25, pp. 2-3.
⁸⁵ *Sonreí siempre*, pp. 148-149.
⁸⁶ *Sonreí siempre*, pp. 128-131.



VII

Al encuentro con Cristo

Durante el noviciado, o al menos en sus últimos meses, habían comenzado a manifestarse los primeros síntomas de la enfermedad que había de llevar a Teresita al sepulcro en algo menos de dos años. En el informe, firmado el 1 de enero de 1944, para la primera profesión la Madre Cruz Infante respondía a la pregunta: "¿Tiene buena salud?". "Parece que sí. Se suele quejar de dolor de vientre con frecuencia". Al parecer o se acostumbró a estas molestias, sin darle más importancia, o los dolores se atenuaron, porque en el mismo informe dado el 1 de febrero de 1945, para la primera renovación de votos, la misma M. Cruz respondía: "Salud muy buena". Pocos meses más tarde debieron reaparecer o acentuarse, dado que en su "confesión" del 7 de mayo de 1945, la joven profesora se acusaba:

"Tengo un cuidado excesivo de mi cuerpo y de las pequeñas molestias que en él padezco; deseo que todas me cuiden y se preocupen de mí, como si fuera "una señorita del mundo" y no una esposa se Jesucristo"¹.

En los ejercicios hechos con la comunidad en agosto de 1945, volvía a referirse a su malestar:

"...no me quejaré en mis enfermedades, a no ser que me encuentre bastante mal: las pequeñas dolencias que experimento las sufriré por amor de Cristo Crucificado en silencio y sonriendo, para no estropear una flor tan preciosa. Cuando me pregunten sobre el estado de mi salud, diré sencillamente lo que siento, sin darme importancia y sin pretender ningún remedio"².

Presintiendo el encuentro

Los dolores que sufría, primeros amagos de una tuberculosis intestinal, le reforzaron la convicción que siempre había tenido, de que iba a morir muy joven. En sus cartas y en los escritos íntimos de todo este último periodo de su vida, la idea de la próxima muerte reaparece periódicamente. A su hermana María Luisa, en carta del 20 de diciembre de 1942, le había hablado de la necesidad de ser fieles a Dios en el sufrimiento hasta que El "se digne visitarnos con la consolación o hasta el día en que

nos llame a gozar eternamente de su gloria que será muy pronto" ³. A su madre y hermanos los citaba para el cielo:

"... verás qué pronto nos vamos a ver en el cielo y cómo nos vamos a reír o mejor dicho a gozar de las pequeñas cruces que nuestro buen Dios ha esparcido en nuestro camino" ⁴.

"muy pronto, al atardecer este día de la vida, nos abrazaremos llenos de júbilo en nuestra verdadera Patria" ⁵.

Realmente la vida aparecía ante sus ojos con todo su carácter provisorio y fugaz. Por mucho que se viera en la tierra, todo venía a reducirse a poco. Para ella, que sentía profundamente la dirección escatológica de su vida religiosa, la rapidez del tiempo implicaba la relatividad de todo lo terreno. De ahí que con espíritu casi monástico, haya prestado siempre tan poca atención a los sucesos de este mundo:

"¡Qué pequeñas parecen las cosas de esta vida y cuánta vanidad se advierte en ellas, pensando en su brevedad!" ⁶.

escribía a su familia a raíz de la muerte repentina de su tía Lola. Pero ese mismo sentimiento fugaz del tiempo aparece en ella animado por una fuerte esperanza. La brevedad de la vida significa que el momento del encuentro con Dios se acerca rápidamente. Pronto iba a estar con el Esposo en la Patria.

"Hoy que ya ha pasado la impresión de los primeros instantes, el recuerdo de su inesperada muerte - escribía refiriéndose a la de su tía Lola - me llena de alegría, pues me hace pensar que esta vida no es más que un destierro y que pronto llegaremos a la Patria" ⁷.

Un año antes de morir escribía a su familia que el aniversario de la muerte de su padre le traía cada año el recuerdo de la brevedad de la vida y la incitaba a no perder el tiempo:

"...si siempre deseo ser buena, al acercarse esta fecha es más que deseo, es hambre de no perder ni un segundo" ⁸.

"... ¡Es tan corta la vida y tan poco lo que puedo sufrir por Jesús que debería alegrarme de todo corazón cuando puedo ofrecerle algo que me cueste!" ⁹.

había escrito en sus apuntes el 2 de marzo de 1944.

Lo recordaba particularmente en el retiro de fin de año. Así escribía en el de 1943:

"He de pensar que Dios me concede este nuevo año para suplir en él, todo lo que en mis anteriores, por mi negligencia he omitido. ¡Quién sabe si será el último! He trabajado mucho en..." ¹⁰.

Y de nuevo en el de 1944:

"¡Cómo se pasa la vida!... ¡Cómo se llega la muerte tan callando!... Otro año más que se ha sepultado en el abismo de la eternidad. ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo y qué poco me aprovecho yo de él para amar más a Dios!"¹¹.

En realidad, este sentirse acuciada por el deseo de crecer más rápidamente en el amor, no se lo inspiraba sólo la consideración, en general, de la rapidez con que pasa la vida. Hay indicios claros de que ella estaba convencida que iba a morir muy pronto.

Refiere su hermana María Luisa, hablando del periodo en que ambas vivieron como novicias y profesas de la misma Congregación:

"Un día le dije que hacía la vida imposible con tanto rigorismo, que así era imposible vivir. A lo que me contestó: "La vida es muy corta, y yo no tengo tiempo que perder. Jesús me pide esto" Hablaba siempre de la muerte, de la brevedad de la vida, de la eternidad, del amor de Dios a las almas... Eran sus temas obligados"¹².

Una compañera refiere:

"Era a fines de setiembre de 1945. Salíamos del noviciado para nuestro primer destino, dos religiosas. Estábamos en la recreación: despedidas, abrazos, emociones... Faltaban algunas hermanas: estaban lavando. Una de las ausentes era nuestra muy amada Teresita... No quería nuestra muy amada hermana dejar de despedirse y se apresuró cuanto pudo. Vino el abrazo que nunca podrá ser olvidado... Algo dijo de que "fuéramos santas", no recuerdo las palabras exactas, y esto sí añadió: "Hasta el cielo..."

¡Tan joven como era! ¿Lo presentía?

Y, efectivamente, el Señor pronto se la llevó como a flor demasiado bella para seguir viviendo acá abajo. Quiera El darnos el consuelo de verla glorificada en la tierra como creo que está en el cielo"¹³.

El Señor llama a la puerta

El jueves 6 de diciembre de 1945, sintió unos dolores vivísimos en el vientre. Su primera reacción fue ir a la capilla y manifestárselo a su Señor presente en la Eucaristía, como era costumbre suya para hallar en El fuerza y ofrecerse a su voluntad. La fuerza de los dolores la hicieron prorrumpir en llanto. Allí en la capilla, la halló su hermana María Luisa - María Victoria en la Congregación - Naturalmente, le fue imposible ocultar sus sufrimientos. Y María Luisa la instó a que lo manifestara cuanto antes a sus superiores. Esperó hasta la mañana siguiente, cuando fue la M. Maestra a despertarla:

"El 7 de diciembre de 1945, al despertarla por la mañana, me dijo que había pasado muy mala noche con fuertes dolores que no se le quitaban. Le dimos una taza de manzanilla y, pensando hacerle bien, le pusimos una bolsa de agua caliente, que luego nos dijo el Doctor era

contraproducente. El Dr. Nadal creyó haber llegado a lo que siempre temía: un ataque de apendicitis. Era preciso que se calmara, para operarla"¹⁴.

La primera impresión fue pues de que se trataba de un caso de apendicitis y se decidió esperar a que pasara la crisis, para intervenir quirúrgicamente. Bien pronto sin embargo, desde el principio, intuyó M. Teresita la naturaleza y gravedad de su mal. Según la Madre Ángeles Martínez, superiora de la casa, en testimonio dado días después de su muerte, un día al principio de su enfermedad, le dijo a la hermana enfermera que presentía iba a morir muy pronto y precisamente de la misma enfermedad que había muerto su padre¹⁵.

La crisis no pasaba. Al contrario, los dolores se fueron haciendo más agudos, hasta provocar vómitos y fuertes convulsiones que se esforzaba por dominar. Hubo de guardar cama. Por Navidades, los ataques se fueron espaciando y pudo gozar ratos de tranquilidad. En estos momentos, iban a hacerle compañía algunas novicias y profesas por turno, especialmente durante las recreaciones. La enferma gozaba mucho con su presencia. Derrochaba humor, pedía que le cantaran villancicos. Ella misma improvisaba letrillas, adaptables a melodías que ya conocían. Les pidió que cantaran la siguiente:

**"Mucho me das tú, mi Niño,
y muy poco te doy yo;
no me lo tomes en cuenta,
yo soy barro y Tú eres Dios"**

Así llegó el fin del año y el comienzo del año nuevo, 1946. Hemos visto cómo cada año, desde su ingreso en el Postulantado, había escrito en esas ocasiones, unos párrafos sobre la fugacidad de la vida, sobre las gracias que Dios había derramado sobre ella durante el año que estaba acabando y sus propias infidelidades, y proponiendo entregarse más de lleno al amor en el año que comenzaba, que podía ser el último. Esta vez no pudo escribir nada. Sus últimas notas íntimas pasan del 2 de diciembre, cuatro días antes del primer ataque, al 24 de febrero. Pero podemos muy bien reconstruir sus sentimientos conociendo los de los años anteriores y sabiendo en qué situación se hallaba ahora. Esta vez, iba a ser verdad: 1946 iba a ser su último año en la tierra.

El 12 de enero le sobrevino un segundo ataque más fuerte. A petición de la sierva de Dios, su director espiritual y capellán de la comunidad, el P. Girvent, le llevó por vez primera la Eucaristía, a modo de Viático y emitió los votos perpetuos, *in artículo mortis*. A pesar de las contracciones fortísimas y de los vómitos, durante toda esta última enfermedad no dejó ningún día de recibir a su Señor¹⁶.

Pero en esta ocasión, redobló su fervor y entrega: ¿No venía su Redentor a ayudarla en su última etapa hacia la gloria del Padre? Conociendo la esperanza con que aguardaba su encuentro definitivo con

Cristo, su director espiritual le dijo el día en que la viaticó y le repitió varias veces en los sucesivos: Mire que no tiene permiso para morir. De hecho, a partir de entonces, comenzó a mejorar notablemente

Tanto el doctor como nosotras, escribe M. Cruz, creíamos que estaba vencida la enfermedad; más siempre pensando que se había de operar. La mejoría le permitió gozar de unos ratos de serenidad, en compañía de sus hermanas. La Madre Maestra, le iba enviando por grupos a novicias y postulantes, para que le hicieran compañía. Cuenta una:

«Durante su enfermedad, cuando tuvo una mejoría notable, que incluso se levantó unos días, nos llevó la madre maestra a las novicias por grupos a verla en la enfermería. Estaba recostada en su mecedora, con la misma expresión de paz que siempre. Se alegró muchísimo de vernos. Nos dijo que adoraba la vida de comunidad, pero que estaba muy contenta. Le dijimos pediríamos mucho a Jesús para que pronto se pusiera bien. Ella contestó: "No, pidan para que le ame mucho"»¹⁷.

De vez en cuando venía también su hermana María Luisa, desde la casa generalicia - calle Matilde, Barcelona -, donde residía. El 26, en una de esas visitas, M. Teresita le dictó unas estrofas dirigidas a la Madre del Señor. Improvisadas y compuestas de seguido, valen más como oración que por su estro poético.

"A la Santísima Virgen.

**Quisiera amarte tanto, Virgen María,
como criatura alguna jamás te amó
y pasarme la vida, Madre mía,
deshojando a tus plantas mil hojas de amor.
Quisiera que en mi pecho no hubiera más latido
ni fibra ni sentido si no son para ti,
porque no sé, Madre, lo que siento dentro,
que sin tu cariño no puedo vivir.
Quisiera que este fuego llegara a consumirme
y abrazar con mi roce a todos en tu amor,
como una tea encendida puesta sobre otras secas,
que pronto todas forman un ascua de calor.
Si no sé expresarme, porque soy pequeña
tu Corazón, Madre, me comprenderá,
que sólo una Madre entiende a sus hijos y
sin que las palabras lleguen a mediar.
Adios, Madre mía, te mando un besito,
dentro va escondido mi pobre corazón
con sus hierbas malas y con sus rositas
para que de él te hagas tu trono de amor".**

(Dictado por Teresita el 26-1-46)¹⁸.

Al día siguiente, el 27 de enero, aprovechó la mejoría para escribir a su madre y hermanos la última carta que de ella iban a recibir. Es evidente la preocupación por quitar importancia a su enfermedad y tranquilizar a su madre.

"27 de enero de 1946

Mi querida mamá y hermanos: Aunque hoy no es día de escribir, lo hago deprisa y corriendo, pues otras faenas me esperan, para tranquilizar a mamá respecto al estado de mi salud, que sé la trae bastante intranquila.

Ya os decía María Victoria que estuve en cama con un fuerte catarro, después se me han complicado algunas cosas del vientre y he estado bastantes días en cama. Hoy, gracias a Dios, me encuentro bien y con mucho deseo de trabajar para su gloria, así que ya estarás tranquila, ¿verdad?

María Victoria estuvo aquí ayer, vino con otra madre y se pasaron casi todo el día. Yo la encuentro muy bien de gruesa y contenta, gracias a Dios. Me dijo que en días pasados recibió carta tuya, pero que no sabe cuándo la podrá contestar por algunas cosillas que ahora tiene y le corren prisa. Esto te lo digo por si acoso tardara en escribirte, que no sufras.

La medalla que me querías mandar pero no te atrevías, ya puedes enviármela cuando quieras, pues las madres me han dado permiso para ello, con tal que no sea de plata. Yo, procuraré llevarla con mucho cariño y fervor.

Si tuviera más tiempo le habría escrito algunas letras a "Cari" para felicitarla en el día de su cumpleaños, pero no me puedo entretener más. Yo pediré mucho por tí ese día, hermanica mía, para que Jesús y María Santísima te bendigan con toda clase de bendiciones.

Muchos recuerdos a Pedrico y a todos mis hermanos que están fuera. Adios. Amad mucho a la Santísima Virgen y a Jesús Sacramentado.

Recibid un fuerte abrazo de vuestra hija y hermana

M. Teresita de Santiago

Fue su último saludo a su madre y hermanos ausentes.

Llegó así el mes de febrero parecía irse recuperando, aunque la fiebre no la dejaba por completo y ciertas punzadas en el vientre le venían a traer el recuerdo de los agudos dolores que había sufrido días antes. El 11, fiesta de la Virgen de Lourdes, escribió una delicada poesía, titulada "No mires el don, sino al dador"

La reproducimos, no sólo porque es una de las más largas entre las que creó su sensibilidad poética, sino porque refleja fielmente el estado de alma en que se hallaba:

"No mires el don sino el dador"

**Una rosa primorosa
me dió Jesús dulcemente
y de un tallo pendía
una espinita inocente.**

**La contemplé largo rato
¡qué bonita era y que bella!
mas secose y poco a poco
me fui quedando sin ella-**

**Los pétalos recogí
y los besé con amor
mas estaban ya tan mustios**

que más me dieron dolor

pues me acordé de la rosa
tan fragante en todo tiempo
que tan hermosa en mi vida
ni ví, ni ver ya más pienso.

Entonces apreté el tallo
contra mi pecho, amorosa
por ser el postrer recuerdo
de Jesús y de la rosa.

De pronto miro asombrada
¿qué pasa?... salía sangre,
la espina tenía clavada
y en el pecho un dardo grande.

Aún contemplaba la herida
sin atreverme a hacer nada,
cuando oí que, suavemente
una voz así me hablaba.

¿Qué harás ahora con la espina?
¿la tirarás rencorosa?
Bésala, que el mismo amor
te dió la espina y la rosa ²⁰.

A pesar de algunas imperfecciones, esta alegoría de la rosa y la espina, es no sólo delicada, sino transparente. La rosa y la espina, el amor y el sufrimiento, son dos especies indisolublemente unidos, de la misma realidad. Ambos caen sobre el alma como un don divino. Del mismo día o de los siguientes, es otro poemita, que es todo un grito pidiendo fuerza:

"Dulcísimo Jesús del alma mía
ayuda a tu pequeña Teresita.
que camina entre sombras noche y día
sin tener una mano que me asista.
Ayúdame a ser fuerte y generosa,
enséñame a ser dócil y abnegada
y haz que mi alma, ¡Oh Dulce Jesús mío!
en tu amor para siempre esté abrasada" ²¹.

Si el no tener una mano que la asista, expresa la soledad en que se hallaba su espíritu, ese pedir ayuda para ser fuerte, generosa y abnegada, revela cuales eran sus deseos: ser fiel hasta la muerte y más fuerte que ella, como el amor.

El 15 de febrero comenzó a levantarse. El domingo 24 de febrero hizo con la comunidad su último retiro mensual. De este día es también su postrer apunte espiritual:

"Barcelona. Mes de febrero de 1946 (día 24)

Mi buen Padre se ha complacido en tenerme estos meses en la cama bastante mal, hoy todavía no estoy bien, no puedo seguir la vida común en nada, por esto desde ayer he dejado de pertenecer al noviciado y ahora estoy en la comunidad de abajo"²².

El 23 de febrero le habían pues comunicado que desde entonces quedaba incorporada a la comunidad de profesas.

El día 7 de marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino, la enfermedad, que en todo este tiempo había ido devorando sus entrañas, se manifestó con una erupción repentina y fortísima, La describe así su hermana María Luisa en carta a su madre y hermanos del 15 de marzo de 1946:

"...el 7 del presente le sobrevino un nuevo ataque, de tales proporciones que, previo un análisis de sangre, bastante alarmante, aquel mismo día sin más dilación, a las once y pico de la noche, la operó uno de los mejores doctores de Barcelona. En realidad no llegó a operar, pues se limitó a abrir y comprendió inmediatamente que la cirugía allí no podía hacer nada. Se trataba de una peritonitis agudísima, y de haber intervenido, habría muerto en el acto. Parece ser que es lo mismo que tuvo papá y de lo que murió, y si él murió más pronto, fue precisamente porque le operaron.

Comenzaron para ella una serie de dolores horribles, que no acabaron sino el día que iba a morir, que Dios le concedió la gracia de que le desaparecieran casi todos. Ella estuvo siempre con pleno conocimiento y edificando a cuantos se acercaban a su cama.

Yo estuve con ella en la clínica y la velé alguna noche. No durmió nada absolutamente la pobrecita, y la tenía que cambiar de postura a cada momento, porque no hallaba sosiego posible"²³.

M. Cruz nos da algunos detalles más:

"El 7 de marzo, se presentó un tercero agudísimo ataque... Tras consultar al Dr. Nadal, al Dr. Pamies y no recuerdo que otro, se le hizo urgentemente un nuevo análisis de sangre y, por bondad del Dr. Pamies, que tan angustiadas nos vió, a las 11 de la noche estaba en el quirófano de la clínica del Pilar, donde él la esperaba para operarla a vida o muerte..."²⁴.

Al abrirla, para operarla, el doctor se había dado cuenta de que no había nada que hacer. Tenía los intestinos deshechos por una tuberculosis con varias purulencias. Esto basta para imaginarse el estado en que se hallaba la sierva de Dios: debilitada por la falta de nutrición, torturada por los vómitos y las punzadas, respirando difícilmente, al no poder mover los músculos abdominales, con la fiebre altísima y un sudor frío empapándole la cabeza, mientras que su mente, como suele suceder en esta enfermedad, permanecía despierta y alerta. Solo entonces, advertidas por el médico, se dieron sus hermanas perfecta cuenta de los sufrimientos que la estaban torturando. "En su enfermedad sufrió lo indecible..."²⁵, escribe la superiora general, M. Pilar Gibert, que la visitó varias veces y la asistió en sus últimos momentos:

Cuando la visitaban sus hermanas de Congregación les pedía rogasen al Señor le diera fuerza para soportar los dolores. Nos informa la que fue su maestra:

"Cuando los atroces dolores de su enfermedad, continuamente nos pedía orásemos por ella, para que los pudiera soportar; aunque abrumada por ellos, jamás dijo, ni con palabras ni con gestos, otra cosa que no fuera resignación..."²⁶.

Tal vez para hallar fuerzas, a las pocas horas de salir de la mesa de operaciones, pidió le trajesen la Sagrada Comunión. Lo cuanta su superiora.

"En la clínica, cuando hacía nada más que siete horas que había sido operada, al amanecer del primer día de estancia allí, me pidió si podía recibir a Jesús. Le dije que lo preguntaría y le dije que sí, se puso contentísima. Inmediatamente se puso a prepararse con mucho fervor.

A servidora no se me hubiera ocurrido darle la Sagrada Comunión aquel día, por hacer tan pocas horas que había sido operada, pero al ver la ocurrencia que tuvo ella de pedirla, dí todos los pasos para que se la llevaran. Comulgó los tres días que estuvo en la clínica. Durante los tres meses de su enfermedad también recibió a Jesús todos los días"²⁷.

A las hermanas de la clínica, religiosas de santa Ana, les produjo una profunda impresión. Volvamos a citar a su hermana María Luisa:

"Yo no me cansaba de mirarla. ¡Tenía una expresión tan sublime! Recuerdo que en esta ocasión... - estaba entonces en la clínica - , a raíz de estas palabras, entraron dos monjitas de las que hay allí - y que por cierto estaban todas con Teresita que no sabían qué hacerse - y se quedaron mirando verdaderamente embelesadas.

Estaba la criatura bajo el peso de intensísimos dolores, toda encarnada, con una cara de sufrimiento y de resignación que conmovía. Le daba el reflejo de una lámpara pequeña en la cara y semejaba una Virgen Dolorosa, ¡estaba preciosa!

Y una de las monjitas se vuelve a mí -sabían que era su hermana- y me dice: - ¡Pero si es igual a Santa Teresita! ...

Y lo dijo con un acento y una emoción, que me emocionaron a mí."²⁸.

Puesta en la cruz

En realidad, Madre Teresita, estaba dando prueba de una fortaleza heroica, mucho más de lo que podían pensar los que veían sólo el reflejo de sus sufrimientos físicos. Su misma superiora parece no haberse dado cuenta de la verdadera situación en que se hallaba la joven religiosa. Dice la citada Madre Ángeles Martínez en carta a María Luisa Albarracín del 7 de abril de 1946:

«Solamente las que hemos estado muy cerca de ella durante su enfermedad podemos hacernos cargo de los dolores tan terribles que padeció, pues su cuerpo, ni aún apoyado en la cama, se podía tener por los pinchazos internos que sentía.

Un día en la clínica me dijo:

"¡Ahora sí que estoy puesta en la cruz! ¡Es horrible lo que me pasa!"

Al decirme esto, se le notaba una fisonomía de sufrimiento que daba compasión verla.

Tenía ella mucho miedo de que en un momento de tanto sufrimiento pudiera perder la paciencia y ofender al Señor. La víspera de morir, le dije que iba servidora a la capilla a hacer una visita a Jesús Sacramentado, y entonces ella me dijo:

"- vaya, vaya y dígame a Jesús que me lleve pronto".

Entonces yo le dije que eso no se debía decir, y ella contestó, muy extrañada:

"- ¿no se debe decir eso? Si lo digo para no pecar" »²⁹.

No. No era sólo el miedo a perder la paciencia ante los sufrimientos físicos y ofender con ello a su Señor lo que la llenaba de temor. Es que simultáneamente, está sosteniendo una terrible noche del espíritu. Estaba puesta en la cruz con su cuerpo y con su alma, como el Salvador que se sentía abandonado por su Padre: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Algo de ello entrevió su hermana María Luisa:

«Cuando comulgó el día que estuve con ella en la clínica - 9 de marzo, después de una noche terrible de pruebas interiores y dolores físicos, por cuya causa casi no se atrevía a recibir a Jesús, temiendo haberle ofendido, y a causa también de las fuertes tentaciones contra la fe que padecía, me dijo - al volver yo de misa - que le había dicho a Jesús, apretándolo mucho contra su pecho, aunque sin sentirlo:

"- Yo creo en Ti, yo creo que estás en mí, como cuando andabas por Nazaret, y yo creo, sobre todo, que Tu me amas. Por eso, y por que no quiero ofenderte, y porque tampoco quiero pedirte que me quites esta cruz que me has mandado, es por lo que te digo que me des fuerzas para resistir y gracia para no desesperarme. Sí, Jesús mío, antes morir que pecar"

Y muchas veces exclamaba en un verdadero grito del alma:

"- ¡Madre mía que no muera desesperada! ¡No me dejes, Madre mía!"

En la clínica se echó a llorar al decirle yo que el P. Bestué había preguntado por ella por teléfono, porque decía que ella no se merecía tanto.

Me decía muchas veces que no me desedificase por verla quejarse tanto y añadió:

"- Es que si miro al cielo, parece que se ha cerrado para mí y en la tierra encuentro tanto dolor...tantas penas... tantos sufrimientos "»³⁰.

"El cielo parece que se ha cerrado para mí..." Ya lo hemos dicho: parece un eco del grito angustiado lanzado por el Redentor: ¿por que me has abandonado?

Escribiendo a su hermano el P. Francisco Albarracín, dos días después de su muerte, María Luisa resumía así la profunda impresión que le habían dejado los sufrimientos físicos y morales de aquella y la fortaleza con que había sabido soportarlos.

«Aunque ha sufrido lo indecible, ha sabido sufrir. Ha padecido dolores horrorosos en su cuerpo y en su alma, angustiosísimas oscuridades, y al verse abrumada con tantos y tan diversos tormentos, sólo exclamaba en un grito del alma: "Madre mía que no muera desesperada. Jesús mío, que se cumpla tu santísima voluntad, pero dame fuerzas para que no te ofenda. Dios mío antes morir que pecar "»³¹.

Lo más maravilloso es que Madre Teresita hizo lo posible por disimular sus sufrimientos. Exceptuando esa confidencia que hizo a su hermana, tal vez buscando ayuda para vencer sus escrúpulos, supo guardar las torturas de su espíritu para sí como algo que había de quedar entre ella y su Señor. Hacía lo posible por disimular igualmente sus dolores físicos, y, delicada hasta el extremo sufría por ver que habían de ocuparse de ella. Sólo con su hermana María Luisa, relajaba algún tantico el control para poderse desahogar. Nos informa esta:

«Cuando el dolor subía tanto que no lo podía resistir casi lloraba, y decía: "¡Qué poca virtud tengo! ¡Una esposa de Jesús Crucificado que no sabe resistir el más pequeño sufrimiento! Si esto lo pasaran otras que tienen mucha más virtud que yo, darían muchísima gloria a Dios en ellos!"

Encontrándose en un estado de verdadera desesperación a causa del intensísimo dolor, le dijo que iba a avisar a una enfermera para que le pusiera una inyección calmante. De momento me dijo que sí, que fuera, por Dios, pero reaccionando rápidamente dijo: "No, no vaya, se podrían escandalizar de ver a una religiosas tan poco sufrida. Déjelo, Jesús quiere que sufra (...)"

Cuando estaba a solas conmigo - en la clínica - desahogaba un poquito sus dolores, quejándose lastimosamente, pero si llegaba alguien - hermana practicante, etc. - inmediatamente se sobreponía y mostraba su eterna faz sonriente.

Al decir yo que por qué lo hacía, me dijo:

"¡No quiero darle ese mal ejemplo!"

Y en otra ocasión:

"Cuánto me alegro de que esté hoy V. C. conmigo, porque así le doy trabajo..., al fin y al cabo V. C. tiene obligación de sufrirme - y sonreía -; pero las demás me da mucha pena que se sacrifiquen tanto por mí"»³².

El recuerdo de su familia

Otro de los motivos de sufrimiento - no había cumplido aún los diecinueve años: no se olvide - era el recuerdo de su madre y hermanos. Precisamente, el 6 de diciembre de 1945, al darle el primer ataque, había sentido inexplicablemente una fuerte nostalgia de su familia. Luego, en el decurso de la enfermedad sobre todo cuando vio acercarse la muerte, la imagen de su madre y de los hermanos que no iba a volver a ver en la tierra

debieron surgir a menudo en su memoria. Pero, dispuesta a sacrificar hasta los más legítimos afectos, evitaba referirse a ellos, incluso cuando hablaba con su hermana María Luisa y renunciaba al deseo de volverlos a ver.

"Al recordarle yo y hablarle de nuestra madre y hermanos, le pregunté si le gustaría verlos.

Se le nublaron un poco los ojos, se le notaba inundada de ternura, pero respondió:

"Oh, eso sería demasiado humano" - y cortó la conversación"³³.

En carta a su madre, María Luisa Albarracín volvía a referirse a este tema:

"Para contarte su vida, en primer lugar tendría que escribir...casi un libro y te quedarías sin conocer la verdadera vida de ese angelico, pues ésta ha sido tal, que sólo Dios la conoce en toda su grandeza y la puede valorar en su justo valor, porque ha sido vida íntima de sacrificio constante, pero tan alegre que casi nadie adivinaba su oculto martirio.

¿Que quien le produjo este martirio? Su corazón (...) Su corazón fue el verdugo de su vida. Refrenó sus afectos, aún los más legítimos, con tal fuerza de voluntad, que a mí me desconcertaba y me anonadaba, francamente

Un ejemplo: ¿dices que si se acordaba mucho de ti en su enfermedad? No te olvidó un momento: yo se lo conocí, pero nunca lo dijo. Lo hubiera tomado como una debilidad demasiado humana. No obstante, cuando la veía, yo le hablaba mucho de ti. Le contaba muchas cosas vuestras. Ella escuchaba con avidez, a veces se la saltaban las lágrimas... y callaba. Y me contaba que ofrecía este sacrificio por vosotros. ¡Pero era inflexible para consigo misma! Lo que por esta causa me ha hecho a mí sufrir en el noviciado no es para descrito.

En cierta ocasión, sin embargo, me dijo esto:

"Hermana María Victoria, si me llego a morir, piensa la pena tan grande que tendrá la mamá. Si sucede, no se lo diga de repente, dígaselo poco a poco, con mucho cariño, y consuélela cuanto Dios la inspire. Dígale que no sufra demasiado, que yo muero muy contenta y que me acordaré muchísimo de ella desde el cielo".

Esto fue lo que me dijo para su madre, y aunque por entonces no murió, yo guardé estas palabras como reliquias y testamento, pues presentía infaliblemente que no tardaría mucho en morir, aunque todo el mundo me llamase pesimista.

Otro día, ya después de operada y en franca gravedad me dijo, al decirle yo algo vuestro:

"¡Me parece que los quiero más que nunca...ahora precisamente!"

Como si quisiera decir: precisamente ahora que los voy a dejar para siempre. Pero, no, no se dejaba arrastrar por esos sentimientos que apartaban de su mente, según ella, el pensamiento de su Dios: eran sólo manifestaciones espontáneas y casi involuntarias, que brotaban a su pesar de aquel cariño martirizado, que ya no podía estrujar más en su corazón y salía atropelladamente en manifestaciones de ternura inmensa. ¡Pobre Teresita! Como Jesús en la noche de su pasión, también ella sentía entonces que, habiendo amado a los suyos, los amaba ahora hasta el fin"³⁴.

El encuentro con su Señor

A los tres días de estar en la clínica, viendo los doctores que no había nada que hacer la devolvieron a su comunidad, para que muriese en su propia casa. La llevaron en una ambulancia que se estrenó en esta ocasión.

Era el 10 de marzo. En su celda velada constantemente por una hermana y visitada a menudo por las demás, pasó los dos últimos días de su destierro.

"Viendo perdido todo lo de la tierra, nos cuenta M. Cruz Infante, acudí al cielo con mucha fe. El Señor había permitido que todos los doctores no atinaran, pero podía curarla El. Puse en un sorbito de agua unos hilitos-reliquias de nuestro Santo (entonces Beato P. Fundador- Ambas rezamos un Padrenuestro, pidiendo su curación y se lo bebió. Después dijo: "Madre, si me pongo buena, ya verá lo buena que voy a ser". Encargué a las novicias rezaran turnándose ante el Señor y tenía una gran confianza de conseguirlo... Los dolores continuaron y se partía el alma de verla sufrir, sin poderla aliviar" ³⁵.

En la madrugada del día doce de marzo, cesaron prácticamente los dolores. Hubo quien creyó que Dios había concedido la gracia. Pero la M. Josefina Codina, auxiliar de la maestra, que tenía alguna experiencia de enfermos, después de tomarle el pulso, advirtió a las Madres que la mejoría podría estar anunciando la muerte próxima. El médico de cabecera lo confirmó

.Aquella mañana del día en que murió, escribe María Luisa, desaparecieron las pocas esperanzas que teníamos, al ver que amanecía sin ningún dolor, fría como el mármol, sudando a mares y casi sin pulso...

La madre general quiso visitarla aquel mismo día y pidió a María Luisa que la acompañara. Al salir de casa, no sabían que iban a asistir a su muerte, pero al llegar a Sarriá se enteraron de que el médico había dicho que no llegaría a las veinticuatro horas:

"El día que murió, por la mañana, fuimos al Noviciado la Madre General y yo, y a mediodía, la madre superiora de aquí, que es también Vicaria General.

Todas estuvimos allí con ella, junto con la madre maestra, superiora del noviciado, la auxiliar de la madre maestra, la hermana enfermera, a la que ella quería mucho - aunque en esta enfermedad todas han sido enfermeras de ella- , y muchas profesas jóvenes del noviciado. A todas conocía y a todas sonreía" ³⁶.

La madre superiora nos cuenta sus impresiones:

"Jamás olvidaré aquel día 12 de marzo, en que le dije que aquella tarde estaría con Jesús en el cielo. Su rostro se iluminó, lleno de alegría exclamando: ¿De verdad, Madre que veré a Jesús pronto? ¿Esta tarde? ¡Qué felicidad!

Le dije que muy pronto le traeríamos el Santo Viático. Entonces me dijo: Madre, le voy a pedir una cosa, que creo me la concederá, ya es la última: Que pongan muchas flores en el altar, donde ha de venir Jesús por

última vez a esta habitación. Que esté muy lindo. También por la baranda de las escaleras, que enreden las novicias ramitos de flores. Todo se lo merece Jesús.

Arreglamos el altar como ella pidió. Lo miró sonriendo y dijo:

- ¡Qué precioso está! Ahora lo que falta es algún perfume para perfumar a Jesús en ese altar.

¡Pensar que esto sucedía pocas horas antes de entregar su alma al Señor! Lo que más me llenó de gozo, en medio de la pena que sentía, al ver que se nos iba fue la alegría angelical que reflejaba en su rostro" ³⁷.

El fervor extraordinario con que recibió los últimos Sacramentos y emitió la profesión religiosa *in articulo mortis*, impresionó mucho a los presentes. Nos hablan de ello varios testigos. Oigamos primero a su hermana:

"Tocaron la campana y se reunió toda la Comunidad - profesas, novicias y postulantes - todas con velos grandes y con velas en las manos, y así fuimos acompañando a Jesús desde la capilla hasta la enfermería.

El que le administró los Sacramentos fue el Padre Girvent, cmf., que es el capellán del noviciado y el mismo que impuso el velillo de postulante a Teresita y que después le dió la vestición y la profesión, confesor suyo durante estos casi cuatro años de vida religiosa, y conocedor, por tanto, más que un poco, de esta alma, por la que siente verdadero entusiasmo y cariño. Con él vinieron otros dos padres más que iban a marchar para las misiones" ³⁸.

Una novicia nos da así sus recuerdos:

"...al terminar la recreación del mediodía, me encargó la madre maestra pusiese las macetas más bonitas desde la capilla hasta la enfermería. Era deseo de Madre Teresita, pues así lo había expresado al decirle iba a recibir los últimos sacramentos. Nos dijo la madre maestra que entráramos en la enfermería cuantas cupiéramos. Íbamos todas con cirios. A mí me tocó justamente a sus pies. ¡Cuántas gracias dí al Señor por esto! (...) Estaba bellísima, con sus mejillas rojas y aquella expresión de paz, que no perdió nunca. Siempre serena iba siguiendo el ritual.

Al llegar a la fórmula de los votos, viéndola tan mal, le dijo el P. Capellán, que no se fatigase, si no podía, que los fuera repitiendo muy despacito y la reverenda madre general los diría en alta voz. Pero ella dijo que podía, y con su voz ya cavernosa por la agonía, dijo serena toda la fórmula.

Ella misma extendió las manos para la unción. Iba siguiendo todo con una atención y serenidad impropias de una joven de diecinueve años. Todas la teníamos envidia y, sin duda nos hubiéramos cambiado" ³⁹.

Tal es el poder de la gracia cuando se revela con toda su fuerza en los siervos de Dios. La fe y el amor vencen a la muerte y todos los sufrimientos físicos y espirituales que puedan acompañarla hasta el punto de hacer a ésta deseable para los que la contemplan. Continúa María Luisa Albarracín:

"Esto fue a las dos y media de la tarde. A las tres y cuarto comenzó la agonía, y en donde comenzaron sus ahogos y sus angustias.

La madre maestra - llorando a lágrima viva - le hizo la recomendación del alma y todas las demás arrodilladas alrededor de su cama, contestaban. Ella se daba cuenta de todo. Al acabar no podía llevarse siquiera el crucifijo a los labios, y me hacía a mí señas de que se lo diera; al besarlo decía con voz apagada:

"¡Os amo!"

Se estaba tranquilita, hasta que de pronto, decía: "¡Me ahogo, no puedo respirar!"

Quería sacar los brazos fuera, pero nosotras se los tapábamos para que no se le enfriase tanto el sudor.

Alternaban ahogos y sus sonrisas, y más que en uno de aquellos momentos se quedó en una de éstas.

De pronto dice con la cara transfigurada de alegría:

"¡Me parece imposible"!

-¿Qué? - le pregunté yo.

"¡Que dentro de poco voy a ver a Jesús!"

Poco después me hizo señas de que ya no podía respirar, sonrió y me miró por última vez" ⁴⁰.

La madre superiora nos cuenta así los últimos instantes de Teresita en la tierra:

"Al momento, ya que iba a volar su alma, hizo un esfuerzo y pronunció los nombres de Jesús y de María varias veces seguidas y fijando la vista hacia arriba, como si hubiera tenido una visión celestial, expiró, recibiendo las que estábamos a su lado su último suspiro dentro de nuestros corazones (...). Se quedó su cuerpo precioso, un rostro angelical. Toda la gente que desfiló ante su cadáver exclamaba llena de reverencia: "Parece Santa Teresita, parece Santa Teresita"» ⁴¹.

Eran las cuatro cuarenta y cinco de la tarde del martes 12 de marzo de 1946.

Entierro

Como Teresita había pedido a la hermana enfermera, al principio de su enfermedad, la amortajaran con el hábito más usado que tenía, precisamente el que había recibido en la vestición, y le pusieron la toca que había llevado por vez primera el día de su profesión. Sobre ella le pusieron una corona blanca, de esposa. Luego colocaron su cadáver en el locutorio del noviciado, sobre un catafalco, rodeado de muchísimas flores y algunas velas encendidas. Sobre el cadáver echaron un velo blanco. Tenía las manos unidas sobre el pecho, en actitud orante, y con ellas sujetaba un Crucifijo, el mismo que había tenido debajo de la almohada durante toda la enfermedad y que había estrechado contra su pecho en la agonía. Sobre ella manos delicadas habían colocado unos lirios que el día anterior se habían abierto precisamente delante del Sagrario. La velaban las religiosas por turnos de cuatro o cinco.

"Fue mucha gente a verla, nos cuenta su hermana, sobre todo sus nenas, las que tenía en la clase, parvulitas que venían con sus madres, y a las cuales había que empinar para que la vieran, pues ella estaba un poco en alto. ¡Si vieras cómo lloraba todo el mundo!

Vino una niña monísima, que se llama Mari- Carmen, a la que hacía poco se le había muerto su madre y a la que Teresita le había dicho: "No llores, yo seré ahora tu mamá". Ella la miraba toda triste, porque veía muerta también a su segunda mamá".

A las cuatro fue el entierro. Toda la Comunidad estaba en el locutorio cuando vinieron por ella, y todas lloraban menos yo, que estaba como en otro mundo. La acompañaron hasta el cementerio dos madres de aquí - una de ellas la superiora, y la madre maestra y superiora del noviciado- El P. Girvent, también fue con ella hasta la última morada. Yo no fui, porque Nuestra Madre ya no me dejó, temía que no pudiera resistir. Nos vinimos las dos a casa y al salir a la calle, ¡qué frío tan intenso llevábamos en el alma!"⁴².

La madre maestra confirma:

"El 13, a las cuatro de la tarde, se puso en marcha el entierro. Pude también acompañarla al cementerio... aun tengo en mi retina el momento en que la descubrieron, volvieron a tapanla y...la encerraron en el nicho 524 de la isla primera en el cementerio del Este..."⁴³.

NOTAS

- ¹ Nota del 27 de mayo 1945, p. 92.
- ² Apuntes ejercicios agosto 1945, p. 99.
- ³ Carta a María Luisa Albarracín, 20 diciembre 1942, p. 1.
- ⁴ Carta a su madre, 8 de octubre 1944, p. 4.
- ⁵ Carta a su madre, 12 julio 1945, p. 2.
- ⁶ Carta a su madre 8 octubre 1944, p. 2.
- ⁷ Ibid.
- ⁸ Carta a su madre, 11 febrero 1945, p. 4.
- ⁹ Nota del 20 mayo 1944, p. 74.
- ¹⁰ Nota del 31 diciembre 1943, p. 55.
- ¹¹ Nota del 31 diciembre 1944, p. 83.
- ¹² María Luisa Albarracín Recuerdos de María Teresita Albarracín.
- ¹³ *Sonrei siempre*, pp. 171-172.
- ¹⁴ M. Cruz Infante, Mis recuerdos sobre María Luisa Albarracín, Arch. Gral. RMI., SA. 4.45 (2), P. 10.
- ¹⁵ Cf. Carta de la superiora a María Luisa Albarracín , 7 abril 1946, *Sonrei siempre*, página 192.
- ¹⁶ Cf. M. Ángeles Martínez a María Luisa Albarracín, Arch. Gral. RMI., SA. 3.7 (4).
- ¹⁷ *Sonrei siempre*, P. 182.
- ¹⁸ Así el manuscrito original de María Albarracín. Arch. Gral. RMI., SA. 3.7 (4).
- ¹⁹ Carta 27 enero 1946.

- 20 Arch. Gral. RMI., SA. 3.8 (8).
21 Arch. Gral. RMI., SA. 3.8.
22 Arch. Gral. RMI., SA. 3.6, P. 104.
23 María Luisa Albarracín a su madre, 15 marzo 1946: *Sonreí siempre*,
página 184.
24 "Mis recuerdos sobre M. Teresita Albarracín", p. 11.
25 Informes Testigos I, 1, p. 3.
26 M. Cruz Infante, Informes Testigos I, 1, p. 3.
27 *Sonreí siempre*, p. 192.
28 María Luisa Albarracín a su madre, 24 marzo 1946: *Sonreí siempre*,
página 187.
29 *Sonreí siempre*, p. 191.
30 *Sonreí siempre*, pp. 188-189.
31 María Luisa a su hermano P. Francisco. 14 marzo 1946, *Sonreí siempre*,
p. 174.
32 Testimonio de María Luisa Albarracín en *Sonreí siempre*, p. 189.
33 *Sonreí siempre*, p. 190.
34 M. Luisa a su hermano P. Francisco, 14 marzo 1946, *Sonreí siempre*, pp.
186-187.
35 M. Cruz Infante, Mis recuerdos sobre M. Teresita Albarracín, p. 11
36 *Sonreí siempre*, pp. 192-193.
37 Informes Testigos I, 6, p. 1.
38 *Sonreí siempre*, p. 194.
39 *Sonreí siempre*, pp. 194-195.
40 *Sonreí siempre*, p. 195.
41 *Sonreí siempre*, p. 196.
42 *Sonreí siempre*, p. 198.
43 "Mis recuerdos sobre M. Teresita Albarracín", p. 13.



VIII

Rasgos espirituales

La paciencia y fortaleza heroicas con que Madre Teresita Albarracín sobrellevó los agudos dolores físicos y el fervor angelical con que se fue caminando al encuentro con su Señor, fueron para los que presenciaron todo esto una verdadera revelación: el comienzo de una auténtica fama de santidad.

Fama de santidad

No queremos decir que todo comenzara entonces. Los que convivieron con ella o la trataron con alguna intimidad - la madre general, su director...- la tuvieron en vida por un alma de virtud singular. "La impresión que, desde su entrada en el postulante, me hizo María del Carmen Albarracín, fue que era un alma privilegiada y fue aumentando el buen concepto que de ella me formé a medida que la iba tratando"¹, escribe la superiora general, M Pilar Gibert. Una compañera afirma: "... se la veía que era un alma selecta, muy llena de Dios, su amor al buen Jesús era tan elevado que todo lo que tocaba lo sobrenaturalizaba"². "La impresión que me causó fue tal que pensé - y creo lo dije-, esta hermana llegará a ser algo grande"³. Una connovia atestigua: "siempre fue edificante, dejando traslucir con las palabras, el amor y fervor de su corazón"⁴. "Vi en ella un modelo de virtudes. Me edificaba en todo momento", afirma otra ⁵. Tres testigos afirman lo mismo, en forma negativa y a la vez más incisiva, al afirmar que nunca vieron en ella falta laguna al menos deliberada. M. Gloria Zúñiga que durante el noviciado estuvo con ella cultivando la misma parcela de jardín, no recuerda haberla visto faltar jamás al silencio ⁶. "No vi en ella falta deliberada" ⁷ escribe M. María Paz Cantalejo. "No recuerdo cosas, ni caso alguno de menos edificación y menos aún, falta alguna" ⁸, atestigua M. Amparo de san Simón.

Podíamos alargar esta lista de testigos bastante más, pero preferimos dar fin a ellos con el de la M. Angeles Martínez que fue su superiora:

"Era tenida por un alma ejemplarísima, que buscaba la santidad. En todos sus actos reinaba la prudencia y llamaba la atención el recogimiento interno que se veía en ella, el cual resplandecía en su semblante y en todos sus actos.

Esta opinión fue constante, al ver las virtudes que ella practicaba y las gracias con que el buen Dios la adornaba" ⁹.

Es evidente, sin embargo, que a raíz de su muerte, la fama de las virtudes de la sierva de Dios, comenzó a convertirse en verdadera aureola. Los que la conocían cobraron conciencia clara de que Dios les había concedido la gracia de convivir con un testigo privilegiado del Espíritu y presenciar su muerte. Dos hechos contribuyeron al crecimiento de la imagen que de Madre Teresita se habían formado los que la conocieron. En primer lugar, la fortaleza y amor extraordinarios de que dio pruebas en su enfermedad y muerte. María Jesús Freixa, que había colaborado con ella en las clases de párvulos, escribe haber anotado como una gracia particular el haber podido asistir a la recepción de los últimos Sacramentos de la sierva de Dios ¹⁰. Ya hemos oído cómo las religiosas de la clínica, a pesar de ignorar el influjo que santa Teresita de Lisieux había ejercido en la vida espiritual de la enferma, intuyeron cierta similitud entre ambas. Su maestra de novicias desde que murió la sierva de Dios tuvo la firme esperanza de que se hallaba en el cielo: "A pesar de mi dolor, siempre pensé que aquella alma tan bella estaba en el cielo, y muchas veces me encomiendo a su intercesión"¹¹. Su superiora recogió todos los objetos que habían pertenecido a Teresita y ordenó que su habitación fuera dejada como ella la había tenido. Todos los días entraba en dicha habitación para meditar sobre las virtudes de que Madre Teresita había dado ejemplo y para solicitar su intercesión ¹².

"Dirá V. R., ¿por qué la M. Angeles conserva todo esto? Sencillamente le diré: porque en aquellos momentos en que yo le hablaba que se iría al cielo pronto, y ella me pedía que le pusiéramos flores en el altar, en todos esos momentos, algo celestial se notaba en aquel rostro, una cosa que jamás la había yo visto en el mundo, y es verdad era que Jesús se había posesionado ya de aquella alma dichosa. El estaba allí, aunque mis ojos no le veían, pero los efectos se sentían. Ahí está el porqué de mi veneración por todas las cosas de M. Teresita, particularmente las que ella usó." ¹³.

Otro de los motivos que contribuyeron a engrandecer la fama de las virtudes de Teresita fue la lectura de sus escritos espirituales. Lo confirma la misma madre superiora:

"Recuerdo muchas veces lo que oí de labios del Rvdo. P. Girvent, confesor de la comunidad, cuando vivía M. Teresita. Le dí los escritos de ella, para que los leyera. Hacía unos días que había fallecido. Al devolvérmelos me dijo: guarden con mucho cuidado, todos los escritos de esta alma, porque hoy día todo quedará en silencio, pero pasado el tiempo harán falta, porque Dios la ensalzará en la tierra" ¹⁴.

La lectura de estos escritos fueron una revelación sobre todo para su hermana María Luisa. Unidas en su fuerte amor fraterno, pero muy diversas en el temperamento - María Luisa era viva y apasionada - no habían podido intimar lo suficiente para que esta comprendiera toda la belleza interior de su hermana. Su fidelidad exacta la había visto María Luisa como rigor y

había sufrido mucho durante el noviciado, al ver cómo su hermana sacrificaba la inclinación a tratarla más íntima y frecuentemente en aras de la caridad común:

"...frenó sus afectos, aún los más legítimos, con tal fuerza de voluntad que a mí me desconcertaba y me anonadaba, francamente...Era inflexible para consigo misma. Lo que por esta causa me ha hecho sufrir a mí en el noviciado no es para descrito" ¹⁵.

Al leer los escritos de su hermana, María Luisa Albarracín intuyó por vez primera la profundidad de su vida interior:

"No he conocido a mi hermana hasta ahora; yo sabía que era un alma muy escogida, pero no que fuese tan privilegiada. Desde hace un par de días tengo en mi poder - con el fin de copiármelos conforme pueda - los escritos íntimos de Teresita, y ¡no puedes imaginar que alma tan grande la de esa criatura! No cabe duda alguna de que el Espíritu de Dios moraba en ella. De otra manera no podría comprenderse cómo una niña sin estudios de ninguna clase podía escribir cosas tan subidas y profundas, ni cómo encontraba una fuerza tan extraordinaria como la que empleó en vencerse y negarse a sí misma...

Puedo asegurarte que su vida fue una continua lucha, una continua tentación. Siempre sabías, te lo he dicho, cuán amable y sonriente era de continuo el exterior de Teresita, pues bien, en sus páginas íntimas veo que ha padecido el tormento de la tristeza hasta la muerte, y nadie, nadie, se lo conoció jamás.

Al verla se la imaginaba exenta de esas mil miserias de que es víctima el corazón humano, y no sabíamos -yo sabía algo -- qué de tormentos agitaban el corazón de aquella monjita dulce que siempre sonreía, que siempre aconsejaba prudentísimamente, que siempre consolaba. ¡Qué de misterios de las almas!" ¹⁶.

María Luisa confirma lo que sobre la opinión del director espiritual de Teresita nos ha dicho ya M. Angeles Martínez:

"El Padre que ha sido su director espiritual (...) dice que era un alma en extremo delicada y sueña con que Dios manifieste su gloria en ella" ¹⁷.

Más aún, la M. María Pérez, enfermera de la sierva de Dios, afirma haber oído decir al P. Girvent, cuando éste salía de orar ante el cadáver:

"Con sólo lo que ha sufrido y la paciencia con que ha sufrido habría para canonizarla" ¹⁸.

Entrega total

Antes de estudiar, en síntesis conclusiva, los rasgos que destacan con mayor relieve en la fisonomía espiritual de la Madre Teresita Albarracín, nos detenemos con sorpresa ante un hecho: la totalidad de su entrega a la gracia. Piadosa desde su niñez, desde aquella su conversación

durante una misión predicada por los Claretianos en su parroquia, a raíz de la muerte de su padre, estaba ya convencida de que Dios la quería santa y respondió a ese llamamiento personal con una dedicación plena. Probada muy pronto por el Espíritu Santo, primero con arideces y luego con tentaciones contra la fe, la esperanza y contra su vocación religiosa, Teresita no se echó para atrás. Torturada luego por agudos sufrimientos, físicos, supo vivir sus sufrimientos como una ocasión maravillosa para crecer en el amor. Los dolores acrisolaron su fidelidad.

Una ayuda eficaz en esta su entrega, renovada constantemente, la halló en aquella su convicción de que Dios la iba a llevar muy pronto a su gloria, de que el tiempo para crecer, era breve. *No tengo tiempo que perder*, repetía. Desde su "conversión" toda su vida se desarrolló de cara a la gloria del Padre. Como los antiguos monjes, fue realmente una peregrina en la tierra y de allí que como ellos viviera con tanto relieve el aspecto de conversión a la Palabra y a la Gracia que los monjes consideraban como fundamental en toda vida cristiana. Se "convirtió" durante la misión, a los catorce años: "Vuelta a comenzar", escribía en los ejercicios y retiros".

Esto explica la constancia con que se examinaba, diariamente, pero sobre todo en los retiros mensuales y en los ejercicios, y el cuidado con que pasaba revista de los diversos aspectos de su vida cristiana y religiosa, haciendo propósitos sobre ellos. Su superiora nos dice que entre los objetos de la sierva de Dios que ella conservaba se hallaba una especie de pequeño rosario con el que ésta llevaba la cuenta de su examen particular. Todo esto como hemos advertido, daba a su vida espiritual un cariz ascético acusado que ella había asimilado del ambiente que la rodeaba. Pero, como hemos visto, lo ascético era en ella sólo una faceta, completada por la evidente acción del Espíritu Santo y por consiguiente por una pasividad mística. De ahí que al terminar de formular sus resoluciones, M. Teresita se entregaba confiadamente a los brazos de Dios, para que El con su gracia y sus mociones la llevara por el camino que le acababa de señalar²⁰.

Dios Padre

Como muchos retablos antiguos, la visión del mundo en que vivió M. Teresita Albarracín estaba dominado por la imagen de Dios Padre. Todo su mundo espiritual culminaba en el Padre. Pero a diferencia de esos retablos, la figura paterna de Dios no era algo remoto, perdido casi como pura imagen decorativa, a quien nadie reza, junto a la bóveda. El Padre para ella fue siempre, o al menos desde sus primeros escritos, una imagen cercanísima y benevolente. Aun cuando las pruebas parecían alejarlo y cerrar sobre el rostro de la pequeña las puertas del cielo, Teresita sabía que el Padre estaba allí velando por ella:

"En mis angustias, en mis humillaciones, amarguras, sufrimientos interiores, cuando todo parece a punto de sucumbir, levantaré mi corazón a Dios, recordaré que es mi Padre que me ama infinitamente más que nadie y

que no permitirá que la prueba me atormente más de lo que resisten mis fuerzas..."²¹.

Cuando, bajo la luz purificadora de la contemplación, se sentía traspasada por la conciencia de su propia fragilidad, M. Teresita se arrojaba en los brazos de su Dios, con gesto casi infantil, pero ciertamente filial:

"Dios mío, me arrojé en tus brazos, pues me siento del todo impotente, para ser buena"²².

"...Mucho abandono en los brazos de Dios"²³.

"...sólo deseo amar a Dios con todo mi corazón, aunque no lo sienta y cueste lo que cueste. Me he arrojado en sus brazos y estoy segura de que no me abandonará, aunque me prueba a veces hasta derramar lágrimas. ¡Sé de quien me fío! (San Pablo)²⁴.

Repetiendo el gesto filial de Jesús moribundo, a M. Teresita le gustaba repetir sobre todo cuando terminaba de formular sus propósitos y se sentía incapaz de cumplirlos:

"Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu"²⁵.

Como venidos de la mano del Padre, recibía M. Teresita igualmente los sufrimientos crecientes que le producía la enfermedad:

"Mi buen Padre se ha complacido en tenerme estos meses en la cama..."²⁶.

escribe en la nota, incompleta, de su Diario.

Todo esto revela una actividad del don de piedad. Era el Espíritu Santo quien desde el corazón de Teresita, la impulsaba a gritar y gritaba el mismo: Abba, Padre.

De ahí que como ya hemos advertido al estudiar en su desarrollo la vida interior de M- Teresita, el atributo divino que aparece con mayor relieve en su experiencia, es el de la misericordia. A esta misericordia de Dios atribuía todos los momentos serenos de su vida: el haber podido cumplir los propósitos en el año que terminaba, el haber gozado en él de alguna paz interior²⁷. A la misericordia divina atribuyó la luz con que en mayo de 1945 vio hasta las raíces de sus defectos²⁸. y, porque se trataba de una prueba vio como una gracia de la divina misericordia la separación de su maestra, a la que tanto quería²⁹. "Confiar ilimitadamente en la misericordia de Dios"³⁰ llegó a ser su propósito central en un periodo de particulares pruebas.

Confiar, confiar... la esperanza aparece en su experiencia religiosa con particular relieve. Precisamente, porque atravesó estos últimos años de su vida, de 1942 a 1946 en una tiniebla cada vez más cegadora, su actitud era de entrega a Dios, de confianza "ilimitada" en su misericordia: "me arrojé...", "me entrego...", "sé a quien me he confiado...". Ya hemos tenido ocasión de oír repetidamente estas frases.

Lo que no hemos dicho hasta ahora es que M. Teresita procuraba infundir esa misma esperanza en sus familiares. A su madre procuraba inculcársela una y otra vez. Al salir esta de un apuro de orden económico, la hija le decía:

"Me alegré mucho al saber lo de las vías, ¿ves mamá que bueno es Dios? ya te ha sacado de un apuro y te sacaré de todos, si tienes fe y confianza en El"³¹.

"Quiero que me escribas una carta muy contenta, que para eso eres mi hija de Dios que vela continuamente por ti y por todas tus cosas"³².

le había escrito unos meses antes.

A su hermana María Luisa, cuando se estaba decidiendo a hacerse religiosa, la fue llevando igualmente por los caminos de la confianza³³. Pero fue sobre todo con motivo de la operación de su madre, cuando se arrojó confiadamente en los brazos de Dios, y procuró inspirar la misma actitud a los suyos:

"Llegué a tener una confianza tan grande que nada me habría apurado, todo lo había dejado en las manos de mi Padre celestial y El, como Padre, ¿no habría de darme lo que más conviniera y no lo arreglaría todo sapientísimamente como Dios que tanto nos ama? Aunque nos haga sufrir; pero una madre, para curar a su hijo herido, ¿no lo hace sufrir hasta llorar? Y ¿acaso no hace esto porque le ama mucho y sólo desea su bien? Así obra nuestro Padre con sus hijos, nosotros. Creamos en su amor, confiemos en El, aun en medios de las mayores pruebas y El obrará milagros, si preciso fuera, para que nuestra confianza no quede fallida"³⁴.

El último párrafo es revelador: su confianza total es sólo la reacción ante la imagen del Padre cercano y lleno de infinito amor.

¿Tuvo algún influjo en esa percepción de Dios como un Padre que se inclina hacia lo pequeño, la experiencia que tuvo de su padre en la infancia y sobre todo la desaparición de éste, cuando estaba saliendo de la niñez? Es posible: ya se sabe que la gracia se encarna en nuestra naturaleza y utiliza los resortes los resortes de nuestra psique. Pero la imagen del Padre le venía ya de la catequesis. En el último párrafo que acabamos de citar, hay evidentes ecos del Evangelio y a través de éste de la relación misma que Jesús tuvo con su Padre. Pero no hemos de olvidar el influjo que en su vida espiritual tuvo la doctrina de Santa Teresita de Lisieux. También en ésta el don de piedad es uno de los que aparece con mayor relieve.

He aquí la esclava del Señor

Esta cercanía paterna de Dios se halla en la experiencia religiosa de Teresita Albarracín equilibrada por un sentimiento profundo de la soberanía divina. En todo el desarrollo de su vida interior, esta fiel discípula del Señor se propuso como norte la voluntad divina. En ocasiones, especialmente en las pruebas y sufrimientos, se trata de conformar con el querer de Dios:

"Muy especialmente he de sacar de estos ejercicios el propósito de conformar en todo mi voluntad con la de Dios"³⁵.

escribía en agosto de 1943. Otras veces, se trata de buscar la voluntad divina, para ajustar a ella la propia conducta:

"Hoy propongo pensar siempre ante todo: ¿Cual es la voluntad de Dios?, y luego ponerla en obra sin dudas ni vacilaciones"³⁶.

A esa voluntad benevolente y salvífica procuraba entregarse sin reservas:

"Vivir completamente abandonada a la voluntad de Dios; no preocuparme por lo que ha de venir, ni por el éxito de mis ocupaciones; nada puede suceder que Dios no lo tenga previsto, ordenado y dispuesto desde toda la Eternidad y Dios que es Sabiduría, Omnipotencia, Amor, nada malo me enviará"³⁷.

"Dios mío, me arrojó en tus brazos, para que hagas de mí lo que quieras. Me siento miserable y en cambio no sé decir nada, sino amarte y cumplir tu santa voluntad eternamente"³⁸.

M. Teresita vivía pues en una total entrega al querer amoroso de Dios, tanto para lo agradable como para lo adverso. "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"³⁹, había exclamado en una ocasión y se había propuesto repetir, imitando así a la bienaventurada Madre del Señor.

Jesús su Esposo

Si el Padre celeste "fuente de divinidad" según los Padres griegos y creador por su Verbo y en el Espíritu de todo, ocupa el vértice en el mundo espiritual de Teresita Albarracín, como alguien a la vez soberanamente lejano y paternalmente cercanísimo, este mismo mundo espiritual se halla todo él iluminado por la presencia de Jesús. Y tratándose de Jesús todo es para ella, cercanía. Su imagen de Jesús se halla en el polo opuesto del Rey-Juez exigente que había forjado la piedad jansenista. Es cierto que en una de sus primeras oraciones, Teresita le pide que la mire "desde su excelso trono". pero ese trono es el amor glorificado. Teresita reproducía esta vez la imagen de Cristo producida por su alma por esas frecuentes imágenes blancas y doradas del Sagrado Corazón, reinando en el centro de su retablo gótico o pseudo -gótico, entre rayos dorados. Si los rayos irradiaban gloria, la mirada de Cristo, su leve inclinación hacia el devoto y la mano indicando el Corazón abierto anulaban la impresión de altura y establecían un lazo entre el Salvador y el creyente. Esta parece ser la primera imagen que de Jesús tiene Teresita. Una imagen que le inspira profundo respeto, pero también viva ternura. El aspecto devocional predomina entonces.

Añadimos que las relaciones de Teresita con Cristo se hallan entonces claramente influidas por la piedad intimista y algo sentimental,

que se manifiesta ya en santa María Magdalena de Alacoque y reflorece en España con los Sagrarios abandonados. De ambas tendencias se oyen muchos ecos en la piedad de esta sierva de Dios. En 1942 - primeros escritos - abundan alusiones a los sentimientos de Jesús: amantísimo⁴⁰, Jesús espera anhelante y gozoso a las almas⁴¹ pero a la vez está triste⁴² y lleno de amargura⁴³, porque se ve abandonado⁴⁴ y busca consuelo en algunas almas⁴⁵. Estamos pues en plena corriente de la reparación-consuelo, tan unida a la devoción del Corazón de Jesús a partir de Parey-le-Monial. Precisamente, Teresita demuestra una viva devoción al Corazón de Cristo, a lo largo de estos últimos años de su corta vida, pero esta devoción aparece con mayor insistencia en los años 1942- 43- Al parecer, cuando aún estaba en el siglo, María del Carmen Albarracín se había consagrado al Sagrado Corazón. Cada mañana volvía a consagrarle todas sus obras y su misma persona⁴⁶. El último día de los ejercicios preparatorios a la vestición, copió y tal vez adaptó al menos al final, unos párrafos en que todos los aspectos de la vida interior se relacionaban con el Corazón del Salvador. La imaginería es la usual en escritos de este tema por aquellos años: lecho de esposa, nido de la paloma, retiro del pájaro solitario, nido de la tórtola, maná, nido de agua viva, fortaleza refugio para delincuentes...Pero no son estas imágenes, algunas bastante sugeridas, gastadas las más, lo que debe atraer nuestra atención, sino el hecho precisamente de que toda la vida espiritual, en todos sus aspectos gozosos y dolorosos, halle en el Corazón de Cristo su punto central de referencia⁴⁷.

Entre todos los atributos de Cristo el que más descuella es el de su infinita misericordia. Hallamos aquí un influjo de lo que ya hemos descubierto en el Padre. No sólo habla la sierva de Dios del "misericordiosísimo Jesús"⁴⁸, o de "Jesús misericordioso"⁴⁹, sino que se refiere con frecuencia a la infinita⁵⁰, o gran⁵¹ misericordia del Redentor⁵².

En el curso del noviciado y en los dos años que vivió como profesa, se advierte un proceso de interiorización de su imagen de Jesús. En los ejercicios, recorriendo las meditaciones de la etapa iluminativa, emerge como es obvio, el aspecto ascético de la imitación del Señor y comunión con El. Pero es significativo que en cada tanda de ejercicios, las meditaciones sobre los misterios de la vida del Señor sean casi las únicas que recuerda y comenta. Así en los ejercicios preparatorios para la vestición en marzo de 1943, ejercicios caracterizados por una gran aridez, se advierte como un rebrote de ternura al llegar a las meditaciones sobre el nacimiento y la vida oculta⁵³. En los de agosto siguiente, hechos con toda la comunidad, habla de imitar la obediencia de Cristo hasta la cruz⁵⁴. En los ejercicios de agosto de 1945, los últimos que hizo, extracta las meditaciones sobre la oración del huerto y la entrada en Jerusalén⁵⁵. No se olvide que estaba entonces atravesando una dura purificación pasiva.

En los ejercicios preparatorios a la toma de hábito, compuso un largo texto titulado "Mi vida es Cristo", tal vez inspirado por una de las pláticas dadas por el director. Este texto demuestra hasta qué punto su autora había tomado en serio la imitación de su Señor y cómo profundizando y

extendiendo ésta a todos los aspectos de su vida cotidiana, la imitación se estaba convirtiendo en comunión con su Salvador. Este texto ofrece además un interés particular: todo él refleja ideales típicos de San Antonio María Claret: la transformación en Cristo - Vivo yo...- como meta, la imitación y comunión de espíritu con Cristo, como método. El santo lo había expuesto, entre otros textos, tanto en el *Colegial instruido*, como, más especialmente, en la obrita, *La Colegiala* escrita a petición de la Fundadora de las Misioneras Claretianas, M. Antonia París. Dice así M. Teresita:

"Mi vida es Cristo. Este quiero que sea mi lema constantemente y ¡ojala, que lo llegue a vivir tan intensamente, que pueda decir con el Apóstol: "Vivo yo, mas no soy yo quien vive, sino que Cristo es quien vive en mí"! Para conseguir esto, tengo que conformar en todo, mi vida con la de Jesús, pensando que soy un miembro de su cuerpo místico y por lo tanto he de pensar y sentir en todo momento conforme a la Cabeza que es Cristo. Así al levantarme, pensaré que es Jesús, encarnándose en las entrañas de María Santísima; al vestirme, que es Jesús, revistiéndose de nuestra naturaleza; al ofrecer a Dios mis obras y toda yo, mediante la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, que es Jesús ofreciéndose al Eterno Padre en el Templo; durante las comidas, que es Jesús diciendo, mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que me ha enviado; en mi trabajo, callado, silencioso, que es Jesús, en el taller de Nazaret; en el silencio, en el recogimiento, en la oración, que es Jesús huyendo de las turbas y retirándose al desierto para orar; en las obras de apostolado, de celo, que es Jesús, trabajando por la gloria de su Padre (...), si sufro angustias interiores (...), que es Jesús en Getsemaní; si soy visitada con consolaciones interiores, que es Jesús en el Tabor (...) si soy atormentada con dolores y enfermedades, que es Jesús en el Monte Calvario; sufriendo toda clase de dolores..."⁵⁶.

Tres páginas enteras de su cuadernillo de apuntes dedicó M. Teresita a proyectar hacia los más escondidos repliegues de su vida de cada día la luz que emana de la vida de Cristo. Como habíamos dicho al introducir este texto y según aparece claramente en él, más que de imitación, material y exterior, se trata de comunión con el Salvador, contemplándolo constantemente y asimilando su espíritu.

En realidad, lo que predomina en estos últimos años de la vida de Teresita y por lo mismo podemos decir en todo su itinerario espiritual, no es el aspecto ascético de la imitación de Cristo, con ser éste tan valioso, sino el carácter íntimo y totalizador que cobran entonces sus relaciones con Jesús. Lo revela el último texto citado. Teresita aparece conquistada por el amor de su Señor. Por un lado no sabe expresar todo lo que Jesús es para ella, sino multiplicando los nombres de Cristo, exactamente como casi un siglo antes solía hacer San Antonio María Claret, su Padre Fundador: "Eres mi Padre, Hermano, mi Amigo, vas a ser mi Esposo"⁵⁷, le decía en pleno noviciado en la fiesta de todos los Santos de 1943 "Voy a ser esposa de Jesucristo, de mi Salvador, de mi Señor y mi Rey, de mi Dios"⁵⁸ escribía gozosa al empezar los Ejercicios preparatorios, a la profesión. Padre, Hermano, Amigo, Esposo, Salvador, Rey, mi Dios, no, no eran piropos

donde el afecto subjetivo predomina sobre el contenido poético. Ciertamente multiplicar los nombres refleja la insaciabilidad de su amor. Lo saben todos los enamorados y tal vez más las mamás cuando hablan a sus bebés. Pero en este caso, hay que tener en cuenta, objetivamente, la riqueza de Cristo, Dios-con nosotros, que sólo la multiplicidad de nombres y misterios puede sugerir. Ella lo llama en primer lugar, Padre, y luego Hermano. ¿Se debe eso a que en su experiencia familiar, el padre y luego los hermanos, fueron para ella las figuras masculinas que había amado con tanta intensidad? Es posible que haya habido una traducción a lo divino de esta experiencia profundamente humana. Pero hemos de recordar que también San Antonio María Claret, daba a Cristo entre otros nombres, el de Padre. Jesús aparece así como el nuevo Adán, Padre del siglo futuro de quien el nuevo pueblo de Dios procede. Luego, afirma Teresita que Jesús va a ser pronto su Esposo. Alude a la profesión, a partir de la cual sus relaciones con Cristo tuvieron un carácter intensamente esponsal. De ellos nos hemos ocupado, al estudiar esta última etapa de su desarrollo espiritual.

A esta riqueza con la que la imagen de Cristo, en sus varios misterios y nombres, aparece en su experiencia espiritual corresponde el papel no sólo central sino absorbente que juega el amor de Cristo en su vida. Jesús era para ella todo:

"Donde está tu tesoro, allí está tu corazón. Si mi tesoro es Jesús, y Jesús está en el Cielo y en el Sagrario. ¿Como no tengo siempre mi corazón en el Cielo y en el Sagrario? ¿Cómo me atrevo a ponerlo en las cosas de la tierra?"⁶⁰.

decía recriminándose, sin duda para incitarse más y más. Pero el día antes - ya oímos estas palabras - había confesado-

"Solo una cosa me interesa: amar a Jesús, salvar almas para mi Jesús, hacer sonreír a mi Jesús, no ofender a mi Jesús. Lo demás, ¿qué más me da?"

Efectivamente: sus propósitos se dirigían siempre a su Amor:

"...no sé qué hacer ni qué proponer para agradar más a Jesús.

He de vivir más olvidada de mi misma y de mis gustos propios, pensando en todos mis actos, ¿esto agrada a Jesús?, pues lo hago. ¿me parece que no le agrada?, pues lo dejo, aunque me cueste. ¿Es tan corta la vida y tan poco lo que puedo sufrir por Jesús que debiera alegrarme de todo corazón cuando pueda ofrecerle algo que me cueste!"⁶¹.

No hay duda, en la experiencia religiosa de Teresa Albarracín, la totalidad del amor a Dios se traduce en un amor total a Jesús. Jesús interviene como sacramento del encuentro con Dios.

Mi Inmaculada Madre

Esta presencia, íntima, absorbente, de la humanidad de Dios en la vida de Teresita Albarracín, tuvo como natural consecuencia una experiencia constante de la intercesión maternal de María. Escribió sólo alguna que otra oración y poema dirigido a la Madre del Señor. Ordinariamente, ella dialogaba con Jesús. Pero es muy significativo el que prácticamente no haya una oración a Cristo o una lista de propósitos suyos que no acuda con una invocación a la Madre celeste pidiendo su ayuda para ser fiel o solicitando su intercesión para obtener alguna gracia espiritual. En la larga oración compuesta entre el 1 y el 15 de marzo de 1942, se trata sólo de una jaculatoria: "*Oh dulce Corazón de María, sed la salvación mía*"⁶².

La larga oración sin título; redactada el 15 de agosto siguiente terminó con tres líneas de invocación a María: "*Interceded Vos por mí, Madre mía amantísima...*". A la Virgen recurría en los ejercicios preparatorios a la toma de hábito, para pedirle la humildad⁶³, y en la fiesta de Todos los Santos, unos meses más tarde para implorarle la ayuda a dominar la tristeza⁶⁴, el día final del de 1943⁶⁵ y de 1944⁶⁶ para solicitar su ayuda para el año que iba a comenzar. La invocó al iniciar los ejercicios para la profesión⁶⁷ y ordinariamente al pasar en examen su propia vida en los retiros mensuales⁶⁸, *A María confío la perseverancia en mis propósitos*⁶⁹ había escrito el 10 de abril de 1945. *De nuevo me encomiendo a mi Madre la Virgen Santísima*, dice en el penúltimo de sus apuntes unos días antes de caer enferma⁷⁰.

Sus relaciones con la Virgen fueron siempre de un intenso amor filial. En una nota escrita cuando era todavía postulante, en febrero de 1943, había confesado:

"Amo mucho a la Santísima Virgen, siempre que le rezo suelo llamarla mi Madrecita, y verdaderamente que lo es y muy cariñosa. Cuando hablo con Ella, me imagino que soy una niña muy pequeñita que postrada a sus plantas, o mimosamente recostada en su regazo, le expongo mis necesidades y le dirijo mis alabanzas. Ella gusta mucho de ese trato y aun me parece que sonrío dulcemente cuando yo le hablo y que me contesta, con una ternura tan grande. Me acaricia y me estrecha contra su corazón, me levanta y limpia cuando me caigo y Ella en fin, es mi consuelo en todo momento. Ah, cuanto amo a mi Madrecita y cuanto me ama Ella a mí también"⁷¹.

Al entrar en la Congregación Claretiana descubrió un título nuevo para considerarse hija de la Virgen, y centró su devoción en el misterio de la Inmaculada, titular del Instituto. Recordaba estar vestida con el hábito de su Inmaculada Madre⁷², prometía invocar a la Madre Inmaculada en cada obra para obtener una santidad sencilla⁷³ y deseaba morir al mundo y así misma *teniendo por sudario el manto de Nuestra Inmaculada Madre, la Virgen María*⁷⁴.

Habiendo tenido un claretiano por director espiritual casi desde su entrega total al Señor, asimiló de ellos también una preferencia particular por el Corazón de María. Estaba firmemente convencida de que debía su vocación religiosa a la intercesión maternal de la Virgen. De ahí que en sus tentaciones contra la misma pidiera a ella la gracia de la fidelidad.

Infancia espiritual

Teresita Albarracín quedó casi niña, aún, enamorada de la santa de Lisieux y al ponerse, a los catorce años, en manos de Dios, para que la transformara en imagen viva de su Hijo, lo hizo siguiendo las enseñanzas de la gran Santa.

De entonces proviene ese grande amor a santa Teresita que la acompañó durante el resto de su vida y que la movió a solicitar para sí el nombre de la Santa al tomar el hábito religioso. El cambio de nombre, afirmación de una nueva vida en Cristo, expresaba en este caso una firme decisión de imitar a su Patrona.

Una primera manifestación de este llamamiento a recorrer el camino de la infancia espiritual, fue en Teresa Albarracín su deseo de comportarse con el Padre Celestial y con Jesús como una niña pequeña.

Este rasgo aparece con mayor relieve en los primeros escritos, cuando Teresita estaba en plena adolescencia. En dos pensamientos de setiembre de 1942, hablando con Jesús, afirmaba dos veces: "tu pequeña María Carmen"⁷⁵. "tu niñita"⁷⁶. El 12 del mismo mes explicaba el porqué:

"Uno de mis mayores deseos es ser siempre niña. ¡Se goza tanto Jesús en los niños!"⁷⁷.

Y unos días antes había escrito:

"Cuanto más pequeñitas y más inocentes son las almas tanto más agradan al buen Jesús. ¡Oh, Dios mío, yo quiero ser excesivamente pequeñita!"⁷⁸.

Todavía en marzo de 1943, aparecía convencida de la pequeñez de su alma. "No podía consentir (Jesús) que su alma tan pequeñita pereciera..."⁷⁹.

¿Quiere decir esto que Teresita renunciara a crecer?, ¿que tenía miedo de llegar a ser un adulto, con todas las responsabilidades que esto lleva consigo? Nada más opuesto a la realidad. Precisamente todo su afán consistía en crecer en la santidad y ella sabía muy bien -lo hemos visto-. los esfuerzos y los sufrimientos que esto comporta. No. Para ella pequeñez significa sufrimiento y entrega total en los brazos del Padre, la imagen paterna de Dios, tan constantemente presente en su experiencia religiosa y la confianza, que aparece en la misma con tanto relieve, forma parte de esta espiritualidad de la infancia.

Teresita Albarracín sabía muy bien que la infancia espiritual no comporta sólo esa actitud y ese vocabulario de niñez, en sus varios

aspectos de inocencia y entrega confiada. Parte de la misma es un llamamiento a vivir con plenitud de espíritu los hechos ordinarios de la vida cotidiana, la heroicidad vivida no en lo arduo de algunas hazañas singulares, sino en la fidelidad constante y el total al amor divino, en lo ordinario y cotidiano. A poco de entrar en el postulante, escribía en sus propósitos: *en las cosas pequeñas se encuentra la más grande santidad*⁸⁰ y principios de 1944, a finales del año de noviciado, volvía a expresar su convicción:

"Mi santidad no ha de ser extraordinaria, sino sencilla, oculta, sólo para Dios; mi programa ha de ser trabajar en el espíritu de fe, sobrenaturalizando todo cuanto haga, hasta llegar a hacer extraordinariamente las obras ordinarias para lo que imploraré en cada una de ellas la ayuda de mi Madre Inmaculada."⁸¹.

Hasta qué punto lleva a cabo su propósito, ayudada por la gracia, nos lo hacen presentir los testimonios de las que convivieron con ella. Por una parte la M. Cruz Dendariena, compañera suya en el noviciado, recuerda no haber visto en ella señal alguna extraordinaria⁸². Pero la misma testigo afirma haber tenido conciencia *del espíritu sobrenatural que animaba a la sierva de Dios*⁸³. La M. Virtudes de San José confirma: se la veía que era alma muy selecta, muy llena de Dios, su amor al buen Jesús era tan elevado que todo lo que tocaba lo sobrenaturalizaba, de tal manera que enfervorizaba a las que más cerca vivíamos de ella⁸⁴. La M. Alicia Soro que la trató bastante y luego fue superiora general de la Congregación declaraba en el Proceso Informativo: "Para mí la virtud más grande fue la sencillez y naturalidad con que envolvía sus actos más heroicos, sobre todo durante su última enfermedad, pues parecía que la dureza de la vida religiosa y la heroicidad de lo pequeño continuado, eran connaturales en ella-"⁸⁴.

No necesita, decirnos más. Esta heroicidad en lo pequeño continuado, es precisamente lo que define la infancia espiritual, y, podemos decir más, la expresión más frecuente y sustancial de la heroicidad cristiana. No que esta fuera la única manifestación de la virtud heroica de la sierva de Dios. La misma M. Alicia se ha referido a los sufrimientos que padeció M. Teresita en su última enfermedad: sufrimientos agudísimos que ella sobrellevó con una fuerza extraordinaria, procurando disimularlos bajo la flor de su sonrisa.

Victima de amor

Esta heroicidad en el sufrir nos enfrenta con la otra línea de fuerza que atraviesa la experiencia religiosa de Teresita Albarracín, a lo largo de todo su desarrollo: el aspecto victimal. No es necesario que volvamos a estudiarlo, porque ya queda suficientemente analizado, al estudiar las varias etapas de su itinerario espiritual. Basta que recordemos los hitos principales. Todavía en la vida secular, ella se ofreció como víctima al

amor misericordioso. Luego, en el noviciado, quiso ofrecer su vida por la salvación de una persona, pero le fue negado el permiso, respondiéndole la madre general que aceptara simplemente lo que Dios le fuera ofreciendo. Con este espíritu vivió toda su vida religiosa. Exteriormente no fue herida por grandes sufrimientos morales: incomprendimientos, oposiciones, etc. aunque, naturalmente, punzaran su fina sensibilidad las pruebas ordinarias de la vida de comunidad. Pero interiormente, la nota dominante en su vida espiritual fue la aridez, acompañada por una tiniebla creciente. Tentaciones contra la vocación, contra la fe y la esperanza la asaltaron repetidamente hasta sus últimos días. A ello vinieron añadirse dolores físicos agudos producidos por la tuberculosis intestinal. Madre Teresita sufrió todo esto con una fuerza que no dudamos en llamar heroica. Ocultó sus sufrimientos espirituales bajo las apariencias de la sonrisa, tan bien que ni su hermana María Luisa, pudo sospechar nada. En cuanto a sus dolores físicos, todos admiraban la energía con que procuraba ocultarlos. Madre Teresita vivió entregada al amor misericordioso que la purificaba y la enriquecía maravillosamente.

Religiosa

Finalmente la vida espiritual, de Teresita, caracterizada ya en el siglo por algunos rasgos bien precisos, aparece ulteriormente definida, desde su entrada en el noviciado, por la vocación religiosa. Teresita la acogió como una gracia particular de Dios, un llamamiento en el que venía a concretarse su vocación a la santidad. Sabía que se es religioso por la entrega total de la propia persona y vida a Dios. Y vivió su profesión como una relación nueva, sponsal con Cristo.

De ahí provenía su fidelidad al espíritu y regla de su vida fijados en las Constituciones. Formadoras y particulares le habían inculcado un tipo de obediencia silenciosa, una distinción neta entre tiempo de recreación y horas de silencio. Ella aceptó todo esto con extrema fidelidad, como expresión obvia de su amor a Dios. Su exquisita caridad, ofreciéndose a los trabajos más difíciles⁸⁶ es otra manifestación del mismo espíritu: *Nunca la vi negar nada a lo que se le pedía, derrochaba amabilidad con todos* afirma un testigo⁸⁷. Por fin hemos de recordar su celo por la salvación de las almas, parte integrante de su vocación en una Congregación apostólica⁸⁸.

Virtudes

Con esto hemos tocado el tema de las virtudes que resaltan más en la fisonomía espiritual de Teresita. No pocas en efecto, han ido apareciendo ya a lo largo de este estudio. Pero no queremos poner punto final al mismo, sin recoger las impresiones que sobre las virtudes más características de la sierva de Dios nos han dejado los que la trataron más íntimamente.

Leyendo las respuestas que los testigos del Proceso Informativo dieron a la pregunta sobre las virtudes más características, uno queda sorprendido al notar cómo coinciden. Los mismos rasgos espirituales aparecen una y otra vez en las declaraciones.

Su hermano, el P. Francisco Albarracín, después de haber mencionado la infancia espiritual y el abandono en Dios que ella supone, quiso poner de relieve una sola virtud que, a su juicio, sobresalía de modo particular en la vida de la sierva de Dios, la humildad.

"La humildad en ella era como congénita; a pesar de sus buenas cualidades naturales y clara inteligencia, solía tenerse por la última de todos; se consideraba como una gran pecadora y lloraba amargamente las más pequeñas faltas" ⁸⁹.

Pues bien, prácticamente la totalidad de los testigos - sólo uno no lo hace -, mencionan la humildad como rasgo típico del espíritu de Teresita, asociando a ella la sencillez, una de sus expresiones en las relaciones sociales y comportamiento externo. No solo uno, sino de veinte testigos nueve recuerdan en primer lugar precisamente la humildad y tres hacen mención ante todo de su sencillez. Esto quiere decir que realmente lo primero que descubrían los que convivieron con ella, era su humildad y sencillez. Es significativo que esto sucede igualmente entre los que vivieron con ella en la vida religiosa y sus familiares y conocidos del siglo⁹⁰. Un testigo relaciona la modestia con la humildad ⁹¹ y varios conservan viva la imagen de su constante sonrisa ⁹².

Sus hermanas de Congregación recuerdan entre los rasgos característicos su caridad delicada ⁹³. En cambio sus familiares recuerdan la célebre prudencia de la "abuelita", como ellos la llamaba.⁹⁴ La prudencia es también la primera virtud que recuerda la que fue primero su superiora y luego maestra, M. Cruz Infante ⁹⁵.

Entre las demás virtudes, alguien recuerda su celo apostólico⁹⁶ mientras que algunos testigos se refieren, de uno u otro modo, a la fortaleza de que dio pruebas sufriendo en silencio⁹⁷. y otros a su abnegación y mortificación ⁹⁸. Es normal que el primer rasgo que le viene a la memoria al que fue su director espiritual durante su vida religiosa sea la obediencia ⁹⁹.

Siendo ella tan reservada y poniendo tanto cuidado en guardar el secreto para el Rey, los que la veían desde el exterior, advertían sobre todo aquellos reflejos de su vida espiritual que se manifestaban en sus relaciones y en su conducta. Aunque, al responder a las preguntas sobre las virtudes teologales, todos los testigos dan respuestas no sólo encomiásticas, sino bien precisas, al recordar ahora los rasgos más peculiares, sólo hablan de su caridad en las relaciones comunitarias y dos únicamente se dicen llenos de admiración por su fe "extraordinaria" ¹⁰⁰. Recordemos las luchas que tuvo que entablar en este aspecto. Su hermana María Luisa nos ha hablado de ellas y a las mismas alude la madre maestra. Su hermano, el P. Francisco Albarracín, por haber leído y estudiado sus escritos, es el único que se

refiere a la espiritualidad de la infancia y a la virtud del abandono confiado en Dios como algo que caracterizó la experiencia religiosa de su hermana.

Así fue Teresita Albarracín, o mejor así la fue haciendo la gracia de Dios, Con un aire de prudente abuelita desde su infancia, humildísima y modesta, sonriente siempre, dotada de una aguda sensibilidad y modestia y con una gran inclinación a interiorizarlo todo. Dio prueba de una fortaleza heroica en sus sufrimientos. Era muy caritativa, procuraba complacer a todos, hacía todo lo posible por ayudarlos y tomaba para sí lo más duro. Fue fidelísima a sus compromisos, a sus ministerios, mientras pudo resistir, a las observancias de la vida común. Puso especial cuidado en la obediencia y en la guarda del silencio.

Interiormente fue siguiendo el camino de la infancia espiritual, hecho de sencillez y de confianza filial en Dios-Padre. Su Dios venía a ella en Cristo. A la divina misericordia se ofreció como víctima y su ofrecimiento fue aceptado, puesto que el dolor ocupa una parte predominante de su vida. Pasó los pocos años de su vida religiosa en una noche espiritual, dura por la persistente aridez, turbada por tentaciones contra la fe y la esperanza y contra la vocación religiosa, y acompañada luego por sus agudos sufrimientos físicos. Su amor filial a la Madre Inmaculada, la confortó en la subida al Calvario. Tuvo gran amor a los Fundadores de la Congregación, san Antonio María Claret y M. María Antonia París y profesó viva devoción a santa Teresita del Niño Jesús. Dios se la llevó pronto a su gloria, porque ella estaba ya madura y porque el Señor quiso dar a su Iglesia y en particular a las Misioneras Claretianas un ejemplo vivo de cómo lo que cuenta es la fe, la esperanza y el amor. En poco tiempo, se puede atesorar mucho amor. La vida de M. Teresita Albarracín fue, por ello, la historia de una breve primavera.

NOTAS

- ¹ Informes Testigos I, 3, p. 1.
- ² M. Virtudes de san José, Informes Testigos I, 4, p. 1.
- ³ M. Teresa García Sánchez, Informes Testigos I, 19.
- ⁴ M. Isabel Fernández, Informes Testigos I, 19.
- ⁵ M. Luisa Jordán, Informes Testigos I, 22.
- ⁶ Informes Testigos I, 18.
- ⁷ Informes Testigos I, 27.
- ⁸ Informes Testigos I, 12, p. 1.
- ⁹ Informes Testigos I, 24, p. 10.
- ¹⁰ Informes Testigos I, 25, p. 4.
- ¹¹ Informes Testigos I, 1, p. 5.
- ¹² Sonreí Siempre, p. 207; cf. Informes Testigos I, 24, p. 13.
- ¹³ Informes Testigos I, 6, p. 2.
- ¹⁴ Ibid.
- ¹⁵ María Luisa a su madre, 24 marzo 1946, Sonreí siempre, pp. 186-187.
- ¹⁶ Carta de María Luisa a su hermano el P. Francisco Albarracín, s.j., reproducida en Sonreí siempre, p. 199.

- 17 Carta de María Luisa a su hermano el P. Francisco Albarracín, s.j., reproducida en *Sonrei siempre*, p. 199.
- 18 En carta al autor, 13 octubre 1977, Arch. Gral. RMI., SA. 4.45 (4).
- 19 Apuntes ejercicios agosto 1944, p. 79.
- 20 Apuntes ejercicios agosto 1944, p. 79; Notas del 24 setiembre 1944, p. 80;
- 28 octubre 1944, p. 82.
- 21 Ejercicios agosto 1943, p. 35.
- 22 Nota del 28 octubre 1944, p. 82.
- 23 Nota del 31 diciembre 1944, p. 84.
- 24 Nota del 25 febrero 1945, p. 86.
- 25 Ejercicios agosto 1943, p. 44.
- 26 24 febrero 1946, p. 104.
- 27 Notas del 31 enero 1944, p. 57; 20 mayo 1944, p. 73; 24 setiembre 1944, p.
- 80.
- 28 Nota del 27 mayo 1945, p. 92.
- 29 Nota del 31 diciembre 1943, p. 54.
- 30 Notas del 3 diciembre 1944, pp. 82-83.
- 31 Carta a su madre, 12 julio 1945, p. 2.
- 32 Carta a su madre, 8 octubre 1944, p. 4.
- 33 Carta a María Luisa, 22 noviembre 1942, p. 2.
- 34 Carta a su madre, 21 octubre 1945.
- 35 Apuntes ejercicios agosto 1943, p. 33.
- 36 Nota del 15 agosto 1945 p. 96.
- 37 Nota del 10 abril 1945, p. 91.
- 38 Nota del 24 setiembre 1944, p. 80.
- 39 Ejercicios agosto 1943, p. 33.
- 40 Nota 11 agosto 1942, p. 11.
- 41 Ibid, p. 15.
- 42 «No quiero alegrías pasajeras...», 25 mayo 1942, p. 1.
- 43 26 setiembre 1943, p. 46.
- 44 Abandono del Sagrado Corazón de Jesús, 25 mayo 1942, p. 2.
- 45 Ibid.
- 46 Ejercicios marzo 1943, p. 15.
- 47 Ejercicios marzo 1943, pp. 17-18.
- 48 «Jesús mío, amado mío...», 15 agosto 1942, p. 3.
- 49 Abril 1944, p. 53.
- 50 «Jesús mío, amado mío...», 15 agosto 1942, p. 3.
- 51 Ejercicios marzo 1943, p. 8.
- 52 «Jesús mío, amado mío...», 15 agosto 1942, p.1; Nota 24 setiembre 1944, p.
- 54.
- 53 Ejercicios marzo 1943, pp. 12-15.
- 54 Agosto 1943, p. 37.
- 55 Ejercicios agosto 1945, p. 101.
- 56 Ejercicios marzo 1943, pp. 15-17.
- 57 Nota 1 noviembre 1943, p. 51.
- 58 Nota 31 marzo 1944, p. 60.
- 59 8 abril 1944, p. 6.
- 60 7 abril 1944, p. 4.
- 61 Nota del 20 mayo 1944, p. 74.
- 62 Al Amor de mis Amores, 1-15 marzo 1942, p. 5.
- 63 Ejercicios marzo 1943, p. 6.
- 64 Nota del 1 noviembre 1943, p. 49.
- 65 31 diciembre 1943, pp. 56-57.
- 66 31 diciembre 1944, p: 85.

- ⁶⁷ Ejercicios espirituales, 31 marzo 1944, p. 60.
- ⁶⁸ 31 enero 1944, pp. 58-59; mayo 1944, p. 57; 28 octubre 1944, p. 82; 31 diciembre 1944, p. 85; 25 febrero 1945, p. 86; 27 mayo 1945, p. 94; 24 junio 1945, p. 95; 15 agosto 1945, p. 96; 2 noviembre 1945, p. 103.
- ⁶⁹ Nota del 10 abril 1945, p. 91.
- ⁷⁰ Nota del 2 diciembre 1945, p. 104.
- ⁷¹ Nota del 1 febrero 1943, p. 27.
- ⁷² Nota del 31 diciembre 1943, p. 54.
- ⁷³ Nota del 31 enero 1944, pp. 58-59.
- ⁷⁴ Nota del 1 febrero 1943, p. 27.
- ⁷⁵ Pensamientos, 10-11 setiembre 1942, p. 12.
- ⁷⁶ Pensamientos, 28 setiembre 1942, p. 12.
- ⁷⁷ Pensamientos, 12 setiembre 1942, p. 10.
- ⁷⁸ Pensamientos, setiembre 1942, p. 4.
- ⁷⁹ Apuntes ejercicios 9-17 marzo 1943, p. 8.
- ⁸⁰ Propósito, 1 noviembre 1942, p. 7.
- ⁸¹ Nota del 31 enero 1944, pp. 58-59.
- ⁸² Informes Testigos, Arch. Gral. RMI., 4.45 (1).
- ⁸³ PIB, ses. 2, fol. 24.
- ⁸⁴ Informes Testigos I, 7, p. 1.
- ⁸⁵ PIB, ses. 15, fol. 99.
- ⁸⁶ M. Alicia Soro en PIB, ses. 15, fol. 99.
- ⁸⁷ M. Amparo Ferré en PIB, ses. 4, fol. 35.
- ⁸⁸ M. Teresa García en PIB, ses. 3, fol. 30.
- ⁸⁹ PIB, ses. 8, fol. 57.
- ⁹⁰ PIB: Angelina Albarracín, ses. 9, fol. 57; Juan B. Pignatelli, ses. 10, fol. 69; José Albarracín, ses. 12, fol. 84; doña Dolores Moreno, ses. 14, fol. 94.
- ⁹¹ PIB: M. Pilar Sobreviela, ses. 7, fol. 49.
- ⁹² PIB: M. Pilar Sobreviela, ses. 7, fol. 49; Juan B. Pignatelli, ses. 10, fol. 69; José L. Albarracín, ses. 12, fol. 84; doña Caridad García, ses. 13, fol. 89; M. Alicia Soro, ses. 15, fol. 99; Dolores López, ses. 16, fol. 104.
- ⁹³ PIB: M. Cruz Dendariana, ses. 2, fol. 24; M. Asunción Martín, ses. 5, fol. 38; M. Mercedes Latre, ses. 12, fol. 84; doña Caridad García, ses. 13, fol. 89.
- ⁹⁴ PIB: Juan B. Pignatelli, ses. 10, fol. 69; Eduardo Albarracín, ses. 11, fol. 75; José Albarracín, ses. 12, fol. 84; doña Caridad García, ses. 13, fol. 89.
- ⁹⁵ M. Cruz Infante, PIB, ses. 20, fols. 123-124.
- ⁹⁶ M. Teresa García, PIB, ses. 3.
- ⁹⁷ PIB: M. Mercedes Esteban, ses. 6, fol. 44; Juan B. Pignatelli, ses. 10, fol. 69; Eduardo Albarracín, ses. 11, fol. 75; José Rodríguez, ses. 17, fol. 108.
- ⁹⁸ PIB: M. Alicia Soro, ses. 15, fol. 99; M. Mercedes Latre, ses. 18, fol. 113.
- ⁹⁹ PIB: P. Joaquín Girvent, cmf., ses. 21, fol. 129; cf. D.^a Dolores Moreno, su maestra de primeras letras, ses. 14, fol. 94.
- ¹⁰⁰ M. Amparo Ferré, ses. 4, fol. 35; M. Asunción Martín, ses. 5, fol. 38.

INDICE

Presentación Años de santidad.....	4
Fuentes	8
1. FAMILIA, NACIMIENTO E INFANCIA	
Nacimiento y primeros años	13
Primeras letras	14
En casa.....	15
Influjos.....	16
La guerra civil	17
Primera comunión	18
Santa Teresita	19
II. DE LA MUERTE A LA VIDA	
Muerte del padre.....	22
Primera experiencia	25
Vocación a la santidad	27
La primera purificación	29
Influencia espiritual	32
Reparación y apostolado	33
III VOCACION RELIGIOSA	
Origen.....	37
Meses de espera.....	39
Con los claretianos	39
Las Misioneras Claretianas	45
La personalidad de M. Teresita.....	47
IV. POSTULANTE	
La vida en el Postulantado	51
Nueva etapa hacia la santidad	53
Infancia espiritual	54
Claretiana.....	56
Relaciones con la familia	57
Pidiendo el hábito	58
¿Víctima?	60
Bajo la llamada purificadora	61
La toma de hábito	63
V. EN EL NOVICIADO	
Ambiente.....	67
Rasgos.....	68
Con su hermana María Luisa	69
Ser santa	71

	Con sus superiores	76
	El primer toque de alerta.....	78
	El traslado de noviciado	79
	De ejercicios.....	80
	La recuerdan sus connovicias	82
VI.	MISIONERAS CLARETIANAS	
	Profesión.... .	86
	Consagrada a Dios.....	87
	Espiritualidad esponsal.....	88
	Sigue la purificación.....	90
	La cruz de la obediencia	92
	Victima de amor	95
	Entrega a la divina Misericordia	97
	Educadora.....	98
VII	ENCUENTRO CON CRISTO	
	Presintiendo el encuentro.....	108
	El Señor llama a la puerta.....	110
	Puesta en la cruz	116
	El recuerdo de su familia	118
	El encuentro con su Señor	120
	Entierro.....	122
VIII	RASGOS ESPIRITUALES	
	Fama de santidad	125
	Entrega total	127
	Dios Padre	128
	He aquí la esclava del Señor	130
	Jesús, su esposo.....	131
	Mi inmaculada Madre.....	135
	Infancia espiritual	136
	Víctima de amor	137
	Religiosa.....	138
	Virtudes.....	138